REVISTA **CONEXIÓN** UNIVERSIDAD KENNEDY

Asociación Civil Universidad Argentina John F. Kennedy
Año III · Nº 4 · Argentina · Octubre 2026



Historia de las Islas

Escriben **Lorenz · Franco · Cardozo Chao · Rodríguez · Morgenfeld Sardegna · Edelstein**

CONEXIÓN KENNEDY



Universidad John F. Kennedy
Asociación Civil Universidad Argentina John F. Kennedy

Presidencia
Javier García Palacios

Coordinación del Área de Publicaciones
Raquel Franco

Dirección de contenidos CX#4 "Historia de las Islas"
Marina Franco
Diseño
Mokuso.Studio
Diagramación
Valeria Bisutti
Ilustradores invitados
María Victoria Robles
Maxi Amici
Corrección
Josefina Luchetti
Impresión
Gráfica Porter
Agradecemos especialmente a Federico Lorenz por las fotos Archivo Mario Feroldi

4. Editorial: **Malvinas: las preguntas que faltan**



6. La breve e intensa guerra de Malvinas



14. Guerra de Malvinas, dictadura y terrorismo de Estado



22. Entrevista: **Geoffrey Cardozo**



30. No sólo consenso. La sociedad argentina frente a la guerra de Malvinas



38. La experiencia del nordeste argentino durante la guerra de Malvinas



46. Malvinas y la diplomacia argentina: más de cuarenta años de política exterior en busca de una solución al reclamo por la soberanía



54. Malvinas: una herida que no cierra



60. Malvinas. Conexiones e historias que siguen construyendo soberanía



68. Malvinas: el laberinto de la identidad y las memorias en pugna

Malvinas: las preguntas que faltan

El origen de esta edición de *Conexión Kennedy* puede fecharse con precisión. En diciembre de 2024 recibimos en la Universidad a Geoffrey Cardozo, oficial retirado del Ejército británico. En una sala colmada de estudiantes de nuestra Universidad y de nuestros Colegios, y junto al excombatiente argentino Julio Aro, relató la tarea que le fue encomendada en las islas inmediatamente después de que finalizó el conflicto: recuperar, identificar y sepultar a los soldados argentinos caídos en combate.

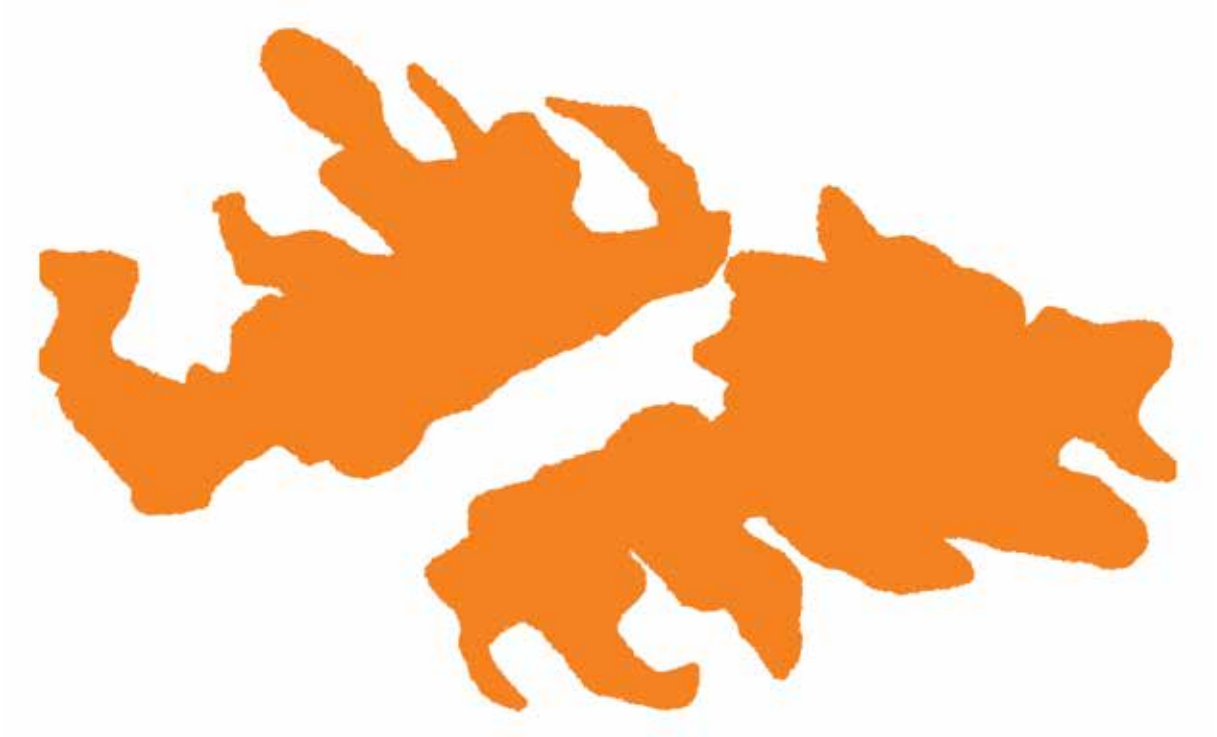
Conocimos a Geoffrey a través del ahora exembajador del Reino Unido en la República Argentina, Mark Kent, quien llevó adelante —entre 2016 y 2021— el plan humanitario para identificar a los soldados argentinos sepultados como "NN" en el cementerio de Darwin. El plan se apoyó en el acuerdo firmado en 2016 entre la Argentina, el Reino Unido y el Comité Internacional de la Cruz Roja, y se sostuvo pese a las diferencias políticas de fondo: involucró a ambos gobiernos, a los isleños y a las comisiones de familiares.

El testimonio de Cardozo recibió una escucha distinta de la que suele darse a una conferencia. No se ofrecía allí una hipótesis sometida a discusión, sino un testimonio cargado de un respeto y una emoción difíciles de relatar. De aquel encuentro nació la decisión de dedicar un número completo de *Conexión Kennedy* a la guerra de Malvinas.

Sobre las Malvinas y la soberanía existe entre los argentinos un acuerdo unánime. Al mismo tiempo, coexiste una persistente herida abierta: qué ocurrió efectivamente en las islas, quiénes tomaron las decisiones que condujeron al desastre, qué destino tuvieron quienes regresaron. Frente a cierta reticencia a las respuestas, la universidad tiene una responsabilidad que le es propia y que consiste en habilitar la pregunta allí donde la emoción colectiva tiende a clausurarla.

La Universidad Kennedy conecta esta vez con esas inquietudes y lo hace convocando perspectivas que rara vez dialogan entre sí: el desarrollo militar del conflicto y las condiciones materiales en las que vivieron los conscriptos; la relación entre la guerra y la dictadura que la produjo, y el modo en que la derrota precipitó su caída; la sociedad civil, que se movilizó de diferentes maneras y que en las ciudades costeras de la Patagonia experimentó la guerra sin triunfalismo alguno; el papel del Nordeste argentino, de donde provino cerca de uno de cada cuatro combatientes, y la trayectoria diplomática de todos los gobiernos desde 1983 hasta el presente.

Asimismo, incluye la investigación clínica que nuestro Departamento de Psicología



Clínica sostiene desde hace años con los veteranos y que describió esa doble inscripción traumática del daño recibido de quien debía cuidar y de la ausencia de sostén al regreso; y, por último, analiza la construcción jurídica y educativa de la soberanía, hecha de leyes, de aulas y también de aquellos cuadraditos de lana tejidos en las escuelas primarias en 1982.

Abordar con sentido crítico, pluralismo de miradas y comprensión histórica los eventos que nos conmueven profundamente es el trabajo de una universidad.



Visita de Geoffrey Cardozo y Julio Aro a la Universidad el 2 de diciembre de 2024.

Por ello mismo, en el centro del número volvemos sobre Geoffrey Cardozo, en una extensa entrevista en la que se despliegan los aspectos humanitarios de la historia. Por un lado, destaca el informe minucioso que él redactó con el propósito de que alguna vez pudiera restituirse el nombre a los más de ciento veinte soldados sepultados bajo la inscripción «Soldado argentino sólo conocido por Dios», el cual permaneció veinticinco años archivado en Buenos Aires sin consecuencia alguna.

Por otro lado, detalla la sucesión de encuentros fortuitos que hizo posible que, finalmente, en 2018 numerosas familias pudieran inclinarse ante una cruz con un nombre, así como también el episodio con el que cierra su relato, ocurrido en el cementerio de Darwin: una madre en lágrimas, un pañuelo, una sonrisa breve. «Para mí es el premio, el más importante premio de la paz».

Ese testimonio ilumina una convicción que atraviesa todo el número: es posible honrar a los caídos e interrogar la historia y las decisiones que allí los llevaron. **C·X**

Dr. Javier García Palacios
Presidente de la Asociación Civil Universidad Argentina John F. Kennedy



Islas Malvinas

La breve e intensa guerra de Malvinas

Federico Lorenz*
Ilustraciones de María Victoria Robles

Entre el 2 de abril y el 14 de junio de 1982, la Argentina vivió una guerra que comenzó con multitudes en las plazas y terminó con soldados conscriptos en trincheras de barro, sin comida, sin ropa seca y sin apoyo de sus mandos. Un recorrido por el desarrollo del conflicto y por las marcas que dejó en quienes lo vivieron, hayan combatido o no.

En abril de 1982, en el contexto de la peor dictadura militar de su historia, la Argentina intentó recuperar por la fuerza las islas Malvinas, un archipiélago usurpado que se había ido transformando en una causa nacional, sobre todo a partir del siglo XX. Casi un siglo y medio antes, el 3 de enero de 1833, una nave de guerra británica, la "Clío", desalojó a las autoridades rioplatenses que por entonces gobernaban las islas. Ese acto de fuerza ilegal marcó el inicio de una ocupación que sólo se vería interrumpida por un fugaz lapso de 74 días, hace casi cincuenta años. Algunos ven los sucesos del verano de 1833 como la causa principal del conflicto de 1982. Este hecho, que comenzó con euforia, terminó en derrota y dejó una cicatriz tan profunda como contradictoria en la sociedad argentina. Fue un relámpago que conmovió a millones de personas, tomó la vida de cientos y abrió una discusión que parece eterna.

La guerra de Malvinas es uno de los acontecimientos del pasado reciente argentino sobre el que más se ha escrito. Se acumulan crónicas, testimonios y análisis geopolíticos, atravesados por la aparentemente inevitable necesidad de reivindicar o no lo que algunos llaman "gesta" y otros, "aventura". Aquí trataremos de enfocarnos brevemente en el desarrollo del conflicto y en la experiencia social que generó, es decir las distintas formas en que lo experimentaron los argentinos, para comprender algunas de las marcas que dejó en las personas que lo vivieron, hayan combatido o no, en un país que transitaba la agonía de un régimen represivo. Es un intento por desentrañar una madeja donde se entrecruzan el heroísmo y la negligencia, el fervor patriótico y el horror de la dictadura, el sacrificio de los soldados conscriptos y la responsabilidad de una sociedad que, en su gran mayoría, acompañó la elección militar.

El camino hacia la guerra

La decisión de desembarcar en las Malvinas no fue un arrebato improvisado, sino la confluencia de factores de larga y corta duración. Desde la escuela primaria, generaciones de argentinos fueron formadas en la convicción de que "las Malvinas fueron, son y serán argentinas". El archipiélago siempre ha sido visto como un territorio irredento, una porción del mapa que aguarda ser liberada de su ocupación, el símbolo de la historia de nuestra patria narrada como una sucesión de despojos. Para amplios sectores de la política argentina, el país "no estará completo" hasta que no se recuperen esas tierras. Esta causa nacional, sostenida por un arco que va desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda, actualmente tiene un piso de adhesión tan fuerte como en abril de 1982, el cual la dictadura, desprestigiada y acorralada por su propia crisis, supo explotar muy bien.

«Durante más de un mes, los soldados argentinos vivieron en pozos cavados en la turba esponjosa, bajo la lluvia constante y los bombardeos nocturnos. Sus raciones eran insuficientes (apenas 1.500 calorías diarias frente a las 5.000 que se necesitaban), la ropa se empapaba y no había recambio. El hambre y el frío se sumaban a la angustia de la espera»



Meses antes, en 1981, el gobierno militar estaba en su peor momento. La política económica había desatado una inflación descontrolada y una deuda externa creciente (que la guerra iba a multiplicar), mientras la oposición social se organizaba. El 30 de marzo de 1982, la Confederación General del Trabajo (CGT) convocó a una multitudinaria marcha con la consigna de "Paz, Pan y Trabajo", un claro signo de descontento. Leopoldo Fortunato Galtieri, quien había asumido la presidencia de facto en diciembre de 1981, vio en la recuperación de las islas una oportunidad para recomponer el alicaído prestigio castrense, unir a la población detrás de un símbolo y consolidar su propio poder. La jugada era arriesgada, pero los planificadores militares argentinos estaban convencidos de que Gran Bretaña, una potencia decadente, no respondería con la fuerza. Subestimaron a la Dama de Hierro, Margaret Thatcher, y sobrestimaron el apoyo que recibirían de Estados Unidos, de cuya "guerra sucia" centroamericana la dictadura argentina había sido eficaz aliada: luego de su victoria en la "lucha contra la subversión", los militares enviaron asesores e instructores que combatieron contra la guerrilla sandinista en Nicaragua, entrenando a las tropas locales y a los agentes estadounidenses.

El detonante final fue la crisis en las islas Georgias del Sur, un archipiélago al sudoeste de Malvinas, donde un grupo de chatarreros argentinos —contratados para desmontar las instalaciones de una vieja factoría ballenera— izó la bandera nacional, hecho que provocó una escalada diplomática que aceleró los planes de desembarco en las islas. Entre ellos había algunos marinos encubiertos y, en general, se sostiene que la operación de desguace estuvo desde el primer momento orquestada por la Armada argentina. La Junta Militar fijó el 2 de abril como la fecha para el desembarco, una operación que, según creían, sería rápida, incruenta y forzaría a los británicos a sentarse a negociar. Nunca contemplaron la posibilidad de una respuesta militar británica, y mucho menos previeron que podían desencadenar una guerra.

El "Argentinazo": un país en las plazas

La noticia del desembarco y la rendición del gobernador británico estalló como una bomba. La prensa habló del "Argentinazo". En todo el país, las calles, las plazas y los parques

(notoriamente la plaza de Mayo, en Buenos Aires) se colmaron de multitudes de ciudadanos que, durante años, habían estado replegadas sobre sí mismas por el terror, y que ahora volvían a ocupar el espacio público. El apoyo fue masivo y transversal. Partidos políticos, gremios, instituciones, colectividades extranjeras, todos suscribieron su adhesión a la acción militar. La sociedad movilizada donó sangre, tejió ropa para los soldados y envió miles de cartas a los "chicos de la guerra". El rock nacional, hasta entonces proscripto, sonó en las radios en reemplazo de la música inglesa. León Gieco cantaba *Sólo le pido a Dios* y la gente lo interpretaba como un himno para la ocasión. Pocos recordaban —o sabían— que el origen de esa canción había sido la inminencia de una guerra con Chile, apenas unos años antes.

Pero detrás de ese monolítico apoyo, las experiencias fueron diversas. En la Patagonia, desde donde despegaban los aviones y se organizaba la logística, la guerra era una presencia tangible y dolorosa. Los habitantes veían partir las escuadrillas y esperaban con angustia su regreso, muchas veces con menos aviones. En las provincias del interior, como Corrientes o Chaco, de donde provenían muchos de los soldados, la guerra golpeó con una crudeza que en Buenos Aires apenas se vislumbró. Paradójicamente, para los isleños, los *kelpers*, la llegada de los argentinos no fue una liberación, sino la invasión que tanto habían temido. Aunque el trato de las tropas hacia los *kelpers* fue en general correcto, la desconfianza fue mutua y la resistencia de los locales estuvo presente durante todo el conflicto. Al día de hoy, la experiencia de lo que ellos llaman "la invasión" da muestra de los sentimientos de la mayoría de los habitantes de Malvinas hacia los argentinos.

Los que fueron a la guerra

Alrededor del 70 % de los combatientes argentinos en Malvinas fueron soldados conscriptos, jóvenes de entre 18 y 20 años, pertenecientes a las clases 1962 y 1963 del por entonces vigente servicio militar obligatorio. Provenían de todos los rincones del país: desde los barrios de La Plata, con estudios secundarios completos, hasta los campos de Corrientes o Chaco, donde muchos eran analfabetos. Algunos descendían de pueblos originarios, como mapuches y wichís. Marcharon a las islas con una mezcla de deber, patriotismo aprendido en la escuela, espíritu de cuerpo y, para muchos, un dejo de aventura: eran jóvenes.

El llamado a filas no fue algo que permitiera opciones. Para la mayoría, no presentarse en sus unidades ni siquiera era una posibilidad. El servicio militar obligatorio, la presión social y la disciplina eran abrumadoras. Pero, a la vez, muchos estaban convencidos de que debían cumplir con esa obligación, y estaban orgullosos. Partieron en trenes y aviones, recibiendo muestras de afecto de la población en cada parada. Iban a defender la patria, a pisar esas islas que sólo habían visto en los mapas escolares.

«Los excombatientes se convirtieron en una figura incómoda. Para muchos, eran los "chicos de la guerra", sólo que esa expresión originalmente cariñosa se transformó en un mecanismo para transformarlos en víctimas "inocentes" de una dictadura militar. Pero muchos de ellos no estaban dispuestos a ser considerados así y pensaban que su paso por la guerra les daba el derecho de participar en política. Se autodefinían como la "generación Malvinas"»

Nadie los preparó para lo que encontrarían. Las Fuerzas Armadas argentinas no estaban listas para una guerra moderna. Durante décadas se habían entrenado para la "guerra interna", la lucha contra la "subversión marxista", una doctrina que los había llevado a practicar el terrorismo de Estado. Enfrentarse a una potencia militar como Gran Bretaña, con su tecnología, su logística y su profesionalismo, era una tarea para la que no estaban capacitados.

Combates en el mar y en el aire

Al día siguiente del desembarco argentino, los británicos enviaron una enorme fuerza de tareas, la más grande que reunían desde la Segunda Guerra Mundial. Establecieron unilateralmente una zona de exclusión en torno a las islas, con el fin de asegurarse el control del espacio aéreo y marítimo. Se trataba de un área dentro de la cual los ingleses considerarían un blanco cualquier navío o avión. En la práctica, la guarnición argentina en Malvinas quedó sitiada.

El hundimiento del crucero ARA "General Belgrano" el 2 de mayo de 1982, fuera de la zona de exclusión, fue un golpe psicológico y militar devastador. Murieron 323 de sus 1093 tripulantes, más de la mitad de las bajas argentinas en toda la guerra. La Armada Argentina se replegó a puerto, lo que dejó el dominio del mar en manos británicas.

La única respuesta efectiva ante la poderosa *Task Force* británica vino del aire. Los pilotos de la Fuerza Aérea y de la Aviación Naval se enfrentaron a un enemigo tecnológicamente superior con un valor y una entrega que ya en la época fueron considerados legendarios, incluso por sus adversarios. Despegaban desde bases en la Patagonia con aviones anticuados como los *Mirage* o los *A4 Skyhawk*, y debían volar a ras del mar durante cientos de kilómetros para evitar ser detectados. Prácticamente no tenían autonomía de vuelo: al llegar al Estrecho de San Carlos (que separa de oeste a este a las islas Gran Malvina y Soledad), donde los británicos habían desembarcado, tenían apenas unos minutos para sortear una muralla de fuego antiaéreo y de misiles, lanzar sus bombas y escapar. Muchas de ellas, lanzadas

a baja altura, no estallaban y atravesaban los cascos de los barcos como si fueran antiguas balas de cañón.

La batalla aérea se libró con tanta ferocidad que los británicos bautizaron a San Carlos *Bomb Alley* (el corredor de las bombas). Los pilotos argentinos sabían que cada misión podía ser la última. A pesar de las pérdidas, lograron un objetivo clave: evitar que la *Royal Navy* pudiera cañonear las posiciones argentinas durante el día y forzaron a los buques de transporte a retirarse mar adentro. Pero no pudieron impedir que los británicos consolidaran su cabeza de playa. La guerra en el aire, con sus epopeyas individuales, no pudo compensar la falta de una estrategia terrestre.

Turba, barro y sangre: la guerra de los infantes

Para los soldados conscriptos en las trincheras de los cerros que rodeaban Puerto Argentino, la guerra no fue una epopeya tecnológica de aviones y misiles, sino una experiencia de inmovilidad, condiciones extremas de frío (y en ocasiones hambre), y la inminencia del ataque británico. La defensa argentina fue estática, más propia de la Primera Guerra Mundial, mientras que sus enemigos se movían en helicópteros, con una superioridad abrumadora. Durante más de un mes, los soldados argentinos vivieron en pozos cavados en la turba esponjosa, bajo la lluvia constante y los bombardeos nocturnos. Sus raciones eran insuficientes (apenas 1.500 calorías diarias frente a las 5.000 que se necesitaban), la ropa se empapaba y no había recambio. El hambre y el frío se sumaban a la angustia de la espera.

Las condiciones eran tan extremas que las enfermedades como el "pie de trinchera" (los pies expuestos por tiempo considerable al frío y a la humedad excesivos se entumecen e hinchan, y pueden llegar a infectarse y necrosarse) y los casos de desnutrición, especialmente en unidades aisladas como la de Darwin-Goose Green o en la isla Gran Malvina, fueron alarmantes. En ese infierno de barro y hielo, la disciplina se convirtió en un factor clave. Hubo oficiales que compartieron las penurias de sus hombres, ganándose su respeto. Pero también hubo quienes, ajenos al sufrimiento de sus subordinados, aplicaron castigos inhumanos como el "estaqueo" (llamado "calabozo de campaña", era un castigo consistente en atar de pies y manos acostado en el piso al "reo") por robar comida, una práctica que llevó a muchos al borde de la muerte por congelamiento.

Cuando los británicos lanzaron su ofensiva final en la primera semana de junio, los defensores argentinos llevaban casi dos meses en esas condiciones. Su capacidad de combate y su moral estaban desgastadas hasta un límite sobrehumano. Las batallas en los montes Longdon, Dos Hermanas y Tumbledown fueron sangrientos combates cuerpo a cuerpo. Los soldados argentinos, aislados y sin apoyo, resistieron con una tenacidad que forzó a los ingleses a usar toda su potencia de fuego, incluyendo misiles y bombas de fósforo. La rendición, el 14 de junio, fue el epílogo lógico de una guerra que, para los infantes, se había perdido mucho antes, con la improvisación de los mandos y el abandono logístico. La sorpresa, la frustración y también la inoperancia o incapacidad de su fuerza se lee con tremenda contundencia en las declaraciones juradas que los oficiales del Ejército debieron completar cuando regresaron al continente. Fueron la base para la redacción del célebre "Informe Rattenbach", una investigación elaborada por una comisión militar, conformada por orden del último gobierno de facto para evaluar las distintas responsabilidades de los conductores del conflicto.

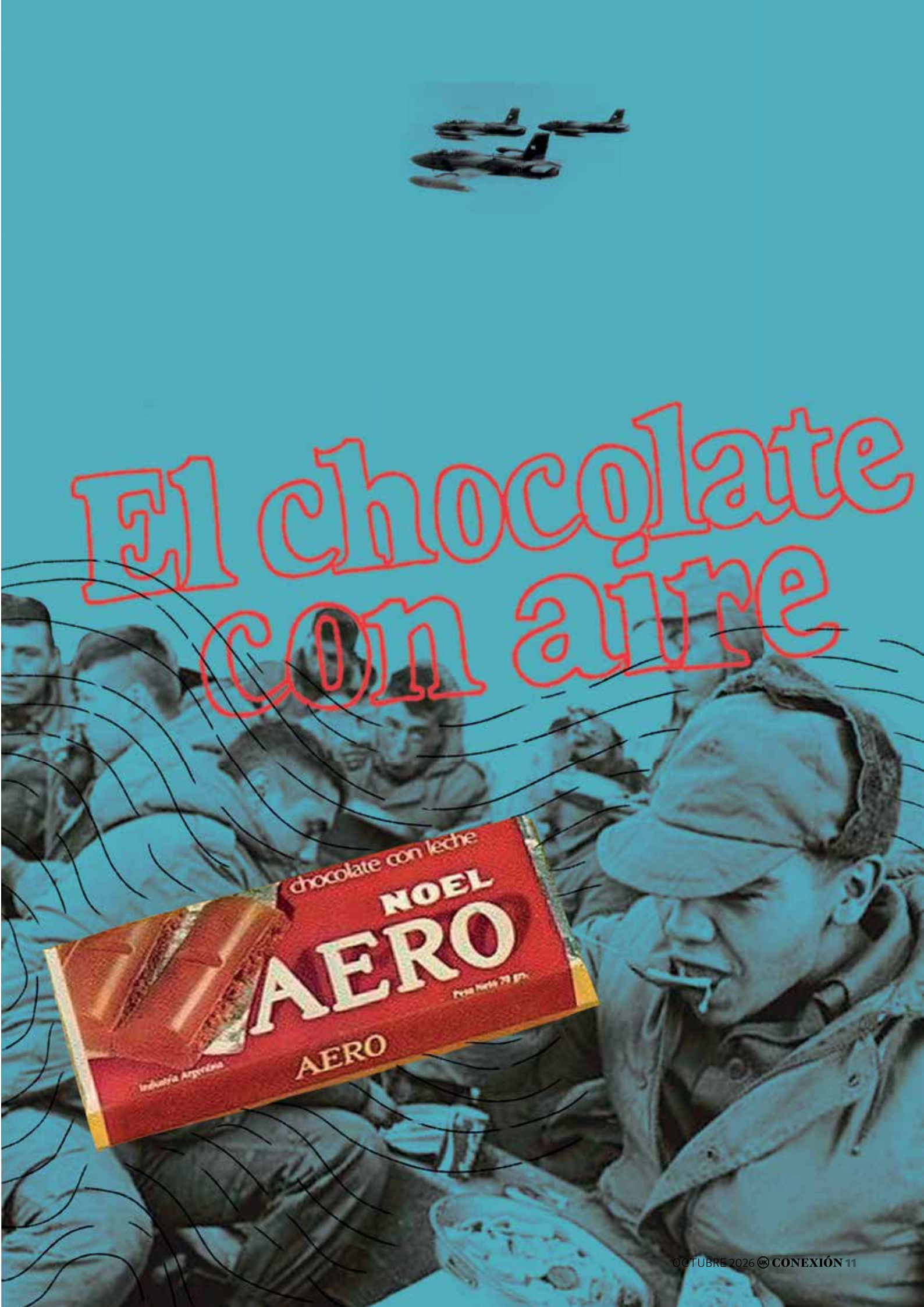
«La pregunta por la propia responsabilidad frente al pasado y el futuro es, quizás, lo que más incomoda de Malvinas. Es una invitación permanente a mirar hacia atrás, no para quedarse atrapado en el dolor, la culpa, o el regodeo autocelebratorio»

El legado de la derrota

La derrota en Malvinas aceleró la caída de la dictadura y abrió las puertas a la recuperación democrática. Pero el regreso de los combatientes no fue el de los héroes que la propaganda había pintado. Las Fuerzas Armadas, sin prestigio y en retirada, impusieron el silencio a los sobrevivientes. A los soldados se les prohibió hablar de su experiencia y a muchos se les pidió que no divulgaran las condiciones en las que habían combatido. Los jóvenes desmovilizados debieron firmar un documento por el que se comprometían a no hablar, fueron amenazados y sometidos a vigilancia, en un contexto en el cual los militares, aunque desprestigiados, aún tenían mucho poder. Mientras tanto, la sociedad comenzaba a conocer los horrores del terrorismo de Estado. De alguna forma, a muchos argentinos, enterarse de la forma desaprensiva y cruel con la que habían sido tratados los soldados en Malvinas les generó una indignación que abonó el terreno para asomarse, también, al abismo criminal con el que habían convivido antes de la guerra.

En ese marco, los excombatientes se convirtieron en una figura incómoda. Para muchos, eran los "chicos de la guerra", sólo que esa expresión originalmente cariñosa se convirtió en un mecanismo para transformarlos en víctimas "inocentes" de una dictadura militar. Pero muchos de ellos no estaban dispuestos a ser considerados así y pensaban que su paso por la guerra les daba el derecho de participar en política. Se autodefinían como la

El chocolate con aire



INSTITUTO KENNEDY | SIMÓN BOLÍVAR

simonbolivar.kennedy.edu.ar

INSTITUTO KENNEDY | ARCÁNGEL SAN MIGUEL

arcangelsm.kennedy.edu.ar

"generación Malvinas". En una época de gran movilización social, comenzaron a organizarse en centros de exsoldados combatientes, reivindicando su experiencia bélica como una lucha legítima por la soberanía nacional, en clara oposición a los militares que los habían mandado al frente. Se diferenciaban de sus superiores: "Nosotros usamos el uniforme porque somos testimonio vivo de una generación que se lo puso para defender la patria y no para torturar, reprimir y asesinar", declararon en uno de sus primeros documentos públicos, en 1986.

Esta postura, de un fuerte contenido político y antiimperialista, los vinculó con las juventudes de izquierda, que en los primeros años de la democracia eran vistas con recelo por los servicios de inteligencia. No eran sólo "héroes", se convirtieron también en una potencial amenaza. Los archivos policiales de la época los caratularon como un factor "subversivo". Su lucha por pensiones, por reconocimiento y por un lugar en las memorias públicas de la guerra no fue fácil. En las décadas siguientes, el discurso más homogéneo y patriótico terminó imponiéndose, y la figura del "veterano de guerra", propicia al relato institucional del Estado nacional y menos conflictiva, se impuso, dejando de lado el espíritu crítico de los primeros años.

Malvinas: una posguerra interminable

Más de cuarenta años después, la guerra de Malvinas es un punto de inflexión en la historia argentina, dentro de la bisagra mayor de su historia reciente, la dictadura militar. De allí que es importante conocer las características del desarrollo de la guerra, las condiciones precarias en la que fue planificada y conducida, que se tradujeron en padecimientos para los soldados argentinos. Políticamente, la aventura bélica fue la última carta de un régimen que se desangraba, y la derrota, paradójicamente, se convirtió en un catalizador de la indignación popular en el reclamo de justicia y democracia.

Pero el precio fue altísimo. Estrictamente hablando, la Argentina está más lejos que nunca de ver satisfecho su anhelo de recuperación del archipiélago. Una guarnición, poco más que simbólica en 1982, dio paso a una base militar británica de primera magnitud en el Atlántico Sur. La memoria de Malvinas está atravesada por contradicciones. Por un lado, persiste el discurso patriótico escolar, que busca borrar las discusiones políticas. Por el otro, la reducción de la guerra a un "hecho absurdo", donde sólo murieron jóvenes víctimas de sus superiores, niega la complejidad de una experiencia en la que muchos soldados, a pesar de todo, valoran su desempeño. En el medio, quedan los 649 muertos, los heridos y los sobrevivientes que llevan décadas lidiando con el estrés postraumático de la guerra. Se trata de una afección que tiene que ver con lo que vivieron en las islas, pero también con el destrato del regreso (sobre todo en los primeros años), y que en situaciones extremas llevó al suicidio a muchos de ellos (si bien no hay cifras exactas, se habla de alrededor de trescientos). Esto sigue siendo una herida abierta en la cultura política argentina, especialmente para los sobrevivientes de la guerra y sus familias, así como para los familiares de los caídos. En años recientes, gracias al trabajo del Equipo Argentino de Antropología Forense, fueron identificados los restos de la mayoría de los soldados enterrados en el cementerio de Darwin.

«La noticia del desembarco y la rendición del gobernador británico estalló como una bomba. La prensa habló de "Argentinazo". En todo el país, las calles y las plazas se colmaron de multitudes que, durante años, habían estado replegadas sobre sí mismas por el terror, y que ahora volvían a ocupar el espacio público»

La guerra dejó marcas profundas en las instituciones militares, que se fracturaron entre "malvineros" y "no malvineros", y que décadas después aún lidian con su papel en el conflicto. También dejó una huella en la sociedad civil, que, al calor del entusiasmo patriótico, envió a sus hijos a una guerra para la que no estaban preparados. La pregunta por la propia responsabilidad frente al pasado y el futuro es, quizás, lo que más incomoda de Malvinas. Es una invitación permanente a mirar hacia atrás, no para quedarse atrapado en el dolor, la culpa, o el regodeo autocelebratorio, sino para darle tanto un sentido a lo vivido como para elaborar políticas y miradas sobre el pasado que tiendan a encontrar una solución permanente a un conflicto que, casi bicentenario, tuvo en la guerra de 1982 un costoso clímax. C•X





El chocolate con aire

(*) Federico Lorenz es Doctor en Ciencias Sociales, licenciado en Historia por la Universidad Nacional de Luján y profesor en Historia. Es investigador independiente del CONICET con sede en el Instituto de Historia Argentina y Latinoamericana "Dr. Emilio Ravignani" (UBA) y profesor de Historia en el Colegio Nacional de Buenos Aires y Research Associate del Centre of Latin American Studies de la Universidad de Cambridge. A lo largo de su carrera como docente e historiador, se ha especializado en temas de la historia reciente argentina, en particular la violencia política, el sindicalismo y la guerra de Malvinas.

impulsar el país hacia el futuro



Guerra de Malvinas, dictadura y terrorismo de Estado

Marina Franco*

Ilustraciones de María Victoria Robles

La guerra de Malvinas no puede entenderse sin la dictadura que la produjo. Iniciada como una apuesta desesperada por recuperar legitimidad, terminó por destruirla: la derrota aceleró la caída del régimen, abrió el camino a la democracia y de manera indirecta puso en movimiento el proceso de justicia por las violaciones a los derechos humanos.

Muchas de las memorias y reivindicaciones sobre la soberanía argentina en las islas Malvinas han tendido a separar aquella guerra del contexto que la hizo posible: la última dictadura militar. En efecto, la guerra de Malvinas fue parte de las necesidades políticas y bélicas del "Proceso de Reorganización Nacional", y si bien no cambió los derroteros de esa dictadura ya en declive, terminó por hacerla implosionar. Entonces, ¿cómo se fue tejiendo esa relación entre la única guerra argentina del siglo XX y la peor dictadura de nuestra historia? ¿Cómo y cuánto esa guerra condicionó al régimen y al proceso histórico? Cuarenta años después siguen siendo preguntas claves para entender la historia reciente de nuestro país.

La última dictadura como proyecto de país

El golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 dio lugar a una dictadura, que si bien era una más en el largo siglo XX argentino, tuvo características muy singulares que la hicieron distinta de las demás. Esa dictadura fue el resultado de un largo y creciente proceso de violencia y radicalización de las opciones políticas y fue tomando forma, al menos, desde la década de 1950. Desde esa época, y bajo los efectos de la Guerra Fría, las derechas argentinas (especialmente en el mundo militar) comenzaron a pensar que el país luchaba contra un enemigo interno, marxista y peronista, que buscaba destruir el orden social, y que la solución era reordenar y disciplinar a la ciudadanía. A la vez, a finales de los años sesenta, distintos sectores sociales —trabajadores, estudiantes, profesionales, militantes políticos, amplios grupos culturales— comenzaron a expresar su hartazgo con la sucesión de dictaduras, así como con la proscripción del peronismo, con el que se identificaba una parte importante de la población. Sectores significativos, especialmente de las clases medias, empezaron a apoyar proyectos revolucionarios de izquierda que impulsaban la lucha armada para la toma del poder, a tono con lo que sucedía en muchos países de América Latina.

En ese contexto de creciente radicalización política, los años previos a 1976 fueron de una gran turbulencia. El regreso del peronismo al poder después de dieciocho años generó gran expectativa, pero la violencia y los conflictos políticos se profundizaron entre quienes defendían unos y otros modelos de sociedad, dentro o fuera del peronismo; y también en el marco de una crisis económica sostenida y sin posibilidad de frenar la puja inflacionaria. Así se produjo el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976, que derrocó al ya imposible gobierno de "Isabelita".

«El objetivo no era una guerra, sino una operación político-militar que subestimó completamente la reacción inglesa y la posición de Estados Unidos. Los acontecimientos se precipitaron: tres días después de la marcha sindical, duramente reprimida, la población festejaba la recuperación de las islas y el país entraba en guerra; diez semanas después, los jefes militares argentinos anunciaban la rendición y la dictadura iniciaba su etapa de descomposición final»

Sin embargo, el derrocamiento y sus impulsores se propusieron algo mucho mayor que controlar a las organizaciones armadas de izquierda, que habían realizado numerosos hechos violentos en los años previos, pero que para 1976 estaban ya muy mermadas por la represión iniciada fuertemente desde 1974. En efecto, el golpe, como "Proceso de Reorganización Nacional", se propuso refundar, reordenar y disciplinar a la sociedad argentina. Disciplinar significaba, a los ojos de los dictadores, no sólo "eliminar la subversión" armada, sino cambiar las maneras en las que funcionaba la política y las relaciones de autoridad en la vida institucional, laboral, educativa, juvenil y familiar. En otros términos, desarmar lo que consideraban una estructura social anárquica, exigente, movilizada y desafiante. Esta ambiciosa idea de refundar la sociedad, la política y la economía se llevó adelante con la represión y también con las reformas económicas. El modelo productivo previo —sustentado en la actividad fabril, el consumo de los asalariados en el mercado interno y los sindicatos fuertes— debía ser reordenado para hacer a los trabajadores menos demandantes y movilizados. Este cambio se concretó con las reformas económicas que alteraron la distribución del ingreso y modificaron el mercado de empleo basado hasta ese momento en el trabajo formal e industrial y en un importante activismo en la puja por derechos laborales y sociales.

La dictadura duró casi ocho años; la represión más feroz se desplegó en los primeros años y los cambios económicos más drásticos se produjeron desde 1977. Pero hacia 1980 comenzaron a sentirse las primeras señales del cansancio social con el régimen autoritario. Aquella demanda de orden que explica el apoyo de amplios sectores sociales al golpe de Estado en 1976 empezó a modificarse hacia los años ochenta. Por entonces, la situación económica comenzó a deteriorarse rápidamente y se transformó en una abierta crisis, especialmente a partir de la quiebra, en marzo de 1980, del Banco de Intercambio Regional, uno de los más importantes del país, como resultado de las políticas aplicadas y el cambio en las condiciones internacionales. La crisis financiera y las quiebras de otros bancos privados se sucedieron en los meses siguientes, lo que produjo pánico entre los inversores e hizo crecer la especulación cambiaria. Para mediados de año, la crítica y la oposición de los más diversos sectores económicos —in-

cluidos los más fervientes aliados en el plano político— era generalizada. Fuga de capitales, corridas cambiarias, baja de reservas, suba del dólar y de las tasas de interés, caída de todos los indicadores productivos, incluida la "desindustrialización" —nuevo término de época—, junto con el creciente endeudamiento y déficit de la balanza comercial, fueron las señales más visibles de un sistema quebrado y en recesión.

En este clima adverso, al año siguiente, asumió la presidencia el general Roberto Viola, en reemplazo de Jorge R. Videla. Con ello tomó forma una política de cierta distensión, que relajó las medidas de censura y control autoritario, en la búsqueda de cierta convergencia con actores civiles para avanzar hacia una salida política del Proceso. Se trataba de cerrar el ciclo militar, dar paso a elecciones y a un nuevo período constitucional, pero que pudiera continuar el proyecto autoritario bajo alguna forma de tutela militar sobre el nuevo escenario institucional.

La distensión política que propició Viola implicó una notable activación social y de la discusión pública, en un contexto de creciente malestar con el gobierno militar. Así, 1981 fue un momento de un "renacer" cultural y político, una de cuyas señales fue la formación de un frente de partidos políticos opositores, la Multipartidaria, que comenzó a presionar para fijar elecciones democráticas y una salida institucional hacia 1984. A ello, se sumó una creciente movilización sindical opositora y una renovada vida cultural de ánimo desafiante, cuando no claramente antidictatorial. En varias ciudades del país, el teatro, la música, las revistas y el cine comenzaron a ser canales de manifestación del evidente descontento y el reclamo de nuevas libertades. Por entonces se produjo "Teatro Abierto", un evento cultural de inesperada repercusión, en el cual miles de porteños se volcaron a las salas de teatro para ver un ciclo de obras gratuitas, independientes y que representaban una crítica sistemática a la dictadura. El éxito masivo de aquel ciclo, que se extendió a otras disciplinas como la danza, mostró el hartazgo de las clases medias urbanas con la dictadura y fue la primera gran señal de que el humor social estaba cambiando. Mientras tanto, también el movimiento universitario se había reactivado, con crecientes protestas estudiantiles que reclamaban por el ingreso irrestricto y sin aranceles a la universidad, en oposición a una ley universitaria aprobada en 1980.

En el plano económico, el gobierno de Viola inició con un cambio de política que terminó agravando más la situación, con sucesivas devaluaciones que retrajeron la actividad económica y profundizaron la caída del salario real y el endeudamiento público. De esta manera, la economía entró en una situación de creciente descontrol, lo que contribuyó a pasos agigantados a la deslegitimación del gobierno militar socavando sus propuestas políticas antes de que arrancaran. El correlato concreto en la experiencia social fue la aparición de las "ollas populares", que se tornaron un paisaje habitual en la periferia de las grandes ciudades argentinas desde finales de 1981. También, por el mismo momento, comenzaron a surgir movilizaciones, protestas y tomas de tierra en localidades tradicionales de población trabajadora, muy afectada por la pérdida de empleos, el estancamiento salarial y la inflación. En la zona sur de la provincia de Buenos Aires, la toma de baldíos se inició en ese período como un movimiento espontáneo de familias desesperadas por la falta de condiciones habitacionales.

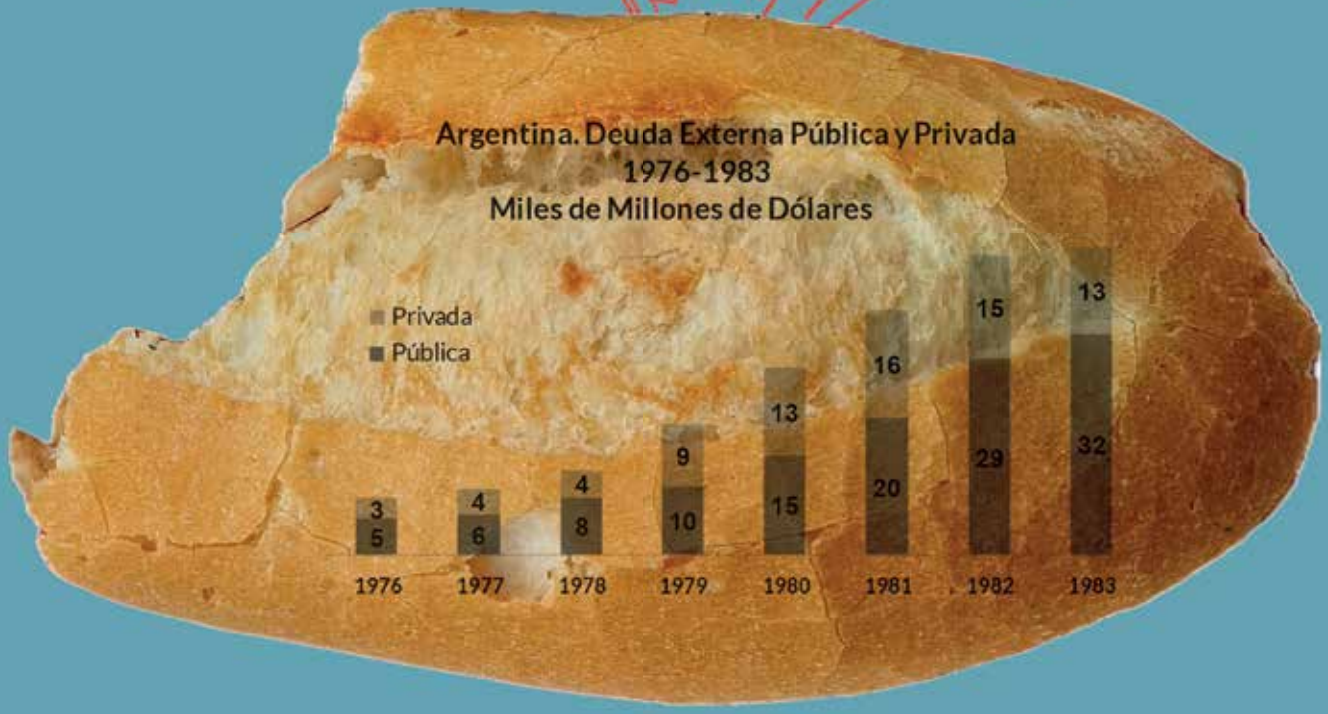
«Lo que en ese momento era un declive controlado por las propias Fuerzas Armadas, sólo se transformó en un derrumbe imparable luego de la guerra. La derrota en Malvinas significó la pérdida de toda legitimidad social para el gobierno militar y el inicio de la rendición de cuentas. A partir de ese momento ya no pudieron imponer condiciones para controlar o tutelar el nuevo régimen político»

A medida que la situación se deterioraba en todos los planos, las Fuerzas Armadas se sumergieron en otra preocupación, menos visible públicamente pero más importante para ellas: buscar un acuerdo con los partidos políticos y generar las barreras legales para que no fuera investigado el "problema de los desaparecidos" ni las violaciones masivas a los derechos humanos. Sin esa garantía, el gobierno no estaba dispuesto a abrir el camino a las elecciones ni autorizar el funcionamiento de los partidos. Lejos de toda confrontación áspera, la dirigencia política tampoco parecía tener una posición muy firme sobre la represión. El tema no resultaba muy conflictivo porque la mayoría partidaria estaba dispuesta a acordar la no revisión del tema, aunque sí creían, y esto fue creciendo con el tiempo, que el gobierno debía dar alguna respuesta o información a las familias de los desaparecidos.

Así las cosas, 1981, aún muy lejos de la guerra de Malvinas, marcó el inicio del giro opositor contra la dictadura y la acelerada pérdida de poder militar. La transición ya estaba en marcha, aunque sus tiempos fueran aún inciertos.




Las Malvinas
son argentinas,
los desaparecidos
también


Argentina. Deuda Externa Pública y Privada
1976-1983
Miles de Millones de Dólares
Privada
Pública
3
5
4
6
4
8
9
10
13
15
16
20
15
29
13
32
1976
1977
1978
1979
1980
1981
1982
1983

La guerra

En medio de esa dinámica tensa se produjo el gran acontecimiento que aceleró el final: la guerra de Malvinas. Unos meses antes, en diciembre de 1981, Viola y sus intentos de apertura política fueron desplazados por sus propios colegas militares, quienes se oponían a los pasos conciliadores del nuevo presidente y eran partidarios de volver a una línea más dura del proyecto. Esto significaba mantener la idea de una transición, pero que fuera controlada firmemente por las Fuerzas Armadas. Así, el general Galtieri fue nombrado presidente y retomó la versión menos conciliatoria del régimen.

Mientras tanto, el deterioro económico y social se profundizaba. El 30 de marzo de 1982, la plaza de Mayo se llenó con una masiva protesta organizada por la Confederación General del Trabajo (CGT), bajo la convocatoria de "Paz, Pan y Trabajo". Sin embargo, para ese día ya estaba en el mar, rumbo a Malvinas, la flota que desembarcaría en las islas para anunciar su "recuperación". La operación había sido planificada el año anterior y su concreción final fue especialmente impulsada por el almirante Jorge Isaac Anaya, miembro de la Junta Militar que empujaba, hacía varios años, una resolución militar sobre el tema. Fundamentalmente, con esta acción, el gobierno pretendía recuperar poder e iniciativa militar y movilizar a la población en su apoyo bajo una consigna cara a la sociedad argentina. El objetivo no era una guerra, sino una operación político-militar que subestimó completamente la reacción inglesa y la posición de Estados Unidos. Los acontecimientos se precipitaron: tres días después de la marcha sindical, duramente reprimida, la población festejaba la recuperación de las islas y el país entraba en guerra; diez semanas después, los jefes militares argentinos anunciaban la rendición y la dictadura iniciaba su etapa de descomposición final.

«En definitiva, la guerra de Malvinas fue parte de una transición que ya había empezado. Fue el intento de reconquistar algo del apoyo y de la legitimidad social y política perdidas, concretando viejos planes militares y apelando a lo que eran las capacidades más básicas de las Fuerzas Armadas: hacer la guerra»



La derrota como acelerador

La guerra significó un breve paréntesis en las críticas negociaciones políticas de la transición: los desaparecidos, la crisis económica, la normalización institucional y el funcionamiento de los partidos políticos. Con la derrota, el gobierno militar rápidamente perdió el poco poder que le quedaba para manejar el timón del traspaso y el proceso se precipitó en todos los planos simultáneamente. Además, la guerra tuvo un impacto demoledor dentro de las Fuerzas Armadas, el gobierno se fracturó y la Fuerza Aérea y la Marina se retiraron de la Junta Militar, compuesta hasta entonces por las tres armas. Hasta diciembre de 1982, el Ejército gobernó sólo con Reynaldo B. Bignone como presidente, en reemplazo de Galtieri, desplazado al terminar la contienda.

Mientras tanto, la indignación, la desilusión y el sentimiento de engaño y enojo que asaltó a buena parte de la población cubrieron a las Fuerzas Armadas y a la dictadura en su conjunto. Los relatos sobre el hambre y el frío de los soldados, sobre el maltrato de los superiores a los conscriptos indefensos y los informes sobre la ineficiencia y los errores militares contribuyeron a un clima antimilitar que no necesitaba gran impulso extra. Perdida la guerra, terminaban también las expectativas militares de preservarse en el poder o controlar los hilos de la transición. Pocos días después de la rendición, el gobierno anunciaba elecciones para los primeros meses de 1984. Rápidamente, se levantó la prohibición para las actividades políticas y los partidos políticos fueron autorizados a organizarse y funcionar.

Ante el obvio derrumbe del régimen, algunos sectores civiles importantes empezaron a moverse estratégicamente tomando distancia de las Fuerzas Armadas a las que antes habían apoyado con fervor. Las críticas al poder militar que venían creciendo desde 1981 arreciaron en los medios, especialmente las acusaciones de corrupción, la crítica a la economía, al manejo de la guerra y las denuncias por la represión. La Iglesia Católica, la prensa y el poder judicial fueron parte de esos aliados claves que comenzaron a mostrar sus distancias con el gobierno. También las fuerzas partidarias endurecieron su actitud y entendieron que había llegado el momento de marcar públicamente su mayor oposición. Con el apoyo de los sindicatos y los organismos de derechos humanos, exigieron la inmediata "democratización" del país.

Pero ni militares ni actores de la nueva oposición sopesaban la dimensión social que el tema de la represión iba a adquirir después de la guerra de Malvinas, siguiendo un proceso que ya había comenzado lentamente en los años previos. Los organismos de derechos

humanos empezaron a encontrar más visibilidad y repercusión pública para sus denuncias, que eran mostradas en la misma prensa donde antes encontraban silencio y sospechas. Entre octubre y noviembre de 1982 comenzaron a sucederse sin pausa las noticias sobre la aparición de cadáveres sin identificación enterrados entre 1976 y 1979 en cementerios de todo el país, desde Mar del Plata hasta Tucumán, pasando por Córdoba, La Plata, Necochea, Magdalena, Luján, San Justo, Claypole y la Chacarita, en Buenos Aires. En octubre de 1982, el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) denunció el entierro de cuatrocientos cadáveres NN (sin nombre ni identificación) en el cementerio de Grand Bourg, en la provincia de Buenos Aires. El velo comenzaba a correrse.

Pero aún faltaba otra gran crisis en el mundo militar. El 17 de septiembre de 1983 la Junta Militar recibía el "Informe Rattenbach" sobre la guerra de Malvinas. Se trataba de una investigación solicitada por la Junta en diciembre de 1982 para evaluar el desempeño y las responsabilidades en la conducción del conflicto. Sus resultados fueron mucho más graves de lo que el propio gobierno esperaba. El informe, compuesto por diecisiete volúmenes, analizaba en detalle los antecedentes y el desarrollo de los sucesos y la actuación de los mandos militares y establecía gravísimas responsabilidades por falta de planificación e inoperancia de quienes habían dirigido la guerra, por las condiciones a las que habían estado sometidas las tropas y por los errores e improvisaciones en la conducción militar. Se recomendaba el juzgamiento de los catorce altos mandos con responsabilidad política y militar en la guerra, sugiriendo condenas altísimas, incluida la pena de muerte. Sin embargo, el maltrato que habían sufrido los conscriptos, victimizados por sus superiores, no se mencionaba en esta investigación. De hecho, el Centro de Ex Soldados Combatientes en Malvinas objetó los resultados porque no se hacía alusión a ello y no se indagaban otras responsabilidades más allá de la conducción de la guerra. El gobierno intentó ocultar el informe, pero parte de su contenido fue filtrado y publicado por la revista *Siete Días* el 23 y el 30 de noviembre. Si el efecto del reporte fue demoledor dentro de las filas militares, su parcial difusión pública contribuyó, aún más, a la imparable condena social de las Fuerzas Armadas en 1983. Recién casi cuarenta años después, en 2012, el documento completo del "Informe Rattenbach" fue desclasificado. En la actualidad es consultable de manera abierta, completa y digital[1].

[1] https://www.casarosada.gob.ar/informacion/archivo/25773-informe-rattenbach

«La guerra de Malvinas fue parte de las necesidades políticas y bélicas del "Proceso de Reorganización Nacional", y si bien no cambió los derroteros de esa dictadura ya en declive, terminó por hacerla implosionar»

Una guerra para una dictadura

Desde 1981, las cartas que anunciaban una próxima transición y el final del gobierno militar comenzaron a ser muy claras. La crisis económica fue el puntapié inicial del descontento, la primera señal grave de que el poder militar comenzaba a debilitarse y a perder apoyos, mucho antes de que se sumara la guerra de Malvinas, o de que la sociedad se interesara por los desaparecidos. Pero lo que en ese momento era un declive controlado por las propias Fuerzas Armadas, sólo se transformó en un derrumbe imparable luego de la guerra. La derrota en Malvinas significó la pérdida de toda legitimidad social para el gobierno militar y el inicio de la rendición de cuentas. A partir de ese momento ya no pudieron imponer condiciones para controlar o tutelar el nuevo régimen político y fracasaron en los intentos para asegurarse la no investigación sobre las violaciones a los derechos humanos. Así, aunque intentaron una autoamnistía en septiembre de 1983, no tuvieron poder para evitar su anulación posterior, cuando asumió el primer gobierno democrático conducido por Raúl Alfonsín.

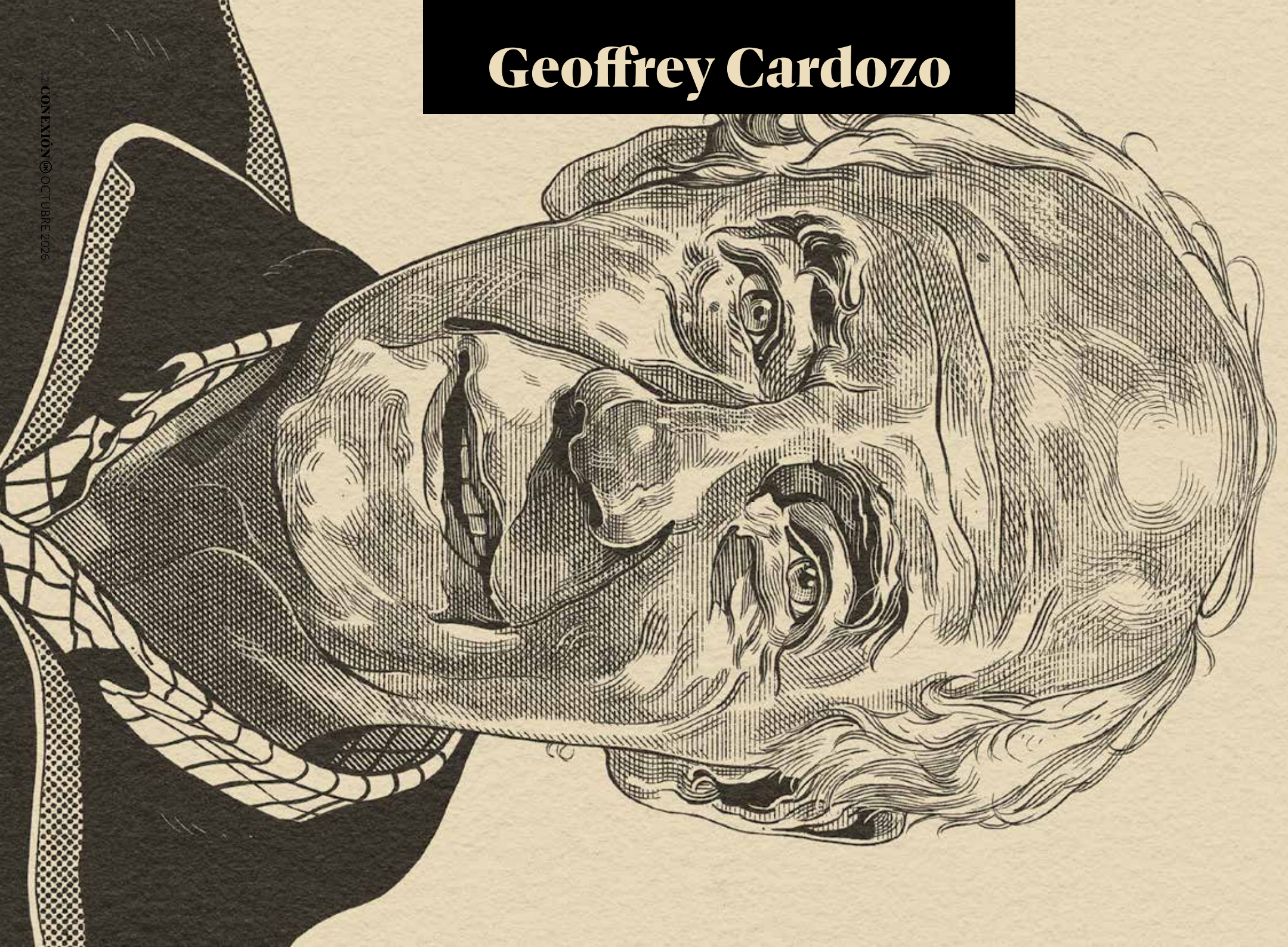
En definitiva, la guerra de Malvinas fue parte de una transición que ya había empezado. Fue el intento de reconquistar algo del apoyo y de la legitimidad social y política perdidas, concretando viejos planes militares y apelando a lo que eran las capacidades más básicas de las Fuerzas Armadas: hacer la guerra. Cuando la breve contienda terminó, el velo social sobre lo que había pasado —en Malvinas y en la dictadura en su conjunto— empezó a correrse a toda velocidad. Las condiciones estaban dadas para que la Argentina iniciara otra historia que se concretaría en los años siguientes: la democratización del sistema político tras casi un siglo de inestabilidad institucional, la subordinación de las Fuerzas Armadas al poder civil y la investigación y juzgamiento de las violaciones a los derechos humanos. **C•X**

(*) Marina Franco es doctora en Historia por la Universidad de Paris 7 y la Universidad de Buenos Aires. Es investigadora principal del CONICET y profesora titular en la Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín. Ha obtenido el premio Friedrich Wilhelm Bessel-Preis de la Fundación Humboldt (2025) y es investigadora invitada de Leibniz Universität Hannover (Alemania).
Es autora de varios libros, entre otros: *El exilio. Argentinos en Francia durante la dictadura* (2008); *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y "subversión" entre 1973 y 1976* (2012) y *La última dictadura, Argentina 1976-1983* (2026).



Asociación Civil
Universidad Argentina
John F. Kennedy

Geoffrey Cardozo



«Un soldado inglés tiene quizás más cercanía con un veterano argentino que con los civiles de Inglaterra, que no comprenden la guerra»

Entrevista de Marina Franco*
Ilustración Maxi Amici
Fotos: Archivo Mario Feroldi

Detrás de la identificación de los soldados enterrados en Darwin bajo la inscripción «Soldado argentino sólo conocido por Dios» hay una cadena de encuentros fortuitos: una charla en un pub de Londres entre un oficial inglés y un excombatiente argentino, una periodista que se ofrece a acompañar a un desconocido hasta la Cruz Roja, un músico británico que lleva el tema a la Casa Rosada.

Marina Franco es doctora en Historia por la Universidad de Paris 7 y la Universidad de Buenos Aires. Es investigadora principal del CONICET y profesora titular en la Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín. Ha obtenido el premio Friedrich Wilhelm Bessel-Preis de la Fundación Humboldt (2025) y es investigadora invitada de Leibniz Universität Hannover (Alemania).
Es autora de varios libros, entre otros: *El exilio. Argentinos en Francia durante la dictadura* (2008); *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y "subversión" entre 1973 y 1976* (2012) y *La última dictadura, Argentina 1976-1983* (2026).

Geoffrey Cardozo llegó a Malvinas poco después del 14 de junio de 1982, como oficial del Ejército británico a cargo del bienestar de su propia tropa. Sin embargo, se le asignó otra tarea: durante meses recorrió las islas en helicóptero para recuperar, identificar y sepultar a los soldados argentinos caídos. Antes de irse escribió un informe minucioso sobre cada uno de ellos —dónde lo había hallado, qué llevaba en el uniforme, qué objetos personales conservaba—, convencido de que algún día serviría para devolverles la identidad. El informe llegó a Buenos Aires en 1983 y permaneció sin uso durante veinticinco años. En esta entrevista, Cardozo reconstruye esa historia y las etapas que, cuarenta años después, permitieron que muchos de esos soldados recuperaran su nombre. *La entrevista fue realizada en español.*

Geoffrey, me gustaría que pudiera contar su historia vinculada con la guerra de Malvinas y la identificación de los soldados argentinos muertos en las islas.
La historia empieza en 1982. Yo estaba en el Ministerio de Defensa en Londres y fue mi primer trabajo de joven oficial. Trabajaba en una oficina, era una tarea un poco aburrida porque yo quería ir a la guerra —ese era mi trabajo, mi profesión y mi vocación—. Hay algo importante que comprender: mi vocación no era luchar, pelear, matar, sino lograr la paz. Esto es importantísimo para mí. Cuando empezó la guerra, mis jefes me dijeron que debía quedarme en Londres y que iría más tarde, porque yo tenía una tarea importante: debía realizar el seguimiento de comida, botas, helicópteros, barcos, para proyectar la acción de la fuerza británica. La fuerza se fue a las islas y la guerra duró solamente algunas semanas; yo llegué más tarde, después del fin del conflicto.

¿Lo mandaron después o llegó y justo terminó?
Hay una ironía aquí porque para nosotros, los británicos, la guerra no había terminado el 14 de junio con la rendición —una palabra horrible—, porque nunca recibimos en Inglaterra el mensaje de cese de hostilidades. Esto es importante porque yo llegué después, pero a causa de eso igual soy un veterano británico de las Malvinas, con medallas como todos los que estuvieron en San Carlos❶.

Me mandaron desde Londres para encargarme de la tropa británica, los sobrevivientes y el bienestar de estos hombres, no para hacer un trabajo con los muertos argentinos. Mi trabajo era asegurarme de que nuestra tropa descansara en un lugar seco, con calor, comida, cartas de sus familias, fotos de sus hijos, etc. Este era mi trabajo hasta que un día yo estaba en mi oficina en una escuela en Puerto Stanley, donde estaba el cuartel general británico, y recibí un mensaje de nuestros ingenieros en el campo: "Hemos hallado un muerto argentino en Tumbledown❷, en el campo de minas. ¿Qué debemos hacer?". Y fui inmediatamente con un helicóptero para buscar a este chico. Perdón por utilizar la palabra "chico", pero hay una razón: para nosotros, los ingleses, nuestros soldados se llaman chicos por una cuestión paternal de oficial a soldado. Entonces, cuando un general inspecciona un cuartel, lo primero que pregunta es cómo están los "chicos". Yo sé que mis chicos argentinos eran hombres valientes, luchadores, pero para mí eran "mis chicos". Y cuando vi a este soldado muerto, con un poco de nieve en la cara y los ojos abiertos, se los cerré con mis dedos e inmediatamente pensé en mi madre. Ella me había dado un beso enorme en Londres antes de que me marchara, yo tenía 32 años y nunca había recibido de mi madre un beso tan tierno y un abrazo tan fuerte desde los 6 o 7 años, cuando las madres no paran de abrazar a sus chicos. Ella sabía muy bien que quizás yo no volvería. Y cuando vi a este chico pensé inmediatamente que él tenía una madre que le había dado un beso, un abrazo —el mismo que mi madre me dio a mí—. Ese momento fue muy importante porque la imagen de la madre me acompañó durante todo el trabajo.

Desde ese día fui en helicóptero a recoger y enterrar los cuerpos de los soldados, enterrarlos temporalmente, a veinte centímetros bajo la superficie de la tierra para protegerlos del clima, de los pájaros y de las ratas. Sus madres estaban siempre a mi lado. Cada día que yo pasé con sus hijos haciendo esta tarea, ellas estaban a mi lado.

Geoffrey, en esta historia me impresiona que usted salió de la lógica de la guerra y del enemigo —estando todavía en guerra de cierta manera, como decía— para poder pensar en la humanidad de esos muchachos y de esas madres…
Sí, es verdad, pero hay algo de un soldado a otro que es muy importante. Hay un respeto enorme; es un adversario que ha visto las mismas cosas que nosotros, ha vivido la misma experiencia. Entonces, y es una ironía, un soldado inglés tiene quizás más cercanía con un veterano argentino que con los civiles

❶ Todos los nombres propios, en español o inglés, se conservan tal cual fueron usados por Geoffrey Cardozo. ❷ Monte de Tumbledown, zona de las islas donde se produjo una importante batalla para el avance inglés sobre Puerto Stanley/Argentino.

de Inglaterra, que no comprenden la guerra. Un soldado argentino para nosotros es casi lo mismo que uno de nosotros, ha tenido los mismos problemas, ¿sabes? De nuestra parte hay un respeto enorme con los suyos [los soldados argentinos]; porque entre los nuestros, británicos, también hubo pilotos que murieron antes del fin del combate y que fueron maravillosamente enterrados con honores militares por los soldados argentinos.

¿Es la lógica entre soldados en la guerra, entonces?
Exactamente, inmediatamente en la posguerra, porque durante la guerra está la importancia de, no sé cómo decirlo, "ganar" pero lograr la paz...

Entonces mi general, un jefe muy bueno, me dijo que algo había que hacer algo con los muertos argentinos, era un deber humanitario. Nuestra Cancillería en Whitehall❸ envió mensajes a Buenos Aires preguntando qué querían hacer con los cuerpos. Nosotros, con nuestro imperio y colonias por todos lados, guerras en las Indias y en África, nunca, nunca, hemos repatriado nuestros muertos a Inglaterra, quedaron siempre en el lugar donde murieron. Pero las Malvinas fue la primera vez que los repatriamos. ¿Por qué?, porque después de la batalla de Goose Green❹, la prensa británica tomó fotografías de una fosa común con soldados británicos muertos. Estas imágenes fueron difundidas en Inglaterra y causaron revuelo entre las familias que reclamaban por recuperar los cuerpos de sus hijos. Gracias a la tecnología de 1982, que no existía en conflictos previos, pudimos utilizar aviones y barcos refrigerados y entonces la mayoría de los soldados británicos volvieron con sus familias para ser enterrados en el cementerio de sus abuelos.

Nosotros pensamos que los argentinos podían querer la misma cosa. Pero recibimos un mensaje de la Cancillería argentina en Buenos Aires, en 1982, diciendo: "Si quieren hacer algo con nuestros muertos, pueden recogerlos y enterrarlos en un lugar digno, con una ceremonia de su religión, y nosotros pensaremos un poco más tarde qué haremos con ellos". Este es otro malentendido, porque en la Argentina, mi país adoptado, hay profesores de Derecho Internacional y académicos que dicen que los ingleses fueron en contra de la Convención de Ginebra, porque debían esperar cinco años antes de trasladar los cuerpos. No, nosotros recibimos la aprobación de Buenos Aires, no fue unilateral. Entonces mi general me dijo que yo tenía que recoger los cuerpos y que fuera a Londres a elegir un grupo de trabajadores funerarios para que hiciera el trabajo conmigo. Nuestros soldados no podían hacerlo, era una tarea muy dura que requería ciertas habilidades. Luego, dos o tres semanas más tarde, en enero de 1983, estos trabajadores llegaron a las islas, yo los entrené y empezamos a trabajar: mi orden era desenterrar, exhumar, identificar, enterrar los que no estaban enterrados y trasladarlos todos cerca, a un lugar que se llama Darwin.

El cementerio de Darwin fue creado especialmente para eso, ¿no?
¡Sí! Otro malentendido que hay es que mucha gente en Argentina piensa que es un cementerio tan lejos de la capital de Stanley porque los isleños no querían soldados enterrados en Stanley. Por supuesto que no, la ironía es que nuestro cementerio inglés está todavía más lejos de Stanley, en el lugar de la primera batalla, donde desembarcamos cuando llegamos a las islas por primera vez. Además, un isleño me dijo: "Geoffrey, toma este trozo de territorio, es mío, puedes utilizarlo para el cementerio". ¡Era casi bíblico! Así que hicimos un cementerio bastante bonito, tanto como puede ser un cementerio, inmediatamente después de la guerra. El problema era que yo no podía identificar a la mitad de estos soldados, a pesar de desvestirlos, de buscar por todos lados. No tenían chapas de identificación, eran tan jóvenes y fueron a la guerra tan rápidamente que la logística no fue fácil. De los aproximadamente 240 soldados que recuperé con mi equipo, 127 no estaban identificados.

Después, los funerarios regresaron a Inglaterra y yo me quedé tres o cuatro días más para escribir un informe. Me pasé tres días, y sin duda tres noches, escribiendo para que tuviera el máximo de detalles: dónde habíamos encontrado a cada chico, soldado, qué tenía en su uniforme, sus cosas personales, etc.

¿El informe era sobre los que no estaban identificados o sobre todos los soldados encontrados?
Todos, todos. A los que no pudimos identificar, los enterramos con la inscripción "*Argentine Soldier known unto God*" —o sea "Soldado argentino solamente conocido por Dios"—. Enterramos a esos soldados en el cementerio de Darwin con la idea de conservar los cuerpos, para que quizás más tarde, cuando la turbulencia política fuera menor, los peritos

❸ "Whitehall", avenida de Londres donde están sus principales edificios de gobierno. Se utiliza para referirse al Gobierno británico en general. ❹ Primera batalla terrestre en la guerra de Malvinas, ganada por Gran Bretaña entre el 27 y 29 de mayo.

argentinos pudieran volver y exhumarlos, pero eso no sucedió hasta mucho después. Cuando me fui de las islas en 1983, pensé en el avión: "Bien, Geoffrey, *well done*, tú has hecho un buen trabajo", pero dos o tres segundos más tarde tuve un golpe psicológico muy grande, porque me dije —y tal vez era la voz del Todopoderoso— que no había terminado mi trabajo, la mitad de los soldados no estaban identificados. Para mí rozaba la falta profesional y he vivido con esta idea durante años.

Entonces, ¿ya desde ese momento lo sintió como una deuda?
Absolutamente. ¿Sabes? en esos tiempos no había internet y yo estaba en Inglaterra, esperando. El informe pasó por Londres, Ginebra, la Cruz Roja y, finalmente, llegó a Buenos Aires, en mayo de 1983; ellos lo vieron y no pasó nada. Entonces, los familiares, las madres, no sabían nada. Fue mucho después, en 2008, cuando ya me había jubilado del Ejército y era un civil de 55 años, que me encontré con Julio [Aro, excombatiente argentino]. Él estaba en Londres con otros dos amigos investigando el síndrome postraumático, que los soldados argentinos particularmente sufrieron mucho. Un amigo me convocó para hacer de traductor y pasé una semana con Julio y los otros dos colegas hablando de psicología. El último día, le ofrecí a Julio pasear por Londres y mientras tomábamos cerveza él me dijo: "Geoffrey, estuve en Darwin hace dos meses y vi ese cementerio, intenté buscar a mis amigos, pero hay cruces por todos lados con esa inscripción 'Soldado argentino solamente conocido por Dios'". Le dije que no era posible, que yo había escrito un informe para resolver ese problema potencial y él me dijo que no sabía nada de eso. Y nos abrazamos en ese pub con una voluntad común de solucionar el problema y dar identidad a esos hombres. Como yo tenía copia del informe, fui a mi oficina muy temprano, a las cuatro de la mañana, para fotocopiarlo y se lo di antes de que se fuera.

Entonces Julio regresó a Mar del Plata, su ciudad. Cuando leyó el informe, que le tradujo una amiga, profesora de inglés, se puso a llorar pensando en lo que se podía hacer con eso. Se fue a Buenos Aires para hablar con el Comité Internacional de la Cruz Roja. Cuando llegó, estacionó cerca y preguntó a una chica por esa oficina y ella le respondió que era un poco complejo de llegar, que podía acompañarlo. Se pusieron a conversar y Julio le contó del informe. Ella era Gabriela —Gaby— Cociffi, periodista de profesión, una persona maravillosa y un ser humano excepcional.

Desde entonces, fuimos tres mosqueteros, Julio, Gaby y yo, trabajando muy de cerca, aunque yo desde Inglaterra no podía hacer mucho. El gobierno no quería hacerlo porque (me enteré de esto de manera confiable mucho más tarde por amigos argentinos) se pensaba que si los familiares identificaban los cuerpos en el cementerio, querrían traerlos de vuelta al continente. Pero ese cementerio era como un puntapié de la soberanía argentina en las islas y los soldados eran como centinelas de la soberanía allí.

Y entonces, ¿cómo se pudo avanzar con el reconocimiento?
En 2012, llegó a Buenos Aires Roger Waters, de Pink Floyd, para hacer una serie de conciertos. Gaby, como periodista, logró contactarlo y pedirle que hablara con la presidenta, Cristina, sobre el tema de las identificaciones. Roger había perdido a su abuelo en la Primera Guerra Mundial y a su padre, que nunca fue identificado, en la Segunda Guerra. Entonces, Waters fue recibido en la Casa Rosada y habló con la presidenta [Cristina Fernández de Kirchner] sobre el tema. Y tres o cuatro días más tarde, el 2 de abril, en Ushuaia, ella anunció que iba a buscar a los soldados de Malvinas.

El rol de Waters es impresionante, otra vez el cruce casi casual de las buenas personas en el momento adecuado... ¿no?
Sí, es otro milagro. Hay tantas casualidades en esta historia y hay una frase formidable: la casualidad es la manera de Dios de quedar anónimo. Qué bien, ¿no?

Entonces la misión de Julio y de Gaby fue buscar a las familias y conseguir que dieran su consentimiento y se inscribieran en el proyecto de identificación.

[Para firmar el acuerdo entre los países e iniciar las tareas de identificación, el Comité Internacional de la Cruz Roja solicitó al Estado argentino contar con el consentimiento mínimo de ochenta familias de combatientes fallecidos no identificados. Entre agosto de 2013 y mayo de 2015, Julio Aro, Gabriela Cociffi y el Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) buscaron y entrevistaron a familiares en todo el país. La gran mayoría estuvo de acuerdo con la iniciativa, formalizaron el consentimiento y dieron su muestra de sangre].

Por mi parte, después de diez años, cuando me jubilé en Londres, decidí que era el momento de ir a la Argentina y fui con una amiga fotógrafa a buscar a algunas familias. Fuimos a varios lugares, sobre todo a Chaco y Corrientes, familias muy pobres. He visto madres que creían que lo del cementerio de Darwin no era verdad; otros dijeron que todo



Federico Lorenz

era simbólico, o que no había nadie enterrado allí, "pérfidos ingleses"... Y entonces yo quería tomar las manos de esas madres y decirles "Señora, es un compromiso, su hijo está apropiadamente enterrado... no sé quién es, pero está allí".

Perdón, ¿eran familias de soldados no identificados? ¿Ustedes llegaron a ellos porque sabían que eran familias que buscaban a alguien?
Sí. En el informe también había algunos casos de soldados identificados, sin embargo, las familias no habían sido informadas. Pero sobre todo se trataba de buscar las familias de los no identificados. Lo que queríamos era cambiar la opinión de las familias para que dieran su ADN y firmaran el acuerdo.

Finalmente se juntaron las firmas y en septiembre de 2016 bajo el gobierno de [Mauricio] Macri, se firmó el acuerdo entre los dos países y la Cruz Roja para trabajar en la identificación de los soldados. El EAAF iba a hacer las identificaciones. En mayo de 2016, recibí una llamada de la Cruz Roja para viajar a las islas, yo nunca había regresado desde 1983. Al comienzo yo estaba a la defensiva, no quería que nadie empezara a tocar mis chicos, ¿sabes?

Usted no quería, ¿por qué?
Sí, había algo muy personal, eran "mis chicos". ¿Qué van a hacer estos peritos y buenos científicos con mis chicos? Pero muy rápidamente vi la calidad profesional del Equipo, no sólo eran científicos, también eran humanos y sensibles. Me acompañaron psicológicamente con enorme cuidado. Entonces, con la información mínima que les proporcioné inicialmente sobre la distribución del cementerio, comenzaron a exhumar los cuerpos. En algunos cuerpos encontraron cosas que yo no había visto cuando los enterré. Hay, creo, 6 casos de los 127, donde ellos hallaron cosas que yo no había visto, como un permiso de conducir o algo que los pobres chicos habían escondido en sus botas o en algún lugar entre las múltiples capas de ropa que llevaban puestas debido al frío.



Federico Lorenz

La historia es muy emocionante y entiendo lo que cuenta sobre el vínculo entre soldados. Pero lo que usted hizo, Geoffrey, también rompe la lógica de la guerra y del enemigo, que desde la Argentina muchas veces sigue funcionando para pensar Malvinas.
Yo he aprendido muchas cosas en la mesa de la cocina con mamá, con mi abuela y también con un padre que había luchado durante la Segunda Guerra, que hizo cosas muy humanas con los prisioneros alemanes cuando los combatientes de la resistencia francesa los querían matar y mi padre se negó. Y entonces hay cosas que yo he aprendido sin saberlo, sin darme cuenta, pero visceralmente.

¿Y usted, en algún momento, sintió hostilidad o rechazo de parte de las familias argentinas de que viniera un inglés a hablarles de los muertos argentinos?
Pues cuando una familia, una madre, busca a su hijo tan firmemente no es importante quién es ese que te puede ayudar. Más tarde, yo hablé con estas madres en el cementerio de Darwin, en 2018, cuando muchos soldados fueron identificados y las familias pudieron visitar por primera vez la cruz con el nombre de su hijo. Yo me acuerdo de ir con estas familias avanzando por el camino de piedritas del cementerio, con las cabezas bajas, con un paso largo, pesado. Y cuando volvíamos vi una madre con lágrimas en los ojos, saqué mi pañuelo para secarlas y vi una pequeña sonrisa salir de sus ojos, una sonrisa no de fiesta, de tranquilidad. Para mí, es el premio, el más importante premio de la paz.

Qué fuerte es la presencia de las mujeres en su relato, su madre, las madres de los soldados, están siempre ahí las mujeres.
Las madres son la figura central en todo esto. Aunque hay familias que no quisieron dar sus muestras de ADN para identificar a sus hijos en Malvinas, yo enterré a esos chicos y para mí es un contrato entre ellos y yo darles un nombre. Esa es otra historia. **C•X**

Vaestamos ganando!

Veeteelt - schaapscheren



1. pak het schaap bij de zijdewol



2. scheer de buik tot aan de uier



3. Maak de halswol open en scheer langs de linkerzijde v.d. hals omlaag.



4. De linkerkant verder afscheren.



5. Het schaap ronddraaien en de rechterkant scheren.



6. Leg het schaap op de grond en scheer daarna staart en kruis.



7. Staart en achterpoten apart bijscheren.



8. Na 14 dagen worden de schapen gewassen tegen mijten en andere parasieten.

Argentinos, a vencer!

oprollen van een vacht



No sólo consenso. La sociedad argentina frente a la guerra de Malvinas

Andrea Belén Rodríguez*

Ilustraciones de María Victoria Robles

El 2 de abril, las plazas llenas simularon una unión total entre el pueblo y la dictadura. Pero el consenso tuvo grietas. Los opositores al régimen apoyaron la causa Malvinas sin abandonar la lucha democrática.

El desembarco en las islas Malvinas, el 2 de abril de 1982, tomó por sorpresa a la sociedad argentina. El secreto que rodeó al operativo fue esencial para el objetivo que perseguían las Fuerzas Armadas de "ocupar para negociar", es decir, tomar el archipiélago para forzar el retorno de las negociaciones diplomáticas. Con este plan, la dictadura militar buscaba torcer su propio rumbo político. El régimen que gobernaba el país desde el golpe de Estado de 1976 se encontraba en un contexto de profunda inestabilidad. Es por ello que, con la intervención, la dictadura buscaba recuperar las islas, pero también recomponer su legitimidad frente a una sociedad que reclamaba por la crisis económica, por el regreso de la democracia, y, en menor medida, por los desaparecidos.

A primera vista, la estrategia pareció darle resultado. La gran mayoría de la sociedad vivió el desembarco con fervor patriótico y alegría popular. Las ciudades y los pueblos se vistieron de celeste y blanco, miles de personas se movilizaron a las plazas, los autos hicieron filas interminables tocando bocina. Todos festejaban el regreso de las "hermanitas perdidas".

Con el tiempo, este amplio apoyo social ha sido interpretado como un reencuentro total y sin fisuras entre la sociedad y el régimen militar. Existe una idea muy extendida de que la guerra de Malvinas fue un momento de total concordia y ausencia de conflictividad, a diferencia de los tiempos anteriores a la contienda. A continuación, buscamos repensar esa imagen partiendo de una serie de preguntas: ¿Cómo explicar el respaldo popular a una operación militar realizada por una dictadura en crisis? ¿De qué forma reaccionaron aquellos que venían alzando su voz contra el régimen? ¿Cuáles eran las posibilidades de disentir y expresar críticas hacia el conflicto en el espacio público en un clima de movilización bélica? ¿Cómo se diferenciaron las actitudes frente a la guerra en función de los actores sociales y el lugar en el que residían?

La propaganda militar: el momento de la "unión nacional"

Desde el mismo 2 de abril, el régimen militar difundió una interpretación del desembarco en las islas Malvinas en términos de recuperación de un territorio propio que había sido usurpado por Inglaterra. Ese día, el presidente Galtieri exclamó frente a una multitud reunida en plaza de Mayo:

Hemos recuperado, salvaguardando el honor nacional, sin rencores, pero con la firmeza que las circunstancias exigen, las islas australes que integran por legítimo derecho el patrimonio nacional.

Y, ante posibles dudas, advirtió que en la decisión de la operación no había habido especulaciones ni "cálculo político alguno". En otras palabras, el desembarco en las islas nada tenía que ver con la coyuntura de crisis en la que estaba sumida la dictadura. Sólo se explicaba porque el gobierno había logrado "interpretar el sentimiento del pueblo argentino" y revertido un "despojo" que ya llevaba casi 150 años.

En sus discursos y en la propaganda oficial, el régimen establecía el sentido que había que darle al operativo y a sus protagonistas en términos de "gesta" y "héroes". Recurriendo al nacionalismo tradicional, la lucha por la soberanía de las islas era interpretada como una nueva gesta libertadora, como las guerras de la Independencia, y los combatientes como nuevos héroes que integrarían el panteón nacional.

Esta explicación también se emparentaba con discursos antiimperialistas de larga historia en el imaginario argentino. En los panfletos que la dictadura distribuyó en todo el país, el enemigo aparecía representado como un león débil o domado —mostrándolo como una potencia vetusta y anacrónica—, o como un pirata, por sus apetencias sobre propiedades ajenas. Asimismo, los soldados ingleses aparecían vestidos en forma inadecuada, con ropa de verano, insinuando que no conocían el territorio ni sabían por lo que iban a luchar, a diferencia de los argentinos, que tenían la razón de su parte y estaban consustanciados con la causa soberana.

Frente a tamaño acto heroico, sólo parecía caber una actitud de la sociedad: el apoyo categórico y sin matices de todos los argentinos y las argentinas, que debían contribuir al esfuerzo bélico desde el lugar que cada uno ocupara.

En la campaña propagandística *Argentinos a vencer*, el régimen interpelaba a distintos actores sociales (docentes, trabajadores, amas de casa) a "ganar la batalla en todos los frentes", con el lema "Cada uno en lo suyo defendiendo lo nuestro". Y en una de sus propagandas, afirmaba:

Ya estamos ganando. Porque luchamos por una idea grande. Porque nuestros soldados la están defendiendo. Porque ahora todos sabemos apretar los dientes. Porque los argentinos nos volvimos a mirar como hermanos. Porque estamos haciendo de cada lugar de trabajo un puesto de combate. Porque, por fin y para siempre, somos una sola fuerza.

«La gran mayoría resolvió esas tensiones internas separando la guerra de la dictadura que le dio origen. [...] Los silbidos a Galtieri cada vez que se presentaba como presidente de los argentinos en la plaza de Mayo, la pancarta "Malvinas sí! Proceso no!" y los cánticos "Levadura, levadura, apoyamos las Malvinas pero no la dictadura" en distintas movilizaciones son elocuentes»



Como es evidente, la recuperación de las islas era interpretada como el trampolín para la construcción de una "Nueva Argentina", sin conflictos ni disensos. Ahora bien, ¿esa interpelación de la dictadura fue aceptada por todos los actores sociales?

Una sociedad movilizada para la guerra

La gran mayoría de la sociedad argentina compartió la interpretación del régimen. El desembarco fue concebido como un hecho de justicia que venía a reparar un agravio y, a la vez, a hacer realidad un anhelo popular. Para esta época, el término Malvinas era un símbolo que significaba mucho más que un territorio o un reclamo diplomático. Como señala Lorenz también en esta publicación, a través del tiempo, Malvinas se había transformado —por el accionar de intelectuales y periodistas de distintos espacios— en una causa nacional querida y apropiada por amplios sectores de todo el arco político, económico y social. Durante años generaciones de ciudadanos y ciudadanas habían aprendido que "Las Malvinas fueron, son y serán argentinas" casi como un mandato nacional. Ahora, las Fuerzas Armadas parecían estar cumpliendo el sueño de muchos.

A partir del 2 de abril, amplios sectores se movilizaron y buscaron, desde su lugar, contribuir al esfuerzo bélico. Partidos políticos, sindicatos, corporaciones empresarias, organizaciones profesionales, clubes y agrupaciones culturales dieron su apoyo a la decisión militar, publicando comunicados en la prensa, participando en las movilizaciones populares en las plazas y organizando campañas de solidaridad. En todos los rincones de nuestro país, se encontraban las mismas escenas: filas de ciudadanos donando desde sangre hasta alimentos no perecederos, voluntarios ofreciéndose para combatir, vivir y sobre todo trabajar en las islas, estudiantes escribiendo cartas a "un soldado de mi patria", mujeres confeccionando ropa de abrigo para los combatientes y colectas que fueron éxitos televisivos.

En algunos casos, esas acciones respondían a convocatorias oficiales, como las masivas concentraciones en las plazas o la campaña propagandística *Argentinos a vencer* ya mencionada. Pero en la gran mayoría de los casos, consistieron en iniciativas organizadas por distintas agrupaciones sociales que, en forma espontánea, buscaban sumarse a la causa nacional. Y si bien muchas de esas acciones expresaron un apoyo firme a la contienda, es importante no asumir acríticamente que toda campaña de solidaridad fue sinónimo de respaldo al conflicto. Los familiares de los combatientes que reunían alimentos buscaban ayudar desde la desesperación y desde el lejano continente a sus seres queridos. Del mismo modo, muchas mujeres —más allá de cual fuera su posición frente a la guerra— tejían bufandas para cuidar amorosamente a jóvenes soldados que bien podían ser sus hijos, hermanos o esposos.

«Diversos actores reformularon sus demandas en el lenguaje de la soberanía. Por ejemplo, los organismos de derechos humanos levantaron la consigna "Las Malvinas son argentinas, los desaparecidos, también" en una búsqueda desesperada de que el propio reclamo no perdiera vigencia. [...] En muchos comunicados aparecía la idea de que si el pueblo era lo suficientemente maduro para apoyar y llevar adelante una guerra, lo era igualmente para regir su propio destino»

El apoyo al desembarco en las islas, entonces, fue abrumador. Incluso, una vez que se produjeron los enfrentamientos bélicos y se alejaron las esperanzas de una resolución diplomática (luego de que el plan inicial de "ocupar para negociar" no diera resultado), el respaldo continuó siendo alto.

La amplia movilización bélica condicionó de distinta forma a dos actores contrapuestos: la dictadura militar y sus opositores. En primer lugar, para el régimen, el desembarco fue una estrategia para recomponer su legitimidad; sin embargo, su éxito fue más allá de lo previsto: la reacción popular también condicionó al gobierno en las negociaciones diplomáticas y en lo que podía y estaba dispuesto a ceder. En segundo lugar, quienes venían alzando su voz contra el régimen se encontraron en una situación difícil. ¿Cómo reaccionaron en este contexto de profundo entusiasmo popular? ¿Qué actitud adoptaron frente a una acción considerada justa pero realizada por una dictadura criminal y cruel que, además, se encontraba en una profunda crisis?

Disidencias en tiempos de guerra

El operativo del 2 de abril colocó en una situación extremadamente incómoda a aquellos que venían alzando su voz contra el gobierno de facto. La gran mayoría resolvió esas tensiones internas separando la guerra de la dictadura que le dio origen. En sus comunicados fue recurrente la afirmación de que la causa de soberanía estaba por encima de los conflictos internos. Al compartir con el régimen la interpretación del conflicto como una guerra antiimperialista, priorizaron el combate contra Gran Bretaña y sus aliados por encima de la lucha contra el régimen militar que venían padeciendo desde 1976.

Sin embargo, en la gran mayoría de los casos, el apoyo al conflicto no fue suficiente para silenciar los cuestionamientos a los militares ni los propios reclamos. Los silbidos a Galtieri cada vez que se presentaba como presidente de los argentinos en la plaza de Mayo, la pancarta "Malvinas sí! Proceso no!" y los cánticos "Levadura, levadura, apoyamos las Malvinas pero no la dictadura" en distintas movilizaciones son elocuentes. Aunque actores centrales como la Confederación General del Trabajo (CGT) aseguraron que abrían un "paréntesis en la lucha", en realidad

nunca abandonaron sus demandas. Continuaron exigiendo cambios en la política económica y el retorno a la democracia, entre otras cuestiones. Sólo que adaptaron sus reclamos al contexto bélico. Para ello, moderaron sus formas de protesta y camuflaron sus demandas bajo otros discursos, en un momento en el que la contienda todo lo teñía. Tengamos presente que la guerra abrió un nuevo canal de diálogo hasta el momento impensado entre el régimen y ciertos actores de la sociedad civil así como con los opositores en el campo político y sindical. Entonces, por ejemplo, la CGT aprovechó los nuevos espacios, como las reuniones con las autoridades del gobierno, para exponer sus reclamos, en vez de acudir al paro y la movilización como venían realizando.

Asimismo, diversos actores reformularon sus demandas en el lenguaje de la soberanía. Por ejemplo, los organismos de derechos humanos levantaron la consigna "Las Malvinas son argentinas, los desaparecidos, también" en una búsqueda desesperada de que el propio reclamo no perdiera vigencia. Del mismo modo, muchos sectores que habían alzado su voz contra la dictadura afirmaron que con la recuperación de las islas no alcanzaba para la construcción de la "Nueva Argentina". Al mismo tiempo que daban su consenso al conflicto, algunos sindicatos, organizaciones de productores y entidades empresariales regionales, cooperativas, partidos políticos y organismos de derechos humanos coincidieron en la misma advertencia: no debía lucharse sólo por la soberanía territorial, debía pelearse por la soberanía entendida "de forma integral". Es decir, demandaban soberanía económica y, por ende, que el régimen militar cambiara la política que estaba destruyendo las industrias nacionales y dilapidando los propios recursos. También soberanía política: había que regresar a la democracia y recuperar las libertades en forma inmediata. En muchos comunicados aparecía la idea de que si el pueblo era lo suficientemente maduro para apoyar y llevar adelante una guerra, lo era igualmente para regir su propio destino.

En paralelo, muchos actores que habían sido perseguidos por la dictadura aprovecharon las movilizaciones en apoyo a la guerra y la flexibilización parcial de los controles del régimen para sus propios objetivos. En plena contienda, militantes políticos de izquierda y peronistas volvieron a encontrarse con sus compañeros y recuperaron la presencia en las calles. Después de años de silencio, regresaron a la discusión política en el espacio público y levantaron consignas que hasta el 2 de abril parecían imposibles por su vinculación con el pasado revolucionario, como "Patria o Colonia". El apoyo generalizado a la guerra hacía posible ese regreso.

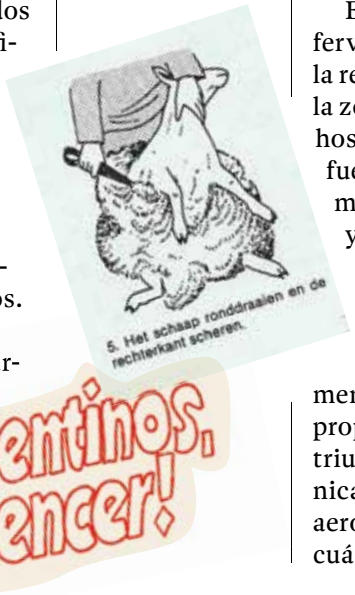
«En las ciudades costeras de la Patagonia, el fervor inicial fue rápidamente atemperado por la realidad. [...] Como eran asiento de bases aéreas o aeronavales, los vecinos vivían pendientes de cuántos aviones partían en cada operación y cuántos regresaban. En esos lugares, la campaña mediática era percibida casi como una obscenidad irresponsable»

En este contexto de fervor patriótico y de campaña mediática intensa, las posibilidades de oponerse al conflicto, o siquiera de expresar dudas, se tornaron remotas y peligrosas. Tengamos en cuenta que, a la propaganda oficial del régimen, se sumó el rol autónomo de los grandes medios de comunicación, que en ocasiones fueron mucho más allá de lo pedido por las autoridades en su afán de sostener el apoyo al conflicto. El titular del diario *Crónica* "Argentinazo: las Malvinas recuperadas" (2/4/1982), así como la tapa de la revista *Gente* "Estamos ganando" (6/5/1982), quedaron en la memoria como ejemplos paradigmáticos del belicismo y triunfalismo de la cobertura mediática. Este clima hacía muy riesgoso oponerse públicamente, porque podía ser considerado como una actitud antipatriótica. Por ello, la mayoría de los cuestionamientos a la contienda se dieron en conversaciones privadas, al resguardo de interpretaciones erróneas o malintencionadas. También circularon en folletines anónimos, como el caso de "¿La verdad o la mística nacional?", que hoy sabemos que fue escrito principalmente por Carlos Brocato, un intelectual ligado a la izquierda que había vuelto del exilio en España.

La guerra y las actitudes sociales en la Patagonia

La guerra no se vivió de la misma forma en todo el país. Las experiencias variaron en función de la cercanía con el teatro de operaciones del conflicto, el contacto con los combatientes, las tropas movilizadas o sus familias, la posibilidad de escuchar medios de comunicación extranjeros, la propia trayectoria local, entre otros factores.

En las ciudades costeras de la Patagonia, el fervor inicial fue rápidamente atemperado por la realidad. Se trataba de ciudades lindantes a la zona de guerra, que además eran asiento de hospitales militares y de unidades de las tres fuerzas. Allí, sus habitantes trataban diariamente con tropas movilizadas y soldados y tenían la posibilidad de escuchar radios que no eran argentinas. Tanto los testimonios de los protagonistas como las noticias extranjeras los acercaban a lo que se vivía en el archipiélago y desmentían la "guerra mediática". Más aún, su propia experiencia los llevaba a cuestionar el triunfalismo de los grandes medios de comunicación: como eran asiento de bases aéreas o aeronavales, los vecinos vivían pendientes de cuántos aviones partían en cada operación y





cuántos regresaban. En esos lugares, la campaña mediática era percibida casi como una obscenidad irresponsable.

Entonces, aun cuando allí también hubo un amplio respaldo al conflicto, se vivió de un modo más reflexivo y también más intenso. Tengamos presente que estas comunidades no podían escapar del clima de guerra: el temor, la angustia y la incertidumbre por los bombardeos eran una presencia diaria. De hecho, su vida cotidiana se vio completamente alterada con ejercicios de oscurecimientos, toques de queda, militarización de espacios, simulacros de evacuaciones y la organización de una densa red de defensa civil, en vista de un posible ataque.

«Durante años, las generaciones habían aprendido que "Las Malvinas fueron, son y serán argentinas" casi como un mandato nacional. Ahora, las Fuerzas Armadas parecían estar cumpliendo ese sueño»

En algunos casos puntuales, la mirada mesurada sobre el conflicto devino en una oposición abierta a la guerra. Neuquén es una provincia mediterránea de la Patagonia, alejada del teatro de operaciones y sin unidades combatientes. La experiencia de sus habitantes fue muy distinta de aquella vivida por las comunidades del litoral atlántico. Si bien se movilizaron para contribuir al esfuerzo bélico y siguieron con atención el conflicto a través de las noticias, prácticamente no vieron alterada su rutina por los ejercicios de seguridad. Sin embargo, allí también hubo una perspectiva reflexiva sobre el conflicto. En esa provincia, la Iglesia católica, los organismos de derechos humanos y un periódico local

plantearon interrogantes sobre la contienda en forma pública. Estos actores dieron el aval de rigor al desembarco por su causa justa, pero en paralelo advirtieron la necesidad de no desatar una guerra, teniendo en cuenta la inferioridad militar y diplomática argentina y los costos económicos y humanos que representaba.

La lectura crítica que emergió en Neuquén no estuvo vinculada con una experiencia cotidiana marcada por el conflicto. Allí, otro factor parece explicar la apertura de un margen algo mayor para las expresiones de disenso: la trayectoria política y social de la provincia y, en particular, de su Iglesia Católica. En Neuquén, desde fines de los años sesenta, la Iglesia había tenido un rol central en el acompañamiento de las luchas populares. Incluso, el obispo Jaime De Nevares y algunos sacerdotes venían denunciando públicamente las violaciones a los derechos humanos tanto en la dictadura como en el gobierno peronista. Además, el obispado funcionaba como un espacio de protección para familiares de desaparecidos, exiliados y militantes perseguidos por el régimen. A la vez, ayudaba a reconstruir lazos sociales quebrados por la represión y acompañaba la creación de organismos de derechos humanos.

Esa trayectoria explica que la Iglesia Católica neuquina entendiera la guerra y la dictadura como parte de un mismo proceso autoritario. Tan temprano como el 3 de abril, el clero advirtió que no se usara el conflicto "de pantalla para sofocar, olvidar, desviar la atención de los graves problemas internos de desocupación y hambre", ni tampoco para "excitar los ánimos con fines belicistas". Y si bien el obispo fue acusado de traidor a la patria en la justicia federal por este comunicado, la comunidad católica local no detuvo su llamado a la paz. Incluso organizó movilizaciones en oposición a la guerra, en pleno centro de Neuquén, con pancartas que decían: "¡Sí a las Malvinas! ¡No a la guerra!" y "No a la violencia, sí a la Paz".

Reflexiones finales

En el inicio del texto, nos preguntamos si es posible matizar o cuestionar la imagen hegemónica sobre el reencuentro total y sin fisuras que se habría producido entre la sociedad y el régimen militar durante la guerra de Malvinas. Por el recorrido que hicimos, podría afirmarse que hubo cierto reencuentro. Pero este no fue ni total ni sin fisuras. El panorama es mucho más complejo que la idea de una sociedad que se convirtió en marioneta de la dictadura con sólo tocar la fibra íntima de Malvinas.

Sin dudas, el apoyo popular al desembarco fue contundente. Eso le dio cierto respiro a una dictadura atravesada por una profunda crisis y, al mismo tiempo, condicionó las decisiones que podía tomar en el plano diplomático. Pero ese respaldo no implicó el silenciamiento de las críticas al régimen. La gran mayoría de los actores continuó sosteniendo sus propios reclamos, aunque adaptó sus acciones y discursos a los tiempos de guerra.

«La lucha por la soberanía de las islas era interpretada como una nueva gesta libertadora, como las guerras de la Independencia, y los combatientes como nuevos héroes que integrarían el panteón nacional»

La alegría popular por el regreso de las "hermanitas perdidas" y la intensa campaña mediática también dificultaron los cuestionamientos públicos al conflicto. Aun así, en algunos casos aislados, el consenso inicial derivó en oposiciones abiertas a la guerra, motivadas por su uso político y, sobre todo, por sus costos humanos.

Finalmente, en toda la Argentina el conflicto no se vivió de la misma forma. En ocasiones, fue, sobre todo, una "guerra mediática", dadas las características del teatro de operaciones: un archipiélago alejado del continente. En muchos espacios, la contienda se siguió como una noticia más que transmitían los medios de comunicación. Por el contrario, en las localidades costeras de la Patagonia, la guerra fue omnipresente: tanto las emociones como la vida cotidiana de las comunidades estuvieron atravesadas por el clima bélico.

No obstante, en todos los rincones del país, hubo una experiencia compartida: la movilización para contribuir al esfuerzo de la guerra. Para la sociedad argentina, Malvinas significó todo eso al mismo tiempo: solidaridad, emoción, alegría, incomodidad, contradicciones, angustia, temor. Tal vez por eso, aún hoy, sigue siendo un pasado que nos interpela, conmueve y moviliza a pensar qué sociedad fuimos y cuál deseamos ser. **C•X**

(*) Andrea Belén Rodríguez es Doctora en Historia. Docente en la Universidad Nacional del Comahue, investigadora del Conicet en el Instituto Patagónico de Estudios de Humanidades y Ciencias Sociales y co-coordinadora del Grupo de Estudios de la Norpatagonia sobre el Pasado Reciente. Entre otras publicaciones, es autora de *Batallas contra los silencios. La posguerra de los excombatientes del Apostadero Naval Malvinas*.

Referencias

Guber, Rosana (2001). *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda.* Buenos Aires: F.C.E.

Lorenz, Federico (2009). *Malvinas. Una guerra argentina.* Buenos Aires: Sudamericana.

Rodríguez, Andrea Belén (2022). "Sociedad civil y guerra de Malvinas. Aportes a la agenda de estudios de las actitudes sociales frente al conflicto a partir del estudio de la Iglesia Católica neuquina". *Pasado Abierto. Revista del CEHis*, N. 15, 117-147



instituto
de salud
global

www.saludglobal.kennedy.ar

Entra en juego con sabor y rendimiento



NOBLEZA GAUCHA

La experiencia del nordeste argentino durante la guerra de Malvinas

Daniel Chao*

Ilustraciones de María Victoria Robles

Cerca de uno de cada cuatro soldados que combatieron en Malvinas provenía del nordeste argentino. Pero la guerra que vivieron el Regimiento 5, el 12, el 4 y el Grupo de Artillería 3 no fue la misma: entre el hambre y el aislamiento de la Gran Malvina, el primer combate terrestre de Darwin y la guerra de apoyo de Balza, el nordeste encarna mejor que ninguna otra región la multiplicidad de experiencias que fue Malvinas.

“Si Argentina entra en guerra, Corrientes le va a ayudar”, frase anónima y recurrente en esa provincia que parece salir del libreto del siglo XIX argentino. Corrientes fue escenario de guerras civiles en las Provincias Unidas, la Confederación y la República, y las fuerzas provinciales estuvieron presentes en las invasiones inglesas, la expedición de Belgrano al Paraguay, en varios levantamientos armados y, por supuesto, en la guerra de la Triple Alianza.

A fines de abril de 1982, el periodista Nicolás Kasanzew entrevistó en Malvinas a un grupo de soldados correntinos y chaqueños recientemente arribados a las islas. En medio de la charla les preguntó: “¿Se repite esa famosa frase ‘Si Argentina entra en guerra, Corrientes la va a ayudar?’” —eliminando el regionalismo característico del pronombre—. Entre risas, cubiertos con *duvet*, los jóvenes respondieron afirmativamente. Para ellos, la frase conservaba sentido y expresaba la voluntad de esperar al enemigo para demostrarla. Se trataba de un añejo imaginario bélico, capaz de atravesar generaciones y recorrer casi 3.000 kilómetros para reaparecer en la única contienda internacional librada por nuestro país durante el siglo XX.

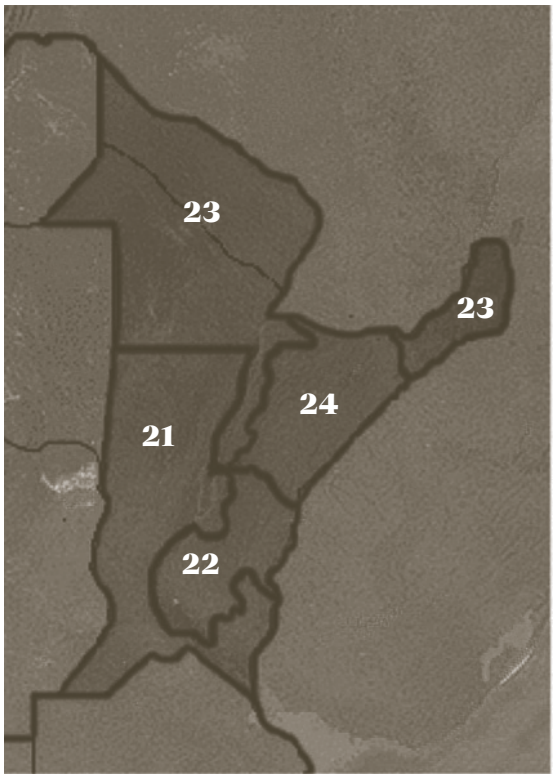
La de Malvinas fue una guerra con protagonismo central de combatientes provenientes del nordeste argentino (NEA) y vale la pena hablar de esa experiencia. Para ello nos centraremos en la III Brigada de Infantería de Monte de Curuzú Cuatiá y en los Regimientos de Infantería 4 de Monte Caseros, 12 de Mercedes, 5 de Paso de los Libres y el Grupo de Artillería 3 de la misma ciudad, todas unidades procedentes de Corrientes. Mirar ese gran movimiento humano permite pensar en el impacto del conflicto en una región alejada geográfica y culturalmente del paisaje estepario del archipiélago.

La región NEA está conformada por las provincias de Chaco, Formosa, Misiones y Corrientes y mezcla jurisdicciones jóvenes —ex territorios nacionales— con una ciudad-región colonial como Corrientes, con casi quinientos años de existencia. Alberga a más del 10 % de la población nacional y es el territorio con mayor pobreza del país, con una economía primarizada y un clima que mezcla calurosas ecorregiones con una heterogeneidad cultural e idiosincrática. Es, además, una región fronteriza con tres países: Paraguay, Uruguay y Brasil. La cercanía con este último, y las hipótesis de guerra de los siglos XIX y XX, generaron que Corrientes esté atravesada por una red de unidades del Ejército que fue asentándose durante años y forma parte de la vida cotidiana y el paisaje de diversas ciudades. Salvo algunos casos, la mayoría de los jóvenes de la región —incluso los de Santa Fe y Entre Ríos— tuvieron que hacer el servicio militar obligatorio en los regimientos y otras dependencias del Ejército asentadas en tierras correntinas.

«El frío, la humedad y el viento formaron parte de una experiencia compartida, igual que las dificultades logísticas, la incertidumbre y la espera. Estas condiciones comunes no produjeron una experiencia uniforme de la guerra. Por el contrario, las diferencias en las misiones, los despliegues y los combates dieron lugar a vivencias profundamente heterogéneas. Las experiencias de los combatientes de la III Brigada son una muestra de los distintos “tipos de guerra” que coexistieron en Malvinas»

Al momento de la guerra de Malvinas, las unidades del Ejército en el NEA dependían del II Cuerpo, cuyo comando estaba en la ciudad de Rosario (Santa Fe), y conformaba la zona 2 junto con Entre Ríos y Santa Fe. Esta división respondía a la organización nacional de tareas represivas antes y durante la última dictadura militar. A su vez, las cuatro provincias de la región NEA se dividían en las subzonas 23 y 24 que partían al nordeste en dos: en la 23 estaban las cuatro capitales y las ciudades de la vera del río Paraná, donde se concentraba la mayor actividad del aparato represivo, mientras que la subzona 24 incluía ciudades del interior de Corrientes dependientes de la III Brigada de Infantería.

La noticia del desembarco argentino en las islas llegó de manera inesperada, tanto a las ciudades capitales y del interior como a los cuarteles. Mientras que en las calles se festejaba, los regimientos comenzaron a acuartelar a sus hombres, llamando nuevamente a los conscriptos de la clase 1962 que habían pasa-



Fuente: desaparecidos.org

do a reserva e impidiendo que los de 1963 volvieran a sus hogares. Las emociones desatadas tras el 2 de abril comenzaron a amesetarse luego de la noticia del envío de una fuerza de tareas británica a las islas, cuando los frágiles planes de los generales argentinos se cayeron y se inició la organización de la defensa.

La decisión de enviar a la III Brigada

La III Brigada de Infantería movilizó hacia el sur a su Comando de Brigada (232 efectivos) y a la III Compañía de Comunicaciones (23), la III Compañía de Ingenieros (89) y la Compañía de Sanidad (104). A ello se sumaron los Regimientos de Infantería 12 (733 hombres), 4 (678) y 5 (847), además del Grupo de Artillería 3 (406). En conjunto, esta gran unidad trasladó a más de 3.100 hombres. Si se considera que la movilización argentina involucró alrededor de 23.000 efectivos, la cifra resulta significativa. Pero adquiere una dimensión aún mayor si se tiene en cuenta que las unidades del NEA fueron desplegadas casi íntegramente en las islas y que no más de 13.000 combatientes llegaron a pisar suelo malvinense. En consecuencia, cerca de uno de cada cuatro soldados, suboficiales y oficiales que combatieron en las islas integró alguna de las unidades vinculadas al nordeste.

El plan inicial de la Junta Militar argentina era realizar una invasión corta, que no demandara grandes recursos, para presionar una salida diplomática. Sin embargo, el gobierno británico decidió enviar una fuerza de tareas para recuperar el mando de las islas, a la vez que consiguió el apoyo del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, que ordenó a Argentina la desmovilización de sus tropas. En ese contexto, la planificación original se desmoronó, por lo que a partir del 7 de abril se conformó un nuevo teatro de operaciones para la defensa, el cual incluía la costa patagónica continental. Desde ese momento todo fue improvisación, desorganización y tomas de decisiones erróneas. Ahora bien, ¿por qué trasladar hombres acostumbrados a pastizales y bosques bajos, llanura, ríos caudalosos y temperaturas cálidas extremas a una zona diametralmente opuesta?

Para responder esta pregunta primero debemos decir que, para la Junta, existía un conflicto simultáneo con posibilidad de invasión de Chile, razón por la cual se mantuvo a las unidades patagónicas en sus lugares de origen. Además, la visita del presidente Galtieri a Malvinas lo convenció de que debía llenar de hombres el lugar, por lo que decidió enviar a las islas, tardíamente, a la III Brigada, que originalmente había sido movilizada a la Patagonia para patrullaje. Por último, al tratarse de una isla, la guerra debía tener preponderancia aeronaval, pero una serie de errores y el poderío británico terminaron convirtiéndola en un conflicto netamente terrestre y de combates entre infanterías. Estas idas y vueltas afectaron la temprana experiencia de unidades trasladadas para hacer tareas de vigilancia, las que terminaron cruzando a Malvinas tarde, mal pertrechadas y desgastadas.

«El RI 5 constituyó quizás el caso más extremo de aislamiento operacional. [...] La escasez de suministros obligó a los soldados a subsistir con raciones mínimas y carne ovina cocinada precariamente, lo que les provocó enfermedades y enormes pérdidas de peso. La experiencia del "5" estuvo marcada, así, menos por el combate directo que por una guerra de desgaste definida por el hambre y la desconexión»

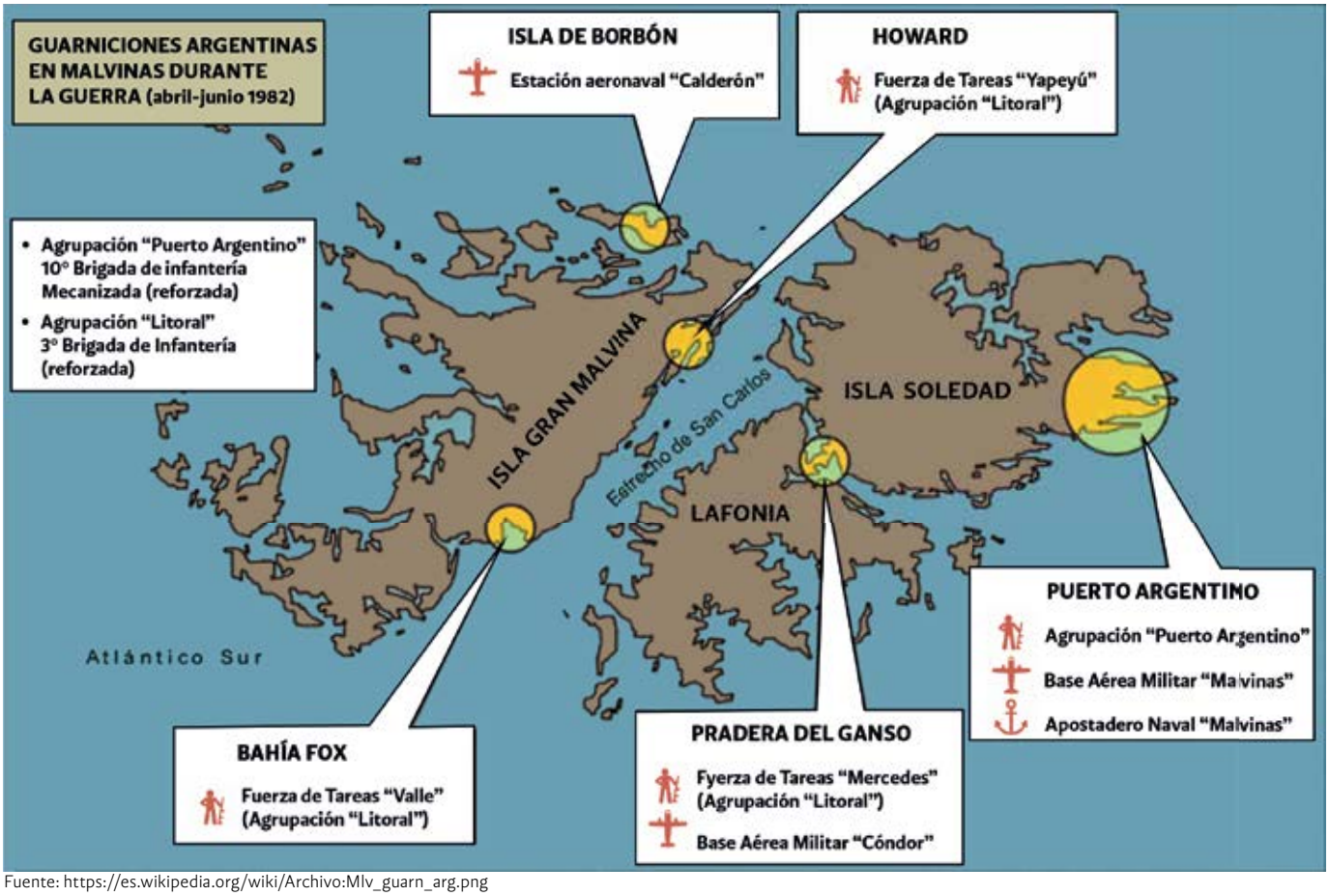
Mientras que el Reino Unido contaba con un ejército profesional, Argentina entró en guerra bajo un sistema de conscriptos en el que casi el 50 % de combatientes realizaba el servicio militar obligatorio, algunos con escasas semanas de instrucción a cuestas. A ello debe añadirse que una parte importante de los oficiales y suboficiales del Ejército que asumieron el mando de compañías, secciones, grupos o baterías —los "cuadros"— no conocía a sus hombres. Muchos eran jóvenes cabos, capitanes o tenientes egresados del Colegio Militar de la Nación y de la Escuela de Suboficiales, o cumplían funciones en la Escuela Superior de Guerra, y fueron incorporados de manera acelerada a unidades ya movilizadas.

De este modo, los regimientos y el Grupo de Artillería recibieron cuadros que tuvieron que establecer vínculos con soldados con trayectorias sociales y culturales muy distintas de las propias. Esta situación influyó en la preparación para la guerra, en la construcción del mando, en las dinámicas cotidianas y también en las representaciones que los cuadros elaboraron sobre los "soldados correntinos", muchas veces atravesadas por estereotipos que aún persisten en los relatos de posguerra.

Las guerras de los combatientes del nordeste

Desde la extrañeza climática y el desorden, a fines de abril, la III Brigada comenzó a ocupar un territorio muy diferente del acostumbrado. Sin embargo, poco aporta reiterar la incidencia del clima malvinense sobre los combatientes. El frío, la humedad y el viento formaron parte de una experiencia compartida, igual que las dificultades logísticas, la incertidumbre y la espera. Estas condiciones comunes no produjeron una experiencia uniforme de la guerra. Por el contrario, las diferencias en las misiones, los despliegues y los combates dieron lugar a vivencias profundamente heterogéneas. Las experiencias de los combatientes de la III Brigada son una muestra de los distintos "tipos de guerra" que coexistieron en Malvinas.

La defensa terrestre de las islas se organizó en torno a dos grandes agrupaciones: "Puerto Argentino" y "Litoral". La primera bajo el mando del general Oscar Jofré, la segunda



Fuente: https://es.wikipedia.org/wiki/Archivo:Mlv_guarn_arg.png

comandada por el jefe de la III Brigada, Omar Parada. Sin embargo, las unidades correntinas tuvieron destinos muy diferentes dentro de este dispositivo defensivo. El Grupo de Artillería (GA) 3 y el Regimiento de Infantería (RI) 4 fueron incorporados a la Agrupación "Puerto Argentino" y desplegados en posiciones de defensa de la capital isleña. Por su parte, la Agrupación "Litoral", integrada —entre otros— por los Regimientos 12 y 5, se encargó de defender las zonas de Puerto Darwin y la isla Gran Malvina. A ello debe añadirse que la planificación inicial preveía que los Regimientos 4, 5 y 12 permanecieran como fuerzas de reserva, pero el desarrollo de la guerra las llevó a ser de las primeras en enfrentar los ataques terrestres británicos.

El RI 5 constituyó quizás el caso más extremo de aislamiento operacional. Núcleo de la Fuerza de Tareas "Yapeyú", al mando del coronel Juan R. Mabragaña, fue desplegado en Puerto Howard, en la Gran Malvina, una posición que combinaba importancia estratégica —controlar el sector occidental del archipiélago y dificultar los movimientos británicos— con enormes dificultades de abastecimiento y comunicación. El traslado a las islas se realizó sin completar el equipamiento previsto y la situación se agravó definitivamente el 11 de mayo, cuando el hundimiento del buque "Isla de los Estados" los privó de buena parte de sus alimentos, municiones, combustible y vehículos. A partir del desembarco británico en San Carlos y del control enemigo del estrecho, el regimiento quedó prácticamente aislado. La escasez de suministros obligó a los soldados a subsistir con raciones mínimas y carne ovina cocinada precariamente, lo que les provocó enfermedades y enormes pérdidas de peso. La experiencia del "5" estuvo marcada, así, menos por el combate directo que por una guerra de desgaste definida por el hambre y la desconexión.

«Los pueblos de Mercedes, Paso de los Libres, Curuzú Cuatiá y Monte Caseros recibieron con verdaderos festejos populares a los trenes que traían a sus soldados. [...] Aquella popularidad efímera se transformó en exclusión y falta de escucha a hombres con una experiencia intensa, desconocida y repudiada por alguna parte de la sociedad»

Por su parte, el RI 12 de Mercedes encarnó una experiencia de combate terrestre de gran magnitud. Integrado a la Fuerza de Tareas "Mercedes" y bajo el mando del coronel Ítalo Piaggi, fue desplegado inicialmente como reserva en el sector de Darwin-Pradera del Ganso. Sin embargo, el desarrollo de las operaciones transformó rápidamente ese papel secundario en una posición de vanguardia. Entre el 26 y el 29 de mayo enfrentó el avance del 2º Batallón de Paracaidistas británico en el primer combate prolongado e intenso de toda la guerra. Además, la caída de la posición convirtió a sus integrantes en los primeros prisioneros de guerra masivos trasladados al

continente a través de Montevideo. También inauguraron el sistema de recepción, aislamiento e interrogatorios implementado por el Ejército, un mecanismo que luego se extendería al conjunto de los efectivos que regresaron tras la rendición del 14 de junio. De este modo, el "12" condensó tanto la intensidad del combate convencional como las primeras vivencias de la derrota y el cautiverio.

En cuanto al RI 4 de Monte Caseros, su trayectoria estuvo signada por la fragmentación de la unidad y por el progresivo desorden del dispositivo defensivo argentino. Aunque originalmente debía integrarse a la Agrupación "Litoral" y desplegarse en la Gran Malvina, los cambios permanentes en la planificación hicieron que sus compañías fueran separadas y destinadas a distintos sectores de la defensa de Puerto Argentino. Bajo el mando del teniente coronel Diego Soria, la unidad terminó ocupando posiciones en los montes Harriet y Dos Hermanas, a unos veinte kilómetros de la capital isleña. Tras la caída de Darwin, el RI 4 se convirtió en una de las primeras unidades en enfrentar la ofensiva británica sobre las alturas que protegían Puerto Argentino. Los combates librados entre el 8 y el 11 de junio contra los Royal Marines y la Guardia Galesa marcaron la ruptura de la primera línea defensiva argentina y anticiparon el colapso final del sistema de protección. A diferencia de lo ocurrido en Darwin, donde los repliegues fueron limitados, en Harriet y Dos Hermanas la desorganización del combate produjo retiradas fragmentadas, grupos aislados y agregaciones improvisadas de hombres provenientes de distintas unidades. En este sentido, la experiencia del "4" permite observar cómo el desgaste acumulado y la pérdida de cohesión afectaron crecientemente la capacidad operativa del Ejército.

Finalmente, el GA 3 de Paso de los Libres representó una experiencia distinta de las infanterías. Al mando del teniente coronel Martín Balza, fue una de las primeras fuerzas del NEA en arribar a las islas, el 13 de abril, debido a la necesidad de reforzar otra brigada. Desplegado cerca de Puerto Argentino en Moody Brook, brindó apoyo de fuego a diversas unidades. Sus piezas participaron en la defensa de Darwin, en los combates de Monte Longdon y Wireless Ridge y en numerosas acciones de asistencia. A diferencia de los regimientos de infantería, cuya experiencia estuvo asociada al combate cercano, el GA 3 desarrolló una guerra de apoyo permanente, que se prolongó hasta las horas previas a la rendición. Esta actuación le otorgó una singularidad adicional en la memoria de posguerra: mientras otras unidades quedaron asociadas al hambre, la derrota o la desorganización, el desempeño del "3 de Artillería" fue frecuentemente destacado por otros combatientes y por la opinión pública.

«La camaradería entre excombatientes también fue clave al finalizar la guerra, no sólo en reuniones sociales sino en la creación de vínculos nacionales. Chaco y Corrientes fueron impulsoras de la Coordinadora Nacional de Centros de Ex Soldados Combatientes que buscaba unir sus demandas comunes... En una reunión de la Coordinadora realizada en Resistencia se planificó la Ley de Pensiones, una de las conquistas más importantes de la temprana posguerra»

Consideradas en conjunto, estas trayectorias muestran que la experiencia de las unidades nordestinas no fue uniforme y permiten comprender buena parte de las distintas formas que asumió la guerra terrestre en Malvinas.

Desmovilización y posguerra: la aparición de los excombatientes y sus organizaciones

La rendición de Puerto Argentino generó procesos simultáneos a nivel político, cultural y militar, más allá de la aceleración de la caída de la dictadura y la transición democrática. Uno de ellos fue la aparición de un actor nuevo e incómodo en la vida social del país: el excombatiente. Su figura generó un verdadero problema para los Estados nacional y subnacionales, y también para las propias FFAA, quienes improvisaron formas diversas de llamarlos y proponer qué hacer con ellos. Una parte de los sobrevivientes de aquellos más de 3.000 movilizados desde el NEA pasaron a formar parte de ese problema y a organizarse en consecuencia.

Hay algunos aspectos de la posguerra en esa región que vale la pena resaltar. Por un lado, la recepción de las unidades en sus ciudades de origen. A diferencia del relato oficial metropolitano, los pueblos de Mercedes, Paso de los Libres, Curuzú Cuatiá y Monte Caseros recibieron con grandes festejos a los trenes que traían a sus soldados. Y si bien esta algarabía local fue a contramano de lo sucedido en regiones "centrales", lo cierto es que la popularidad fue efímera y se transformó en exclusión, falta de escucha y repudio. Así lo demuestran los relatos de soldados, que coinciden en la soledad e incomprensión que vivieron en el regreso a sus hogares en Chaco, Corrientes, Misiones, Formosa y Santa Fe.

Ese marco también permitió la temprana organización de algunos soldados y el protagonismo nacional de los excombatientes del NEA. Entre 1982 y 1983, soldados de Corrientes y Resistencia empezaron a agruparse replicando lo que sucedía en La Plata y Buenos Aires. Así nacieron los Centros de Ex Soldados Combatientes de Malvinas de Corrientes (CESCEM-Corrientes) y de Chaco (CESCEM-Chaco).

Los CESCEM se convirtieron en voces colectivas que exigieron derechos para el sector: salud, vivienda, trabajo y reconocimiento. Fueron clave en la construcción de una memoria de la guerra ya que instalaron el tema Malvinas en las agendas provinciales


YERBA MATE
ELABORADA CON PALO
LIBRE DE GLUTEN - SIN T.A.C.C.
suave
unión
GAUCHITO ANTONIO GIL

y lograron algunas conquistas tempranas, como ubicar a "camaradas" en puestos de la administración pública. El Centro de Chaco llegó a declarar públicamente que, hacia 1985, alrededor de 1.400 exsoldados tuvieron algún tipo de vinculación, lo que da cuenta de un nivel de organización inusualmente alto. También reivindicaron a los soldados diferenciándolos de los militares de carrera y organizaron actos, marchas y actividades culturales. Sus discursos combinaban el reclamo de derechos con una visión crítica del Estado y una reivindicación de Malvinas como causa nacional, latinoamericana y antiimperialista.

La camaradería entre excombatientes también fue clave en esta etapa, no sólo en reuniones sociales sino en la creación de vínculos nacionales. Como ejemplo, Chaco y Corrientes fueron impulsoras de la Coordinadora Nacional de Centros de Ex Soldados Combatientes que buscaba unir sus demandas comunes. Incluso fue en una reunión de la Coordinadora realizada en Resistencia en donde se planificó la Ley de Pensiones –a posteriori Ley 23.848 de 1990–, quizá una de las conquistas más importantes de la temprana posguerra. De esta forma, las organizaciones cumplieron una doble función: contención social y acción política.

El sentido de una perpectiva regional

La experiencia del NEA en Malvinas no puede reducirse a una narrativa homogénea. Por el contrario, el análisis de las unidades de la III Brigada de Infantería permite observar cómo una misma movilización regional produjo experiencias bélicas profundamente diferentes, determinadas por las decisiones operacionales, los despliegues territoriales y las transformaciones que sufrió la planificación argentina durante el conflicto. La presencia de más de 3.000 hombres vinculados con el nordeste en el teatro de operaciones del Atlántico Sur fue resultado de una combinación de factores e improvisaciones que terminaron convirtiendo a la región en protagonista de la defensa terrestre de las islas. A partir de allí, el aislamiento extremo del Regimiento 5, los combates de gran intensidad del 12, la fragmentación operativa del 4 y la guerra de apoyo del GA 3 muestran que bajo la denominación genérica de "soldados correntinos" coexistieron realidades muy distintas. Más que una experiencia única, la guerra aparece, así, como un conjunto de trayectorias diferenciadas atravesadas por un origen geográfico común.

La perspectiva regional también permite ampliar la mirada más allá de las operaciones militares y seguir los efectos de la guerra en las sociedades de origen de los combatientes. En este sentido, la movilización de la III Brigada vinculó de manera directa a miles de familias y comunidades del nordeste con el conflicto y generó formas específicas de recepción, memoria y organización colectiva. Los recibimientos públicos a las unidades, las tensiones entre reconocimiento y exclusión que caracterizaron los primeros años de la posguerra y el temprano protagonismo de los centros de excombatientes de Corrientes y Chaco muestran que la guerra continuó produciendo efectos después de su fin. Analizar Malvinas desde el nordeste permite, por lo tanto, descentralizar la narrativa e incorporar actores, espacios y procesos que fueron clave para el desarrollo de la guerra y para la configuración de sus memorias posteriores. **C•X**

«El plan inicial de la Junta Militar argentina era realizar una invasión corta, que no demandara grandes recursos, para presionar una salida diplomática. Sin embargo, el gobierno británico decidió enviar una fuerza de tareas para recuperar el mando de las islas, a la vez que consiguió el apoyo del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, que ordenó a Argentina la desmovilización de sus tropas. En ese contexto, la planificación original se desmoronó y se conformó un nuevo teatro de operaciones para la defensa»



(*) Daniel Chao es Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de Entre Ríos (UNER), especialista en Historia Regional por la Universidad Nacional del Nordeste (UNNE) y Licenciado en Comunicación Social por la misma Universidad. Se desempeña como Investigador Adjunto del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con sede en el Instituto de Investigación en Biodiversidad y Medio Ambiente (INIBIOMA - CONICET/UNCo), San Martín de los Andes (Neuquén). Profesor Titular del Seminario de Tesina, correspondiente al Departamento de Comunicación Social, Facultad de Humanidades (UNNE).



Malvinas y la diplomacia argentina: más de cuarenta años de política exterior en busca de una solución al reclamo por la soberanía

Leandro Morgenfeld*

Ilustraciones de María Victoria Robles

El cese del fuego de junio de 1982 no terminó con la disputa por Malvinas: abrió, en cambio, más de cuatro décadas de política exterior zigzagueante entre el reclamo soberano y la subordinación a los intereses anglosajones. Un recorrido por las estrategias de cada gobierno desde Alfonsín hasta Milei y por lo que revelan sobre el lugar de la Argentina en el mundo.

El cese del fuego del 14 de junio de 1982 no puso fin a la cuestión Malvinas. Abrió, en realidad, una nueva etapa en la larga pelea por la soberanía de las islas. La propia comunidad internacional lo dejó en claro: la Resolución 37/9 de la Asamblea General de las Naciones Unidas (ONU), aprobada en noviembre de ese año, exhortó a las partes a reanudar las negociaciones y estableció que la guerra no generaba derechos. Pero antes de recorrer lo que ocurrió en las cuatro décadas siguientes, vale la pena detenerse a analizar por qué el conflicto fue, paradójicamente, un retroceso para la causa argentina.

Hasta 1982, nuestro país había construido pacientemente una posición diplomática sólida. En 1965, la Resolución 2065 de la Asamblea General de la ONU reconoció la existencia de una disputa de soberanía e instó a las partes a negociar. Ese fue el mayor logro diplomático desde la usurpación británica de 1833: la comunidad internacional avalaba el reclamo argentino y obligaba al Reino Unido a sentarse a la mesa. Durante los años sesenta y setenta, se avanzó en rondas de negociaciones, se discutieron fórmulas de soberanía compartida y se establecieron acuerdos de cooperación en áreas de comunicaciones y pesca. La solución por vías pacíficas parecía posible.

«Más de cuarenta años después de la guerra, Malvinas sigue siendo una herida abierta»

El Pentágono jugó un rol clave en la decisión de la dictadura: durante la visita de Galtieri a Washington en 1981, funcionarios estadounidenses transmitieron señales que la Junta Militar interpretó como un aval implícito para el operativo, bajo el supuesto de que la colaboración argentina en Centroamérica garantizaría la neutralidad de Reagan. La apuesta resultó catastrófica. La decisión de recuperar las islas en abril de 1982 respondía, en la lógica de la Junta, a una estrategia calculada: mediante un desembarco incruento, Argentina esperaba acelerar el proceso de descolonización iniciado con la Resolución 2065 de 1965 y forzar una resolución en el

Consejo de Seguridad de la ONU antes de que Gran Bretaña pudiera reaccionar militarmente. La operación terminó por destruir ese andamiaje diplomático: le dio al Reino Unido el argumento perfecto para negarse a negociar —la Argentina había usado la violencia— y galvanizó a la población de las islas contra cualquier solución que implicara soberanía argentina.

En el plano regional e internacional, el conflicto mostró también los límites del sistema interamericano. Argentina invocó el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), el pacto de defensa hemisférico firmado en 1947, argumentando que el avance de la flota británica constituía una agresión extracontinental. Obtuvo el respaldo político de la mayoría de los países latinoamericanos, pero Estados Unidos priorizó su alianza con el Reino Unido y con la Organización del Tratado del Atlántico Norte —OTAN— (Morgenfeld, 2022). El TIAR mostró que nunca había sido un instrumento de defensa colectiva genuino, sino un mecanismo funcional a Washington. Mientras tanto, Gran Bretaña no sólo no se sentó a negociar, sino que, además, fue profundizando de manera unilateral e ilegal su presencia colonial: hoy ocupa el 25 % de la Argentina bicontinental, entre Malvinas, Georgias del Sur, Sandwich del Sur y las doscientas millas de mar alrededor de cada uno de esos territorios.

Desde entonces, los sucesivos gobiernos argentinos debieron recomponer su política exterior sobre esas ruinas y reformular una estrategia diplomática frente al Reino Unido, al sistema internacional y a sus propias prioridades. Lo hicieron de maneras muy distintas, aunque no sólo por razones de política interna o de oposición entre un gobierno y el siguiente. Las diferencias de enfoque responden sobre todo a los alineamientos geopolíticos de cada momento: qué lugar ocupa Argentina en el mapa de las grandes potencias, qué relación construye con Estados Unidos y con Gran Bretaña, qué peso le otorga a los organismos multilaterales y a la integración latinoamericana.

La difícil reconstrucción: de la posguerra a los Acuerdos de Madrid (1982-1990)

El regreso de la democracia en 1983 encontró al país en una situación diplomática muy débil. Las relaciones con el Reino Unido estaban rotas, se cargaba con el desprestigio de haber iniciado una guerra que terminó en derrota, y la comunidad internacional no mostraba demasiado apuro por reabrir el debate sobre la soberanía. El gobierno de Raúl Alfonsín intentó al mismo tiempo recuperar la agenda multilateral —reafirmando el reclamo en Naciones Unidas y otros foros— y explorar vías de acercamiento bilateral con Londres.

«Hasta 1982, nuestro país había construido pacientemente una posición diplomática sólida. [...] La operación terminó por destruir ese andamiaje diplomático: le dio al Reino Unido el argumento perfecto para negarse a negociar —la Argentina había usado la violencia— y galvanizó a la población de las islas contra cualquier solución que implicara soberanía argentina»

Esa combinación no era fácil. Gran Bretaña, gobernada aún por Margaret Thatcher, no tenía la menor intención de discutir soberanía. La situación de hostilidades suspendidas, pero sin relaciones diplomáticas formales, se prolongó durante años. Lejos de perjudicar a ambos lados por igual, esto resultó funcional a los intereses británicos: el Reino Unido expulsó a las empresas estatales argentinas que operaban en las islas, amplió progresivamente su zona de influencia sobre los recursos del Atlántico Sur —llegando a las doscientas millas náuticas para 1995— y fortaleció su infraestructura militar con la apertura de la base de Monte Agradable.

Fue el gobierno de Carlos Menem el que dio un paso decisivo, aunque muy controvertido. En 1989 y 1990, Argentina y el Reino Unido firmaron los llamados Acuerdos de Madrid, que restablecieron las relaciones diplomáticas y pusieron en marcha una fórmula de "paraguas de soberanía": los dos países acordaban avanzar en cooperación práctica (pesca, petróleo, comunicaciones) dejando de lado, sin resolver, la cuestión eje del problema.

Esta decisión se inscribía en una lógica geopolítica precisa: el menemismo apostaba a una inserción plena de la Argentina en el orden occidental liderado por Estados Unidos, que en esos años de posguerra fría parecía la única alternativa disponible. La apuesta era que la cooperación generaría confianza y que eventualmente el diálogo sobre la soberanía se reabriría. Eso nunca ocurrió. Londres se acomodó en el paraguas, disfrutó de los beneficios económicos del acercamiento y no mostró ningún interés en avanzar hacia la discusión central.

La seducción y sus límites: la política de Di Tella

En los años noventa, el canciller Guido Di Tella impulsó una política hacia los isleños que buscaba ganar sus corazones y sus mentes. Se enviaban regalos navideños, se proponían visitas, se intentaba construir vínculos personales con una población que, mayoritariamente, no quería saber nada de soberanía argentina. Esta llamada "política de seducción" fue ridiculizada ampliamente y no produjo ningún resultado concreto en términos de acercamiento a la solución del diferendo.

Simultáneamente, Argentina participó en operaciones militares bajo el mando de las Naciones Unidas y se acercó a la OTAN como "aliado extra-OTAN". En ese marco, cualquier presión efectiva sobre el Reino Unido

resultaba impensable: no se tomaban medidas económicas concretas, no se coordinaba con los países latinoamericanos una estrategia de presión conjunta, y el paraguas de soberanía funcionaba como un congelador de la causa más que como una herramienta diplomática activa. El resultado de este esquema durante una década fue que Gran Bretaña consolidó su posición en las islas, profundizó la explotación pesquera y petrolera de las aguas circundantes y fortaleció su infraestructura militar. El paraguas había servido mucho más a Londres que a Buenos Aires.

El giro kirchnerista: soberanía como eje y presión multilateral (2003-2015)

La llegada de Néstor Kirchner a la presidencia en 2003 marcó un cambio de orientación en la política exterior argentina, que tuvo consecuencias directas sobre Malvinas. El nuevo gobierno se apartó del alineamiento automático con Estados Unidos y el mundo anglosajón, apostó a la integración latinoamericana y reposicionó el reclamo de soberanía como un eje explícito de la política exterior.

Esta postura no respondía solamente a una diferencia con el gobierno menemista, sino a una lectura distinta del mapa geopolítico. El contexto internacional había cambiado: la derrota del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) en la Cumbre de Mar del Plata en 2005, el auge de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), el ascenso de China como actor global y la relativa declinación de la hegemonía estadounidense, abrían márgenes de autonomía que los años noventa no ofrecían.

En el primer encuentro entre Kirchner y el premier británico Tony Blair, en julio de 2003 en Londres, el presidente argentino dejó en claro que la soberanía volvía a ser el centro de la relación bilateral. Se abandonó la política de seducción, se suspendió la cooperación en materia de petróleo y pesca —que beneficiaba a empresas británicas— y se buscó que los países de la región apoyaran explícitamente la posición argentina en todos los foros posibles.

Cristina Fernández de Kirchner, desde que asumió en 2007, profundizó esa línea. Se intensificó la presencia argentina en Naciones Unidas, se buscaron avales en América Latina, África y Asia, y se tomaron medidas concretas: una política de penalización del uso de puertos sudamericanos para buques bajo bandera de las islas, coordinada a nivel continental a través del ALCA, CELAC, Mercosur y UNASUR, así como restricciones a la explotación unilateral de hidrocarburos en la zona en disputa. Los resultados diplomáticos fueron notables: en 2013, Argentina obtuvo el respaldo explícito de los 54 países del continente africano ante la Asamblea General de la ONU, y en 2014 y 2015 logró el apoyo formal de Rusia y China —hecho inédito en la historia de la diplomacia argentina sobre Malvinas—. Ese año, el Reino Unido impulsó en las islas un referéndum sobre el deseo de los isleños de permanecer bajo soberanía británica. El 99,8% votó afirmativamente. El resultado no fue reconocido por prácticamente ningún actor internacional: los isleños no constituyen un pueblo con derecho a la autodeterminación en los términos del Derecho Internacional, ya que se trata de una población implantada por el colonizador, exactamente lo que establece la Resolución 2065 de la ONU.

«Londres se acomodó en el paraguas, disfrutó de los beneficios económicos del acercamiento y no mostró ningún interés en avanzar hacia la discusión central. [...] El paraguas había servido mucho más a Londres que a Buenos Aires»

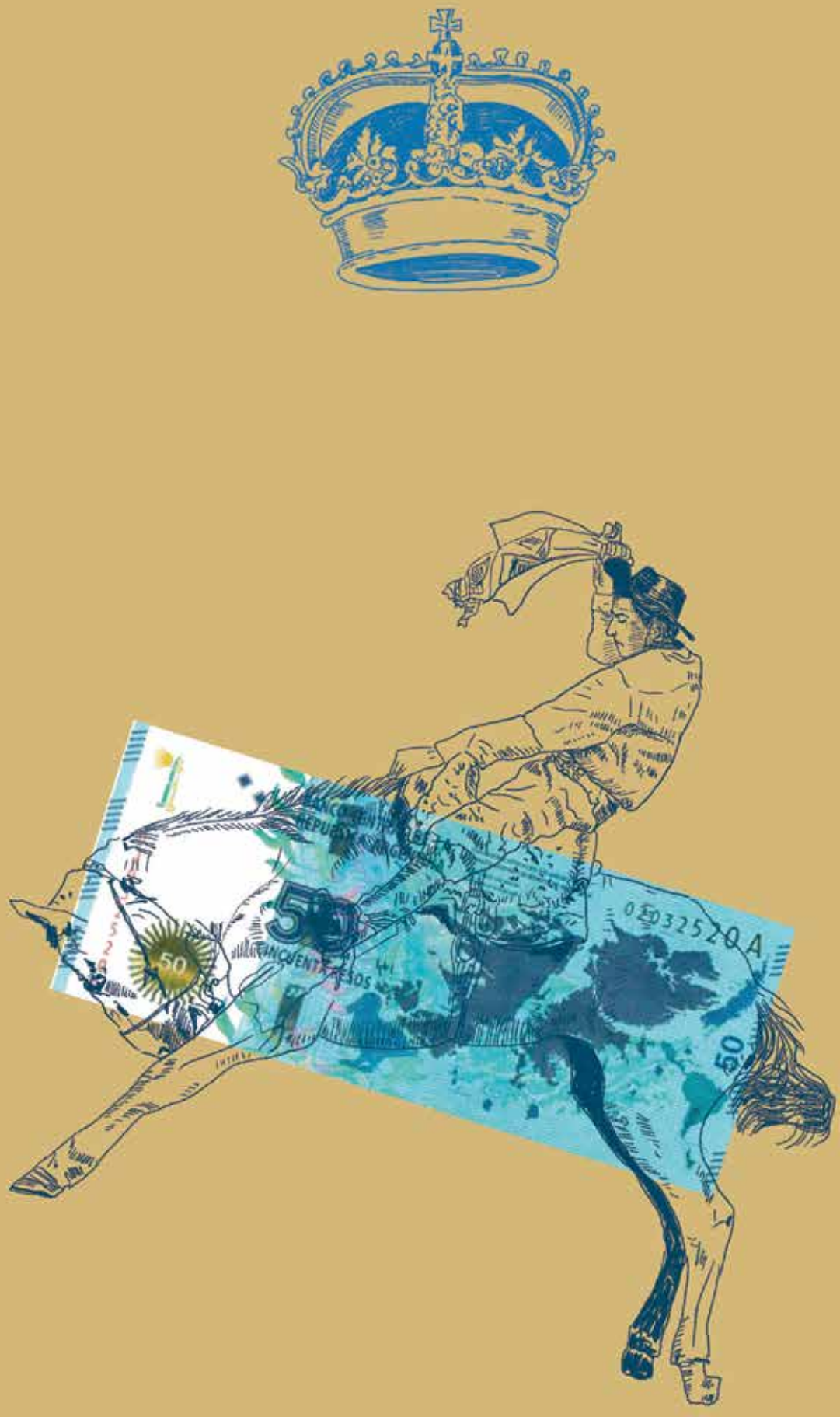
En esos años también se puso en primer plano la memoria de la guerra. Los excombatientes, luego de muchas idas y vueltas, pasaron a ser reconocidos como veteranos y sus demandas —pensiones dignas, reconocimiento público, acceso a información sobre el conflicto— fueron atendidas. La figura del excombatiente dejó de ser incómoda para convertirse en parte de una narrativa de reivindicación soberana. Incluso se terminó avanzando en la identificación de los soldados desconocidos caídos en las islas, gracias a la colaboración del Equipo Argentino de Antropología Forense.

El retroceso de Macri y el alineamiento con las potencias anglosajonas (2015-2019)

El gobierno de Mauricio Macri implicó un giro radical en la política exterior argentina. La gestión de Juntos por el Cambio apostó a una reinserción en el mundo occidental liderado por Estados Unidos y Europa, buscó inversiones británicas y norteamericanas y relegó la reivindicación de soberanía a un segundo plano.

En septiembre de 2016, los cancilleres Susana Malcorra y Boris Johnson firmaron el llamado "Comunicado Conjunto Foradori-Duncan". El acuerdo fue interpretado por muchos analistas como un retorno a la lógica del "paraguas de soberanía", pero en condiciones aún más favorables para el Reino Unido: habilitaba la cooperación en hidrocarburos y facilitaba el acceso al mercado pesquero sudamericano, que había sido bloqueado desde 2012. El contexto no es casual: el Brexit había dejado a la economía colonial británica en el Atlántico Sur en una situación crítica —España era el principal importador del pescado capturado en aguas argentinas— y Gran Bretaña necesitaba un





acuerdo rápido con Argentina para acceder al mercado regional (Rattenbach, 2022). Para los críticos del acuerdo, este implicaba subordinar la soberanía a intereses económicos sin ninguna contraprestación en términos del diferendo. No fue el único retroceso: en diciembre de 2015, Malcorra disolvió la Secretaría de Asuntos Relativos a las Islas Malvinas, y en noviembre de 2016, Argentina desistió de la demanda por el hundimiento del buque ARA "General Belgrano".

Este viraje no respondía simplemente a la oposición política con el kirchnerismo. Era la expresión local de un reposicionamiento geopolítico más amplio: el macrismo creía que la integración con el mundo occidental, el acuerdo con el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la atracción de inversiones extranjeras eran el camino del desarrollo argentino. En ese esquema, confrontar con el Reino Unido era un lujo que no se podía pagar. La reivindicación de Malvinas pasó a ser, en el mejor de los casos, un discurso de ocasión.

El gobierno de Alberto Fernández: entre la pandemia y la disputa por los recursos (2019-2023)

El gobierno de Alberto Fernández inició en diciembre de 2019 con la intención declarada de retomar la firmeza en el reclamo de soberanía. Sin embargo, su gestión estuvo condicionada desde el primer momento por la crisis económica heredada y la pandemia de COVID-19, hechos que consumieron la mayor parte de la energía política y diplomática del gobierno durante sus primeros dos años.

En el plano diplomático, retomó la línea de presencia activa en los foros multilaterales. Se reivindicó el reclamo ante la ONU, se recuperó la participación en la CELAC y se dejó formalmente sin efecto el Comunicado Foradori-Duncan. En ese marco, se logró un hito diplomático relevante: en la declaración conjunta CELAC-Unión Europea (UE) posterior al Brexit, la UE reconoció por primera vez la existencia de una disputa de soberanía sobre las islas, alejándose de la posición tradicional de Londres. En el plano legislativo, se aprobaron tres leyes vinculadas con la soberanía en el Atlántico Sur: la creación de un Consejo Nacional de Asuntos Malvinas, la nueva demarcación de la Plataforma Continental Argentina y la actualización de las multas a la pesca ilegal.

Un capítulo relevante del período fue la disputa por los recursos naturales en el Atlántico Sur. Gran Bretaña siguió concediendo unilateralmente licencias de pesca en aguas que Argentina considera propias, y las empresas británicas continuaron explorando y explotando hidrocarburos en la plataforma continental adyacente a las islas. El gobierno de Fernández denunció estas actividades ante distintos organismos internacionales, sin lograr revertir la situación.

«La pregunta no es si hay que seguir reclamando lo que corresponde, la pregunta es con qué estrategia, con qué alianzas y desde qué posición en el mundo se lo puede hacer de manera efectiva para recuperar una parte significativa del territorio argentino que sigue bajo ocupación colonial»

En términos geopolíticos, el gobierno de Fernández buscó un equilibrio difícil: mantener buenas relaciones con el Fondo Monetario Internacional (FMI) —de quien dependía la renegociación de la deuda externa— sin resignar la reivindicación soberana. Ese equilibrio, como tantas veces en la historia argentina, resultó inestable. La necesidad de financiamiento externo limitó la capacidad de presión efectiva sobre el Reino Unido y sus aliados, y la crisis política interna de la coalición gobernante acabó por restar energía a cualquier iniciativa diplomática ambiciosa.

Milei y el desmantelamiento de la política soberana

El gobierno de Javier Milei, iniciado en diciembre de 2023, profundizó el alineamiento con las potencias anglosajonas hasta un punto inédito en la historia argentina. La relación especial con Estados Unidos y el Reino Unido (e Israel) pasó a ser un eje explícito de la política exterior. En los primeros meses, la canciller Mondino se abstuvo en Naciones Unidas en una votación sobre la descolonización del Archipiélago de Chagos —otro territorio bajo dominio británico—, abandonando la tradicional postura argentina anticolonial. En septiembre de 2024, la canciller firmó con su par británico David Lammy un nuevo comunicado conjunto, denominado informalmente "Mondino-Lammy" y calificado por analistas como un Foradori-Duncan II, que retomaba la lógica de la cooperación práctica y dejaba nuevamente de lado la soberanía, en térmi-



nos favorables para el Reino Unido. Mondino fue luego reemplazada en un contexto de tensiones internas, pero el rumbo no cambió sustancialmente.

La lógica es, nuevamente, geopolítica antes que doméstica. Milei concibe la política exterior como un alineamiento ideológico y estratégico con el mundo anglosajón. En ese esquema, Malvinas no desaparece del discurso, pero pierde toda capacidad de presión efectiva: es difícil reclamar soberanía con firmeza mientras se busca activamente la simpatía del gobierno que ocupa las islas.

Más de cuarenta años después: ¿qué puede lograr la diplomacia?

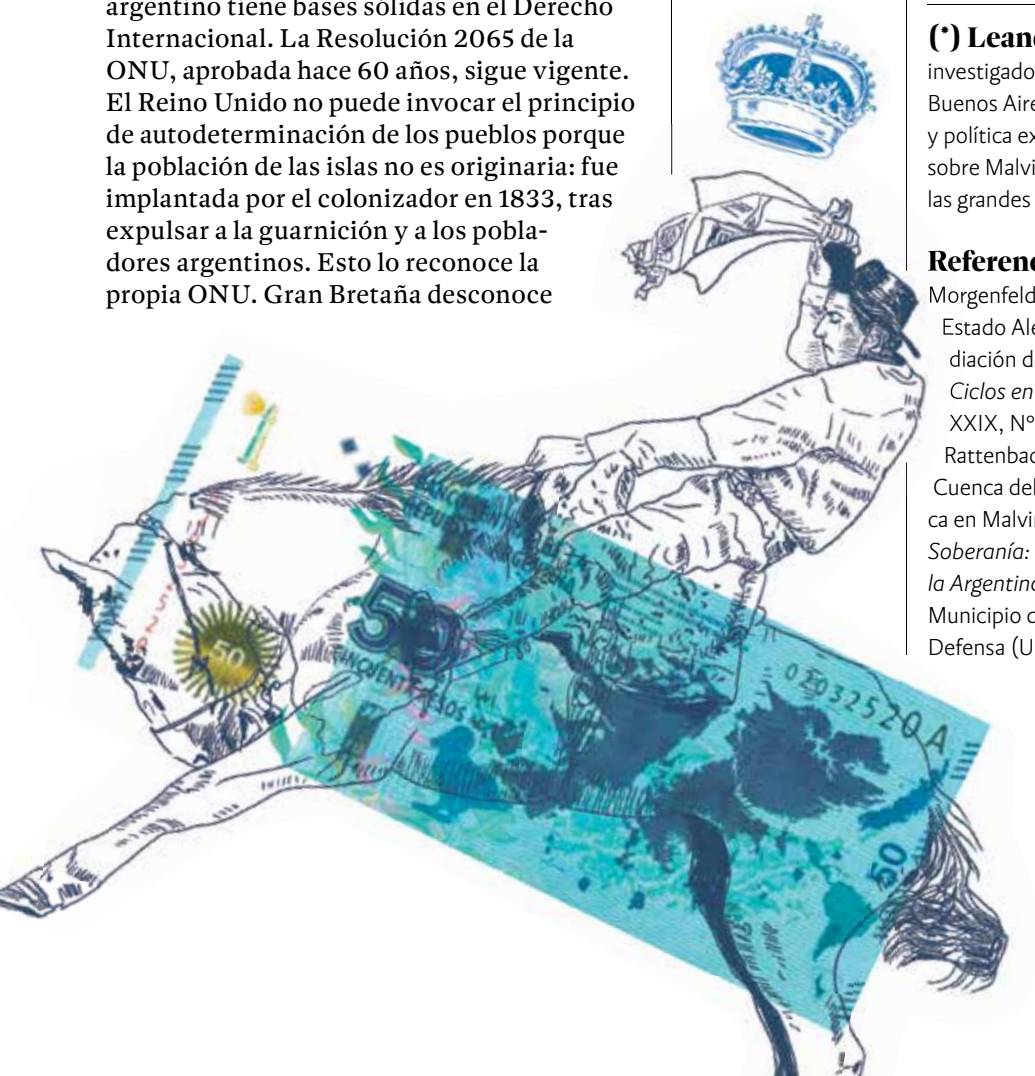
Recorrida esta trayectoria de más de cuatro décadas, emergen algunas conclusiones. La primera es que la política exterior argentina hacia Malvinas no oscila al azar: responde a posicionamientos geopolíticos precisos. Cuando el país se alineó con el mundo occidental sin condiciones —en los años noventa, el macrismo y el mileísmo—, la causa Malvinas perdió fuerza. Cuando apostó a la autonomía relativa y a la presión multilateral, durante el kirchnerismo, la causa ganó visibilidad internacional, aunque ninguna de las dos estrategias logró que el Reino Unido se siente a negociar la soberanía.

La segunda conclusión es que el reclamo argentino tiene bases sólidas en el Derecho Internacional. La Resolución 2065 de la ONU, aprobada hace 60 años, sigue vigente. El Reino Unido no puede invocar el principio de autodeterminación de los pueblos porque la población de las islas no es originaria: fue implantada por el colonizador en 1833, tras expulsar a la guarnición y a los pobladores argentinos. Esto lo reconoce la propia ONU. Gran Bretaña desconoce sistemáticamente esa resolución, amparada en su asiento permanente en el Consejo de Seguridad.

«Los sucesivos gobiernos argentinos debieron recomponer su política exterior (...) Las diferencias de enfoque responden sobre todo a los alineamientos geopolíticos de cada momento: qué lugar ocupa Argentina en el mapa de las grandes potencias, qué relación construye con Estados Unidos y con Gran Bretaña, qué peso le otorga a los organismos multilaterales y a la integración latinoamericana»

La tercera conclusión es que la vía diplomática, aunque lenta y frustrante, sigue siendo por ahora la única posible. Pero la diplomacia sin presión efectiva tampoco alcanza. Los países que abandonaron el TIAR en los últimos años lo hicieron, entre otras razones, citando el caso Malvinas como ejemplo del fracaso de ese esquema de seguridad. La coordinación regional es la herramienta diplomática más poderosa disponible: la experiencia de 2012-2019 lo demostró.

Más de cuarenta años después de la guerra, Malvinas sigue siendo una herida abierta. Es una disputa viva en la que Gran Bretaña tiene intereses económicos y estratégicos muy concretos —pesca, petróleo, posición geopolítica en el Atlántico Sur y cercanía a la Antártida— y en la que Argentina tiene derechos reconocidos internacionalmente que ningún gobierno puede legítimamente resignar. La pregunta no es si hay que seguir reclamando lo que corresponde, la pregunta es con qué estrategia, con qué alianzas y desde qué posición en el mundo se lo puede hacer de manera efectiva para recuperar una parte significativa del territorio argentino que sigue bajo ocupación colonial. **C•X**

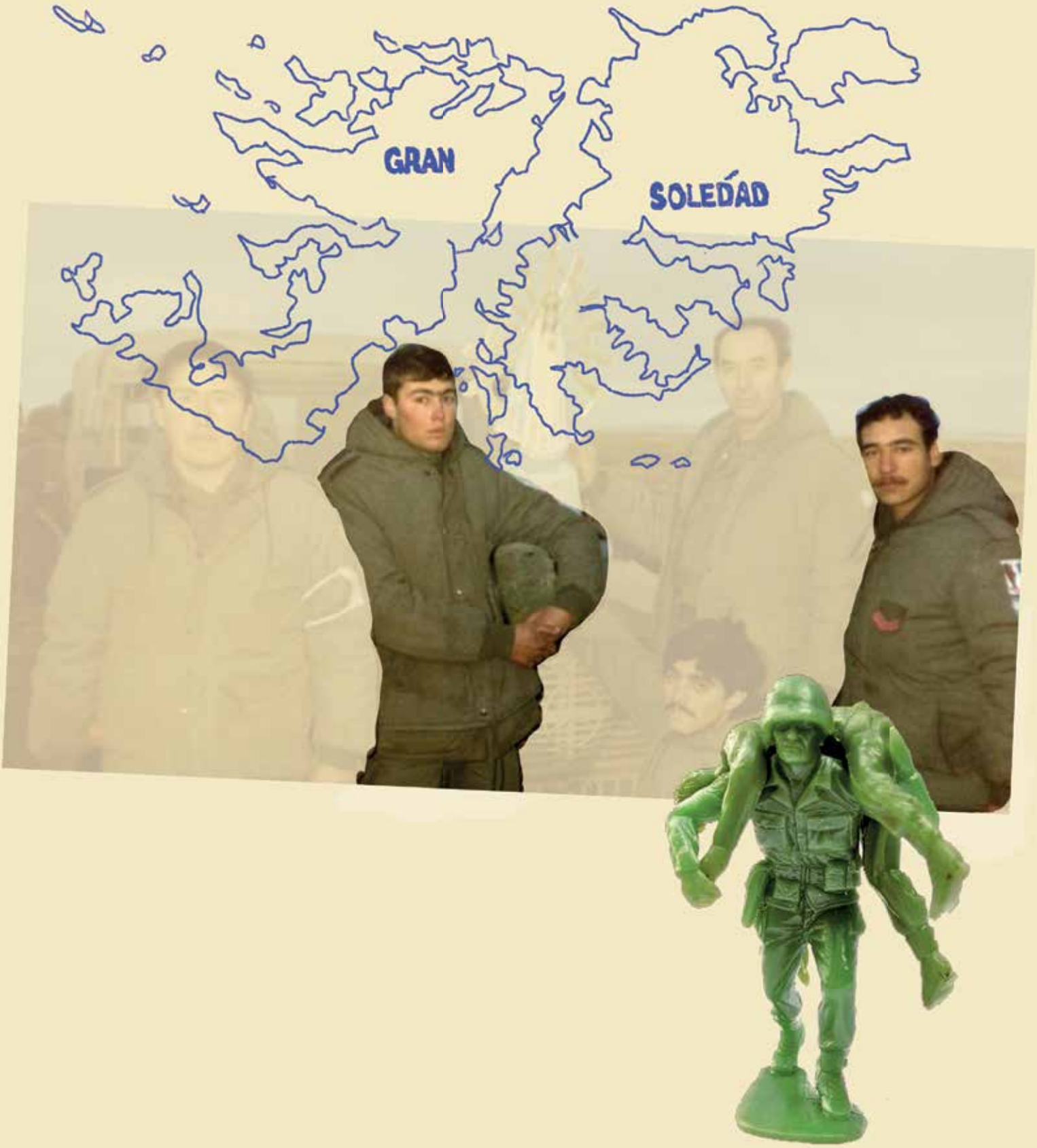


(*) Leandro Morgenfeld es doctor en Historia e investigador del CONICET. Profesor en la Universidad de Buenos Aires. Especialista en relaciones interamericanas y política exterior argentina. Autor de numerosos trabajos sobre Malvinas, el TIAR y las relaciones entre Argentina y las grandes potencias.

Referencias

Morgenfeld, Leandro (2022). "La visita del Secretario de Estado Alexander Haig en el marco de la frustrada mediación de Estados Unidos en el conflicto de Malvinas". *Ciclos en la Historia, la Economía y la Sociedad*, Vol. XXIX, N° 58, pp. 71-77.

Rattenbach, Juan Augusto (2022). "Del Polo Sur a la Cuenca del Plata: soberanía económica y geopolítica en Malvinas y en el Atlántico Sur". En *Ciudad de la Soberanía: Río Grande, Malvinas y la construcción de la Argentina Bicontinental.* Río Grande/Buenos Aires: Municipio de Río Grande/Universidad Nacional de la Defensa (UNDEF).


GRAN
SOLEDÁD

Malvinas: una herida que no cierra

Claudio Edelstein*
Ilustraciones de María Victoria Robles

Una investigación clínica con veteranos de guerra, realizada desde la Universidad Kennedy, sostiene que Malvinas dejó una doble marca: el daño recibido de quien debía cuidar y la ausencia de sostén al regreso. Los testimonios reunidos —el hambre, los estaqueamientos, el silencio impuesto por escrito— dibujan una posguerra tan traumática como la guerra misma.

Bajo el título de este artículo —"Malvinas: una herida que no cierra"— publiqué el libro homónimo, resultado de la tesis doctoral "Percepción de la falta de reconocimiento psicosocial y sintomatología en el veterano de guerra de Malvinas". La tesis es una investigación clínica, con trabajo de campo sobre una muestra de sesenta veteranos de la guerra de Malvinas (VGM) y la colaboración especial de los hospitales para veteranos de guerra de Malvinas de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Córdoba y Curuzú Cuatiá (Corrientes). A lo largo de la investigación, analizo en términos psicoanalíticos lo que llamaría "la doble inscripción traumática" que sufrieron los veteranos de Malvinas. Esta reside en el trauma de recibir daño de quien debe cuidar, por un lado, y no recibir sostén luego del daño, por el otro. En términos de los veteranos, esto se expresó como ir a dar la vida por la patria madre y al regreso encontrarse que esa figura maternal, en lugar de sostener, desconoce a quienes les pidió el sacrificio. La obra argumenta cómo este doble daño es responsable de los efectos psicopatológicos y los cuadros clínicos que se han visto y se ven aún en los VGM.

Pero, ¿por qué sostengo que se produjo un segundo daño al regreso del conflicto? Finalizada la guerra, los soldados regresaron pronto al continente, pero no se reencontraron con sus familias. Fueron trasladados de manera secreta y humillante a instalaciones militares, donde se los mantuvo un tiempo con la finalidad de mejorar su condición física y lograr que la sociedad se olvidara rápidamente de la derrota.

Además, dentro de los cuarteles continuaban las acciones de adoctrinamiento y los superiores "solicitaron" a los soldados la firma de una declaración por la cual los obligaban a no hablar acerca de la guerra. Debían callar, era una cuestión de Estado. Todos recibieron el siguiente mensaje:

Usted ha sido convocado por la PATRIA para defender su soberanía y oponerse a intenciones colonialistas y de opresión. Ello lo obligó a una entrega total y desinteresada.
Usted luchó y entregó todo lo que la PATRIA le ofreció: el orgullo de ser ARGENTINO.
Ahora la PATRIA le requiere otro esfuerzo; de ahora en más, USTED deberá:
• NO proporcionar información sobre su movilización, lugar de presentación, arma a que pertenece y/o aptitud adquirida y su experiencia de combate.

«Esta doble inscripción reside en el trauma de recibir daño de quien debe cuidar, por un lado, y no recibir sostén luego del daño, por el otro. En términos de los veteranos, esto se expresó como ir a dar la vida por la patria madre y al regreso encontrarse que esa figura maternal, en lugar de sostener, desconoce a quienes les pidió el sacrificio»



• NO ser imprudente en sus juicios y apreciaciones.
• NO dejarse llevar por rumores ni noticias alarmantes.

No sólo habían perdido la guerra; además se les impedía hablar del sufrimiento, de la muerte, del frío, de la pérdida de los amigos. No podían reunirse con aquellos que habían vivido algo semejante para acompañarse y tampoco se les permitió poner en palabras el dolor de no ser reconocidos. Así, el regreso fue singularmente traumático.

A lo largo de los años, desde el Departamento de Psicología Clínica de la Universidad Argentina John F. Kennedy, he acompañado a estos héroes de Malvinas y he comprobado cómo la falta de reconocimiento generó síntomas psicopatológicos y cuadros clínicos psicofísicos. Por eso, en mi argumentación abrevo de diferentes autores psicoanalíticos que concuerdan en que si el vínculo materno —simbólico— es fallido, genera cuadros clínicos psicopatológicos muy graves. Es esto lo que puede leerse en los discursos de los VGM: el sentirse abandonados, no alojados en el reconocimiento y en el afecto. En los veteranos vemos un padecimiento psíquico social y subjetivo singular.

A continuación, ofrezco una serie de extractos de la obra, publicada por la editorial Letra Viva en 2026, con el apoyo de la Universidad Kennedy.

Relato de un veterano de Malvinas

Al terminar la guerra, hubo tres formas de presión sobre los excombatientes: la imposición de silencio por parte de los jefes militares —quienes los amenazaron para que no hablaran al volver de las islas—, la campaña de "desmalvinización" posterior y el olvido que se impuso en los años noventa. Una de las consecuencias del silencio ha sido el alto número de suicidios de VGM (400), que supera al de los caídos durante la guerra (271). Pero más allá de las políticas impulsadas desde el Estado, el tema de los soldados de Malvinas siempre ha provocado frialdad social. Como lo manifiesta el VGM Orlando Vassel:

Para mí, tiene que ver con que Malvinas expresa las contradicciones de los argentinos: el haber salido a la plaza de Mayo a apoyar a Galtieri, y luego el hecho de que mucha gente asocia el tema a una reivindicación de la dictadura. Esto deja a los soldados en una situación difícil, porque para los militares, ellos son civiles, pero para los civiles, son militares. (O. Vassel, 1996)

Testimonios de los VGM. La falta de reconocimiento social y sus efectos psicopatológicos

La percepción de la falta de reconocimiento social genera manifestaciones y efectos que, ante la desesperación de no ser escuchado ni alojado, puede llegar a despliegues sintomáticos enlazados en lo singular y lo social, donde las consecuencias y efectos, luego pasados por la defensa renegatoria, van formando el cortejo sintomático.

La problemática del suicidio, tan instalada en los soldados al regreso de la guerra, se refleja claramente en estos testimonios. Por esto es importante incluir la historia que se leerá a continuación, como orientadora de la hipótesis de trabajo.

Tomo como referencia a la periodista Natasha Niebieskikwiat, quien informa en el diario *Clarín* acerca del suicidio del catamarqueño Ignacio Bazán, distinguido por el Senado y la Armada por su actuación en combate:

> *Hace medio año, Bazán perdió su última batalla. La que él mismo se impuso librar en soledad ante la Armada, fuerza para la que sirvió en los días de guerra. Acababa de ser licenciado en la Policía Federal, cuando por motivos psiquiátricos decidió iniciar, en el edificio Libertad, los trámites para que se le reconociera su estado de incapacidad. En la jerga de la Marina, buscaba que le concedieran el llamado "Anexo 40", por el que una junta médica evalúa si un trastorno psicológico ha sido originado en el cumplimiento de actos de servicio. En su caso, la incapacidad sí era producto de su experiencia en Malvinas. Vivió como una derrota personal la decisión de la Armada de denegar el pedido de incapacidad, que le hubiera significado un plus de $500 pesos a la pensión de casi $1000 que recibía como veterano de guerra. También cobraba $357 de la administración pública y cerca de $400 de la provincial. No era dinero lo que lo movía: era su reclamo a una sociedad indiferente, "desmalvinizada". (Niebieskikwiat, 1996)*

Es imperioso analizar que el aparato psíquico necesita procesar y buscar la forma de reparar tanto padecimiento subjetivo producto de esta falta de reconocimiento: héroe de guerra, esperando el Anexo 40 para ser declarado enfermo, pero sin contemplar que es un héroe de guerra. La doble inscripción traumática opera desde quien me debe de cuidar es quien me daña, pero la fijación al trauma de guerra es irrepresentable si no hay acompañamiento, *holding* al decir de Winnicot en su obra *Variedades clínicas de la transferencia*. Se vivencia el rechazo donde la pulsión de muerte puede operar cómodamente. La ridiculez de la falta de sentido común, la pérdida de este héroe en todos sus aspectos. Otra vez la Patria Madre no lo reconoció.

«Dentro de los cuarteles continuaban las acciones de adoctrinamiento y los superiores "solicitaron" a los soldados la firma de una declaración por la cual los obligaban a no hablar acerca de la guerra. Debían callar, era una cuestión de Estado»



Edgardo Esteban, periodista y VGM, escribe sobre el hambre que sufrían los combatientes en las frías tierras, tomando el testimonio del VGM Isaac Debórtoli publicado por el Centro de Ex Soldados Combatientes en Malvinas de Corrientes (CESCEM Corrientes) en su sitio web: "Nos la rebuscamos con huesos de oveja, porque se mantienen intactos por la temperatura fría, masticás y es bastante, no diría tiernito, pero es tolerable, se puede masticar, se puede tragar, de eso comimos bastante". Y agrega que: "Varios soldados correntinos murieron de hambre, y esto no fue una circunstancia inevitable de la guerra, sino consecuencia de un tratamiento humano indigno, ya que todos los testimonios hablan de que el personal de cuadro no sufría privaciones".

El VGM Jorge Delgado recuerda en el mismo sitio web: "El hambre que teníamos era una constante, porque estábamos muy mal alimentados; la carne y la verdura se repartían entre los oficiales y suboficiales". El VGM Marcos Ojeda agrega: "Al mes del combate el 90 % del regimiento estaba con desnutrición, incluso mi compañía tuvo un deceso por esa causa. Yo siempre pesé 70 kilos y cuando terminó la guerra estaba en 52 kilos y medio".

Testimonia el excombatiente Mario Romero, también del CESCEM Corrientes:

> *Nosotros estábamos a un kilómetro del puerto, y ahí pegado había un lugar donde los ingleses faenaban las ovejas y tiraban las vísceras. Los soldados iban y alzaban eso (...) buscaban cáscaras de papa, de naranja, y comían; juntaban y comían. Llegó un momento en que parecía que no éramos soldados, éramos linyeras buscando comida. Se tomaban sanciones contra quienes hacían esto. Los estaqueaban o los enterraban en un pozo, con sólo la cabeza afuera.*

Veinticinco años después de la guerra, a mediados de agosto de 2007, la jueza Herraez y la secretaria Cecilia Incardone se instalaron en el Juzgado Federal de la ciudad de Corrientes. Allí tomaron los primeros 23 testimonios y se presentó una segunda denuncia con 15 nuevos casos de estaqueamientos de soldados de Corrientes, 2 de Chaco, 1 de Santiago del Estero, 3 de Rosario y 1 de Buenos Aires. Este último, el VGM "Cacho" Núñez, un exsoldado del Batallón de Infantería de Marina 5 de Río Grande, compartió la pena de estaqueamiento con el suboficial retirado del Ejército Guillermo Insaurralde, el cual fue castigado porque se compadeció y lo liberó del cepo. También fue muy importante el testimonio de un exconscripto





de la Fuerza Aérea, Alberto Fernández, de Casilda (Santa Fe), quien fue enterrado hasta el cuello en la turba helada a causa del acto "indisciplinario" de tomar un paquete de galletitas para alimentarse.

De los casos analizados por la Justicia el más grave es el de Rito Portillo, un soldado ametrallado por un cabo. Los militares lo hicieron figurar como muerto en combate y amenazaron con un Consejo de Guerra a un compañero de Portillo porque intentó denunciar lo que había sucedido. Entre los muertos por desnutrición está el VGM Remigio Antonio Fernández, de quien uno de los testimonios recuerda: "Era un compañero mío, muy flaquito, muy quedado diría yo. No se la supo rebuscar, y falleció en la trinchera, arrolladito". En el libro autorreferencial *Perder el miedo*, Mario Obezza relata muchas de estas historias reunidas por primera vez en 25 años.

El suicidio en VGM argentinos e ingleses

Según la Asociación de la Medalla del Atlántico Sur (SAMA), 255 soldados británicos fallecieron durante el conflicto de Malvinas (entendemos que fueron más), pero en las décadas siguientes 264 veteranos se suicidaron. Por ende, fallecieron más por suicidio que por bajas de combate. Dichas estadísticas fueron motivo, en 2002, de acciones legales iniciadas por los veteranos de guerra británicos, quienes adujeron que el Ministerio de Defensa de ese país no se encargó adecuadamente de los soldados con trastorno por estrés postraumático (TEPT), ya que este es un cuadro que se correlaciona con el suicidio. Un estudio sugiere que los veteranos británicos de 18 a 23 años son tres veces más propensos a cometer suicidio que sus pares civiles (The Independent, 15 julio de 2009).

En Argentina, diez años después del conflicto, se registró un pico de 12 suicidios diarios en el grupo de pacientes de 20 a 24 años. Sabemos que cada suicidio afecta directamente a 10 personas e indirectamente a 50. Según un discurso dado por la presidente argentina el 7 de febrero de 2012, ha habido 439 veteranos de guerra fallecidos desde 1982. Al igual que en Gran Bretaña, no existen cifras oficiales que nos digan cuántos de ellos se debieron a suicidios.

"[...] 4 de cada 10 veteranos de guerra argentinos han intentado cometer suicidio. El 62,5 % expresó que en algún momento de su vida prefirieron estar muertos", declara Eduardo Gerding, médico y VGM en su blog "El grupo Malvinas-Nottingham".

Quien ha vivido la guerra no vuelve de la misma manera que se fue. La intensidad traumática no tiene comparación con ninguna acción cotidiana, el aparato psíquico no está preparado para lo siniestro cuando se encarna en lo real, sin angustia, señal, ni apronte angustiado que puedan a ayudar a tramitar lo irrepresentable, lo indecible, lo innombrable.

«Quien ha vivido la guerra no vuelve de la misma manera que se fue. La intensidad traumática no tiene comparación con ninguna acción cotidiana, el aparato psíquico no está preparado para lo siniestro cuando se encarna en lo real»

No puede haber trabajo representacional ante tal ruptura de las defensas psíquicas; es la imposibilidad de seguir viviendo una cotidianidad, cuando la irrupción de los *flashbacks*, terrores nocturnos, pensamientos intrusivos, culpa, depresión, anhedonia, más la intensidad traumática, difieren de cualquier situación que uno vivencia en diferentes tipos de escenario. Lamentablemente, el suicidio es una problemática ante la cual debemos seguir trabajando para el acompañamiento de los VGM y de los de cualquier guerra ya que, por supuesto, los va a afectar. Ni Estados Unidos de América, con los soldados más profesionalizados del planeta, puede detener la ola de numerosos suicidios de quienes combatieron en las distintas guerras de su historia militar y que se siguen reportando todos los días. **C•X**



(*) Claudio Edestein es profesor de grado y posgrado en la Facultad de Ciencias Psicológicas de la Universidad Kennedy. Es Doctor en Psicología Social y Política y especialista en Psicología Clínica.

Referencias

Vassel, Orlando (1996), http//www. El malvinense.com/veteranos/2016/2083. Html

Niebieskikwiat, N. (2006). "El suicidio de un soldado distinguido con la medalla de honor en Malvinas", en *Clarín*, 26 de enero de 2006.

Esteban, Edgardo (2006). "Salir de los silencios" en *Página 12*, 2 de abril de 2006.

https://malvinasnottingham.blogspot.com/p/sobre-el-author.html

https://www.cescem.org.ar/



aumento

disminuci

anillo mágico

Malvinas. Conexiones e historias que siguen construyendo soberanía

Paula Costanza Sardegna*
Ilustraciones de María Victoria Robles

De los cuadraditos tejidos en la escuela primaria en 1982 a la cláusula constitucional de 1994, y de allí a la ley que hoy obliga a capacitar en la Cuestión Malvinas a todo funcionario público: un recorrido personal y jurídico por las formas en que la soberanía se sigue construyendo desde el aula, la universidad y el Estado.

La causa Malvinas se consolidó progresivamente como uno de los ejes centrales de la política exterior argentina y adquirió jerarquía de política de Estado con la reforma constitucional de 1994. Ello se materializó mediante la incorporación de una cláusula transitoria de alta densidad política y jurídica, que reafirma una posición histórica del Estado argentino en materia de integridad territorial y soberanía, estableciendo expresamente: "La Nación Argentina ratifica su legítima e imprescriptible soberanía sobre las Islas Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur y los espacios marítimos e insulares correspondientes, por ser parte integrante del territorio nacional. La recuperación de dichos territorios y el ejercicio pleno de la soberanía, respetando el modo de vida de sus habitantes, y conforme a los principios del Derecho Internacional, constituyen un objetivo permanente e irrenunciable del pueblo argentino".

2 de abril de 1982

La madrugada del 2 de abril de 1982, miles de familias argentinas permanecían desveladas, aferradas al sonido de una radio o a las imágenes de un televisor en blanco y negro, siguiendo con angustia las noticias. En muchos hogares, el silencio de esas horas apenas era interrumpido por los comunicados que anunciaban que los soldados dados de baja debían regresar a los cuarteles.

Mientras todavía era de noche y el otoño comenzaba a sentirse en las calles vacías, las tropas , bajo órdenes del gobierno militar de Galtieri, desembarcaban en las islas Malvinas con el objetivo de recuperarlas del dominio colonial británico. Horas después, la noticia ya recorría cada casa, cada café y cada rincón del país. Al día siguiente, desde Londres, la primera ministra británica ordenaba el envío de su flota hacia el Atlántico Sur y comenzaba el conflicto bélico que nos marcaría a todos.

Con excepción de la Fuerza Aérea, integrada mayoritariamente por personal de carrera, gran parte de las tropas argentinas estuvo conformada por jóvenes conscriptos. Más de 12.500 soldados de entre 18 y 20 años, pertenecientes en su mayoría a las clases 1962 y 1963, fueron enviados a las islas. Muchos de ellos apenas habían terminado la escuela secundaria y enfrentaron, lejos de sus hogares, una experiencia que marcaría sus vidas para siempre.

Durante abril, mayo y junio convivieron en trincheras, atravesados por el frío, la lluvia y el viento que superaba los 80 kilómetros por hora. Los ríos de piedra, el hambre, los borcegos congelados y los fosos inundados formaron parte de su diaria. Sobre sus rostros caían gotas de lluvia helada que contrastaban con el calor del fuego del combate. Por las noches abrazaban las cartas que llegaban desde el continente y se encomendaban a su Dios.

«También hubo mujeres que participaron activamente. Seis integraron el Ejército Argentino como instrumentadoras quirúrgicas y enfermeras a bordo del Rompehielos ARA "Almirante Irízar"; otras seis pertenecían a la Marina Mercante Argentina y prestaron servicios para la Armada; y una integrante de la Fuerza Aérea Argentina participó en tareas de evacuación aeromédica. Su labor resultó fundamental y, sin embargo, el reconocimiento institucional continúa siendo una deuda pendiente: sólo tres de ellas, que participaron bajo el Estado Mayor Conjunto, fueron oficialmente reconocidas como veteranas»

También hubo mujeres que participaron activamente. Seis integraron el Ejército Argentino como instrumentadoras quirúrgicas y enfermeras a bordo del Rompehielos ARA "Almirante Irízar"; otras seis pertenecían a la Marina Mercante Argentina y prestaron servicios para la Armada; y una integrante de la Fuerza Aérea Argentina participó en tareas de evacuación aeromédica. Su labor resultó fundamental y, sin embargo, el reconocimiento institucional continúa siendo una deuda pendiente: sólo tres de ellas, que participaron bajo el Estado Mayor Conjunto, fueron oficialmente reconocidas como veteranas.

Fueron 649 soldados argentinos los que dieron su vida en defensa de la soberanía nacional. Detrás de cada uno de esos hombres hay una historia, una familia y un proyecto de vida truncado por la guerra. Hoy permanecen en la memoria colectiva como expresión de entrega, valor y compromiso por la Patria.

Escuela y emociones

Malvinas fue un tema que atravesó la escolaridad primaria de mi generación, mucho antes de que pudiéramos comprender plenamente qué significaba una guerra, una disputa territorial o una cuestión de soberanía.

Tengo en mi memoria, como en una secuencia fotográfica, las mañanas en el Colegio Nuestra Señora de la Misericordia tejiendo cuadraditos de 15 x 15 para unir en mantas y enviar a las islas; también las cartas manuscritas con palabras de aliento para quienes defendían la Patria lejos de sus hogares y familias. También recuerdo las preguntas sin respuesta. Para muchos niños de aquella generación, Malvinas era una presencia constante, difícil de explicar y todavía más difícil de dimensionar. Un cuarto de siglo después, ya como madre, volví a encontrarme con Malvinas en los actos escolares del Colegio FASTA Catherina. Esta vez no desde la mirada infantil que intentaba comprender lo que ocurría, sino desde otro lugar, observando cómo nuevas generaciones se acercaban a una causa que seguía latiendo. En esas ceremonias, luego de entonar el Himno Nacional Argentino y la Marcha de las Malvinas, escuchábamos el relato de protagonistas de la gesta y nos comprometíamos a mantener viva su memoria.

Con los años, Malvinas dejó de ser un recuerdo de infancia o una presencia escolar para convertirse en la necesidad de profundizar desde la academia

Universidad e investigación científica

En la Universidad, comprometida académica y científicamente, Malvinas se convirtió en objeto de estudio. Las explicaciones jurídicas que justifican la soberanía argentina, basadas en los justos títulos, sucintamente identifican:

- **Prioridad en el descubrimiento:** las islas figuraban en cartas náuticas españolas desde 1522 y su descubrimiento se atribuye a navegantes vinculados con expediciones españolas. Las tesis británicas sobre un supuesto descubrimiento inglés posterior carecen de respaldo suficiente y no generaron una ocupación efectiva inmediata.
- **Prioridad en la ocupación:** desde 1767, tras el reconocimiento francés de la ciudadanía española, este país ejerció la ocupación y administración efectiva de las islas. Luego de la retirada británica de Puerto Egmont en 1774, España mantuvo la posesión exclusiva. En 1776, cuando se creó el Virreinato del Río de la Plata, las Malvinas y las islas de Atlántico Sur pasaron a depender de la autoridad del Virrey establecido en Buenos Aires. Por la Declaración de Independencia del 9 de julio de 1816, las Provincias Unidas de Río del Plata, con asiento de gobierno en Buenos Aires, se independizaron de España.
- **Principio de *uti possidetis iuris*:** Argentina heredó los territorios y derechos que pertenecían a España al momento de la independencia. Como las Malvinas dependían administrativamente del Virreinato del Río de la Plata, pasaron a integrar el territorio argentino tras 1816.
- **Principio de continuidad:** las islas Malvinas constituyen una prolongación geográfica y geológica de la plataforma continental argentina y del territorio patagónico, lo que refuerza su vinculación natural con el territorio nacional.

En el ámbito internacional, la Organización de las Naciones Unidas (ONU) reconoció la existencia de una disputa de soberanía mediante la Resolución 2065 (XX) de 1965, instando a la Argentina y al Reino Unido a negociar una solución pacífica. La ONU consideró aplicable el **principio de integridad territorial** y no el de autodeterminación, al tratarse de una población implantada luego de la ocupación británica de 1833. Desde entonces, la Argentina mantuvo su reclamo diplomático en distintos foros internacionales y regionales.

La identificación y la evaluación de las características de la cuestión Malvinas ha generado, en los distintos momentos históricos del conflicto, diversas propuestas jurídicas para procurar una solución definitiva. Entre ellas pueden mencionarse en apretada síntesis:

- **Arriendo (*Lease-Back*):** consistiría en el reconocimiento de la soberanía argentina sobre las islas, mientras que el Reino Unido mantendría temporalmente facultades de administración mediante un arrendamiento. Argentina obtendría el reconocimiento jurídico de sus derechos y el Reino Unido conservaría por un tiempo su presencia y explotación de recursos en el territorio.
- **Condominio:** implicaría el ejercicio conjunto de soberanía por parte de Argentina y el Reino Unido. Como acuerdo resulta difícilmente aceptable para la Argentina, aunque algunos autores lo consideran posible como régimen transitorio hasta alcanzar una solución definitiva.
- **Protectorado conjunto:** supondría una administración compartida bajo una relación de dependencia internacional. Se trataría de una figura considerada anacrónica y de carácter colonial, por lo que no parece viable ni como solución definitiva ni transitoria para la cuestión Malvinas.
- **Estado Libre Asociado:** las islas mantendrían una asociación autónoma con un Estado soberano. Para la Argentina permitiría conservar ciertas competencias esenciales, aunque implicaría reconocer a los isleños como un pueblo con posibilidad futura de autodeterminación o independencia.
- **Transferencia gradual de funciones:** implicaría un reconocimiento británico de la soberanía argentina acompañado de una cesión progresiva de facultades administrativas y legislativas. De este modo, Argentina asumiría gradualmente el pleno ejercicio de sus competencias sobre las islas.
- **Régimen de minorías:** consideraría a los habitantes de las islas como una minoría protegida y no como un pueblo con derecho a la autodeterminación. Este sistema permitiría garantizar sus derechos bajo protección internacional sin afectar el reclamo de soberanía argentina.
- **Administración interina de Naciones Unidas (ONU):** establecería una administración temporal a cargo de este organismo hasta alcanzar una solución definitiva. Esta alternativa buscaría garantizar neutralidad y estabilidad durante el período de transición sin consolidar la administración británica sobre el territorio.

«Malvinas fue un tema que atravesó la escolaridad primaria de mi generación, mucho antes de que pudiéramos comprender plenamente qué significaba una guerra, una disputa territorial o una cuestión de soberanía. Tengo en mi memoria, como en una secuencia fotográfica, las mañanas en el Colegio Nuestra Señora de la Misericordia tejiendo cuadraditos de 15 x 15 para unir en mantas y enviar a las islas. [...] También recuerdo las preguntas sin respuesta»

Con motivo del cuarenta aniversario de la gesta, en 2022, el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación convocó a la presentación de Proyectos de Investigación Científica con trabajo de campo en Malvinas y aprobó el PICTO-2021-MALVINAS-0014: "Poder Infraestructural Aplicable a la Soberanía en el Atlántico Sur"[1], en el que me desempeñé como responsable del nodo jurídico. En esa investigación realicé trabajo de campo en Malvinas junto a científicos de otras universidades, a fin de estudiar el poder infraestruc-

[1] Resolución 85/2022, Dirección de Articulación Nacional de Proyectos de Investigación, Desarrollo Tecnológico y/o Innovación y de la Agencia Nacional de Promoción de la Investigación, el Desarrollo Tecnológico y la Innovación.

tural al servicio de la proyección bicontinental argentina y como parte de la formulación de una política de Estado orientada hacia nuestro mar.

El poder infraestructural se basa en relaciones de dominación limitadas a un determinado territorio, las cuales confinan a los sujetos dentro de este. Así el poder infraestructural queda definido como la capacidad de un Estado para penetrar en su territorio (conexiones) e implementar lógicamente decisiones que le permitan alcanzar el dominio del medio. Se observan dos dimensiones: una interior, que involucra una logística interna de conexiones, y una exterior referida a los vínculos de una logística externa. Ese enfoque permite pensar la cuestión Malvinas desde una lógica distinta a la mera imposición soberana. Desde esta perspectiva, el Estado moderno no ejerce únicamente un poder "despótico", basado en la coerción, sino también un poder de coordinación social sustentado en capacidades logísticas, institucionales y tecnológicas. El desarrollo del poder infraestructural dotaría a la Argentina de las competencias para potenciar una política de Estado de ejercicio efectivo de soberanía en sus espacios terrestres y marítimos con proyección bicontinental y aquellos ocupados ilegítimamente. Aplicado al caso Malvinas, ello supone que la Argentina podría avanzar en esquemas que reconozcan amplias garantías culturales, lingüísticas y de autonomía para los isleños dentro del marco constitucional argentino, sin otorgar al Reino Unido títulos soberanos ni reconocer a los habitantes el carácter de "pueblo" en el sentido del Derecho Internacional.

En el marco de otro proyecto de investigación, avancé luego sobre la relevancia que adquieren la inteligencia estratégica, económica y jurídica como herramientas para la toma de decisiones estatales. La inteligencia estratégica permite identificar oportunidades, riesgos y objetivos vinculados con los intereses nacionales; la inteligencia económica fortalece la capacidad del Estado para comprender y actuar sobre entornos complejos; y la inteligencia jurídica aporta el análisis normativo necesario para sostener políticas soberanas en el plano internacional. De esta manera, el Derecho deja de ser sólo un instrumento regulador para convertirse en un elemento estratégico en la defensa de los intereses nacionales y en la construcción de políticas públicas vinculadas con la soberanía argentina en el Atlántico Sur.

Deporte y Malvinas

Recién en el siglo XIX se consolida la comprensión del deporte como un instrumento de la diplomacia al servicio de objetivos políticos. Sin embargo, desde mucho antes existen antecedentes en los que la práctica deportiva ha sido un mecanismo de mediación o de ordenamiento en conflictos entre culturas y civilizaciones, como ocurre con la ἐκεχειρία, institución de la Antigua Grecia que consistía en una suspensión temporal de las hostilidades entre las polis griegas durante la celebración de los Juegos Olímpicos.

«Fueron 649 soldados argentinos los que dieron su vida en defensa de la soberanía nacional. Detrás de cada uno de esos hombres hay una historia, una familia y un proyecto de vida truncado por la guerra. Hoy permanecen en la memoria colectiva como expresión de entrega, valor y compromiso por la Patria»

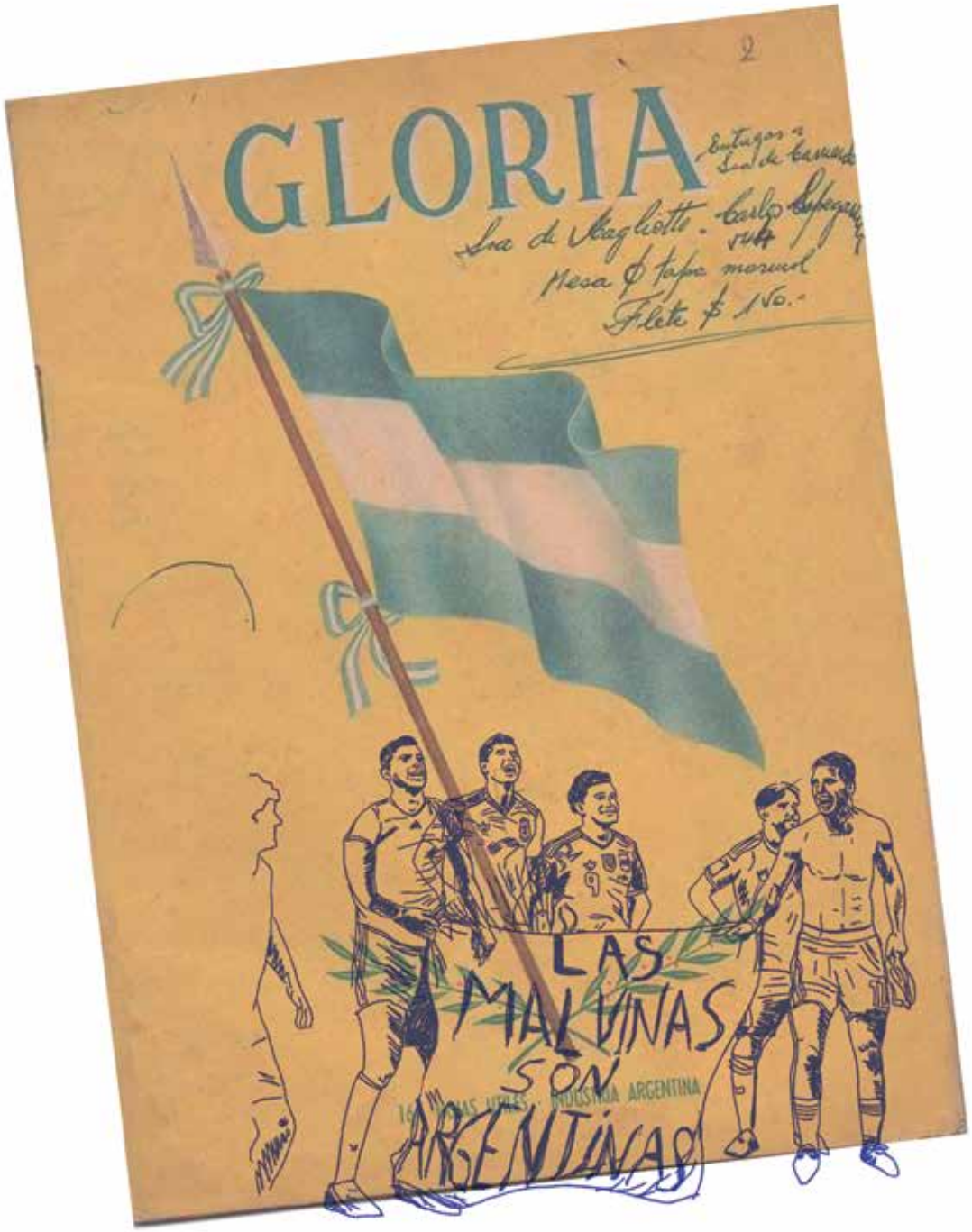
En el caso de Malvinas, nuestros conflictos diplomáticos con Inglaterra se enardecieron en la cancha y en los tableros de 64 casillas. El 22 de junio de 1986, la Selección argentina se enfrentaba a Inglaterra por los cuartos de final de la Copa del Mundo disputada en México y, para abrir el marcador, el 10 marcó un polémico gol que luego se conocería como "La mano de Dios".

Casi treinta y tres años después, entre el 26 y el 28 de marzo de 2019, se disputaba el torneo "Islas del Sur", en Puerto Argentino. Los resultados del torneo fueron subidos a la plataforma *Chess-results* por la Federación Argentina de Ajedrez como torneo disputado en territorio argentino . La Federación Inglesa de Ajedrez (ECF), de inmediato, reclamó ante la Federación Internacional de Ajedrez (FIDE), lo que derivó en un conflicto diplomático luego de la intervención de Hunt, uno de los candidatos a suceder a la saliente primera ministra Theresa May. La repercusión en la prensa no se hizo esperar, por ejemplo, los diarios titularon:

- "¿Otro conflicto diplomático en Malvinas por el ajedrez?", *Diario Olé*, 4/6/2019.
- "Malvinas: insólita controversia con el Reino Unido por un torneo de ajedrez", *Clarín*, 2/6/2019.
- "La guerra de las Malvinas llega a los tableros de ajedrez. La FIDE no reconoce los resultados de dos torneos y de un duelo entre dos excombatientes celebrados en Stanley (o Puerto Argentino)", *ABC*, 6/6/2019.

Y este año, el 15 de julio, cuarenta años después de aquel México 1986, en tierra estadounidense, Argentina volvió a vencer a Inglaterra en el Campeonato Mundial de Fútbol, el espectáculo más visto del planeta. Sólo ese partido tuvo una audiencia global de 1.000 millones de espectadores. Tras la victoria cae arrojada a los pies de los jugadores una sábana escrita con aerosol: "Las Malvinas son argentinas". Ese gesto resignificó la semifinal como un acto de soberanía.

El mensaje dio la vuelta al mundo, congelando el debate nacional sobre el proyecto de ley sobre la inviolabilidad de la propiedad



privada y reinstalando la Cuestión Malvinas en el centro de la escena internacional y así lo apuntaba el diario británico *The guardian* en su edición del 16 de julio, entre otros.

Esa sábana se convirtió en una bandera y en una parte de nuestra historia. Hoy merece un lugar en un museo. Sus letras fueron dibujadas a mano, una por una. No fueron tomadas de ninguna tipografía. No existe una fuente para descargarlas y, sin embargo, esos trazos negros sobre blanco ya son reconocibles para cualquier argentino. En un tiempo en el que casi todo se copia y se pega, aquella caligrafía nació irrepetible. Porque no es tinta sobre un trapo, seguirá viva. Es el pulso de una identidad y la huella de un pueblo que, desde este Mundial, encontró la manera de viajar por el mundo dejando escrita una convicción en la memoria colectiva.

Con el corazón en la cancha y las Malvinas en el pecho, nuestros más de cuarenta y seis millones de jugadores le recordaron al mundo que las Malvinas fueron, son y serán argentinas.

«En memoria de quienes dieron su vida, en reconocimiento a quienes regresaron y a quienes sostienen su legado, reafirmamos la decisión de mantener viva la memoria de Malvinas»

Programa Federal Educación y Soberanía

A mediados del 2022 se sancionó la Ley 27.671 que dispone la capacitación obligatoria, periódica y permanente en la "Cuestión de las islas Malvinas" para todas las personas que se desempeñen en la función pública en todos sus niveles y jerarquías en los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial de la Nación. También dispone que se entiende como la "Cuestión de las islas Malvinas" a la situación colonial en la que se encuentran las islas Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur y los espacios marítimos correspondientes, parte integrante del territorio argentino.

La Ley 27.671 representa la institucionalización de la cuestión Malvinas como una política de Estado transversal y permanente. Su importancia radica en elevar el reclamo de

soberanía más allá del sentimiento patriótico, a través de la capacitación de los agentes de los tres poderes. El cumplimiento y la efectiva adhesión de las provincias a esta ley resulta fundamental para garantizar un discurso federal unificado. La falta de uniformidad en la capacitación podría generar asimetrías en la defensa de los intereses nacionales. Su sanción a nivel nacional determina su aplicación respecto de funcionarios y organismos del Estado nacional, mientras que la adhesión de las provincias extiende su obligatoriedad a gobernadores, legisladores provinciales, magistrados locales y personal de las respectivas administraciones públicas. Se registran leyes de adhesión en las provincias de Río Negro, Ley 5.606 (2022); Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur, Ley 1.522 (2023); Santa Cruz, Ley 3.823 (2023); Salta, Ley 8.367 (2023), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Ley 6.678 (2023), Chubut, Ley 777 (2024); Santa Fe, Ley 14.255 (2024); Córdoba, Ley 10.964 (2024); Jujuy, Ley 6.406 (2024); La Pampa, Ley 3.586 (2024); Santiago del Estero, Ley 7.388 (2024); Catamarca, Decreto 1.192 (2024). Con proyecto de sanción se encuentran la provincia de Buenos Aires, con media sanción de la Cámara de Diputados y tratamiento en el Senado (Expte D-105/24-25), Mendoza, proyecto E-86559 (2025) y Neuquén, proyecto 16642 (2024).

Por su parte, en esta dimensión federal de lo jurídico, en la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Universidad Argentina "John F. Kennedy" impulsamos el Programa Federal "Educación y Soberanía. Estudiantes de abogacía de La Quiaca a La Antártida", una propuesta que busca acercar la formación jurídica a cada rincón del país. Creemos en una enseñanza del Derecho con mirada federal, capaz de reconocer las realidades institucionales, culturales y procesales de cada lugar de la Argentina, sin perder de vista la unidad y los valores comunes de nuestro sistema jurídico.

Mantener viva la memoria

La función universitaria frente a la cuestión Malvinas no se agota en la transmisión de contenidos curriculares. También implica promover investigaciones científicas, proyectos de extensión, jornadas académicas y espacios de cooperación institucional que mantengan vigente el estudio del Atlántico Sur desde una perspectiva interdisciplinaria y humana.

Pensar Malvinas desde la formación jurídica universitaria supone comprender que la soberanía no constituye únicamente una cuestión territorial o diplomática, sino también una dimensión vinculada con la identidad nacional, el orden constitucional y la proyección estratégica del país.

«La Ley 27.671 representa la institucionalización de la cuestión Malvinas como una política de Estado transversal y permanente. Su importancia radica en elevar el reclamo de soberanía más allá del sentimiento patriótico, a través de la capacitación de los agentes de los tres poderes. [...] La falta de uniformidad en la capacitación podría generar asimetrías en la defensa de los intereses nacionales»

La causa Malvinas, que marcó mi infancia escolar, me encuentra hoy atravesada por una responsabilidad académica que interpela profundamente mi tarea en la formación de ciudadanos críticos. Su enseñanza fortalece el sentido de pertenencia, el compromiso cívico y la comprensión de la importancia de la integridad territorial y la defensa de la soberanía.

Los héroes de Malvinas no fueron sólo los soldados que combatieron en el frente de batalla, los pilotos que surcaron los cielos con valentía, los marinos que enfrentaron las aguas hostiles, las enfermeras que brindaron asistencia en condiciones extremas y todos aquellos que cumplieron con el llamado de la Patria, sea por deber o voluntad... Fueron también los padres que despidieron a sus hijos con el corazón en vilo, las esposas, hermanos e hijos que sufrieron la distancia y aguardaron su regreso, y los civiles que, desde distintos lugares, apoyaron la causa con inquebrantable compromiso.

En memoria de quienes dieron su vida, en reconocimiento a quienes regresaron y a quienes sostienen su legado, reafirmamos la decisión de mantener viva la memoria de Malvinas. **C•X**

Para honor de nuestro emblema
para orgullo nacional
Brille, oh, Patria, en tu diadema,
la gloriosa perla austral.

(*) Paula Costanza Sardegna es Doctora en Derecho (UBA), Doctora en Derecho del Trabajo (UNTREF), Doctora en Derecho del Trabajo, Previsión Social y Derechos Humanos (USAC) y Magíster en Derecho y Economía (UBA). Se desempeña como Decana de la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Universidad Argentina "John F. Kennedy", profesora titular FCE-UBA e investigadora categoría I en el Consejo Interuniversitario Nacional. Es exbecaria posdoctoral del CONICET.

Referencias

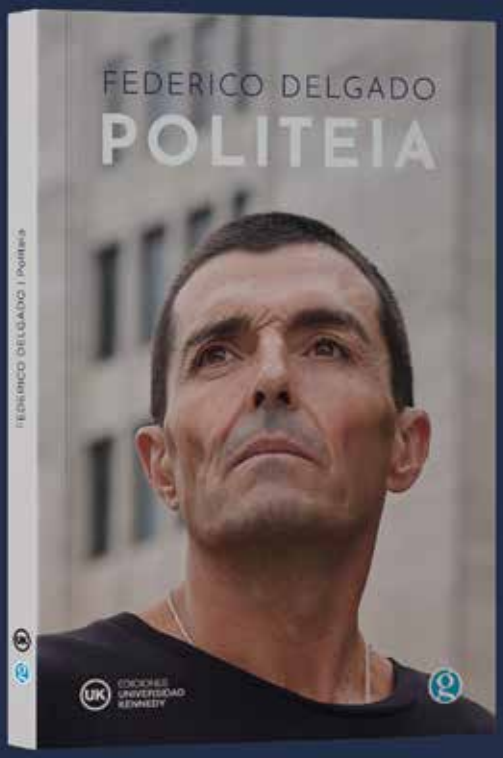
https://s2.chess-results.com/tnr425044.aspx?lan=2&turdet=YES&SNode=S0
https://www.ole.com.ar/fuera-de-juego/malvinas-ajedrez-conflicto-diplomatico_0_93J5MEyki.html
https://www.clarin.com/politica/malvinas-insolita-controversia-reino-unido-torneo-ajedrez_0_aZzEtzCb1.html
https://abcblogs.abc.es/jugar-con-cabeza/ajedrez/guerra-malvinas-llega-tableros.html
https://www.theguardian.com/commentisfree/2026/jul/16/las-malvinas-argentinas-falklands-cannot-remain-british-for-ever

Una colección coeditada por:

Ediciones Godot y Universidad Kennedy

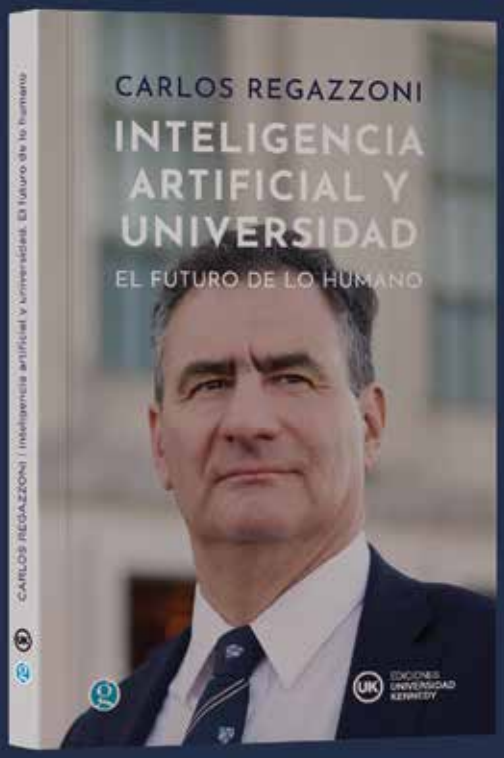
Politeia

FEDERICO DELGADO

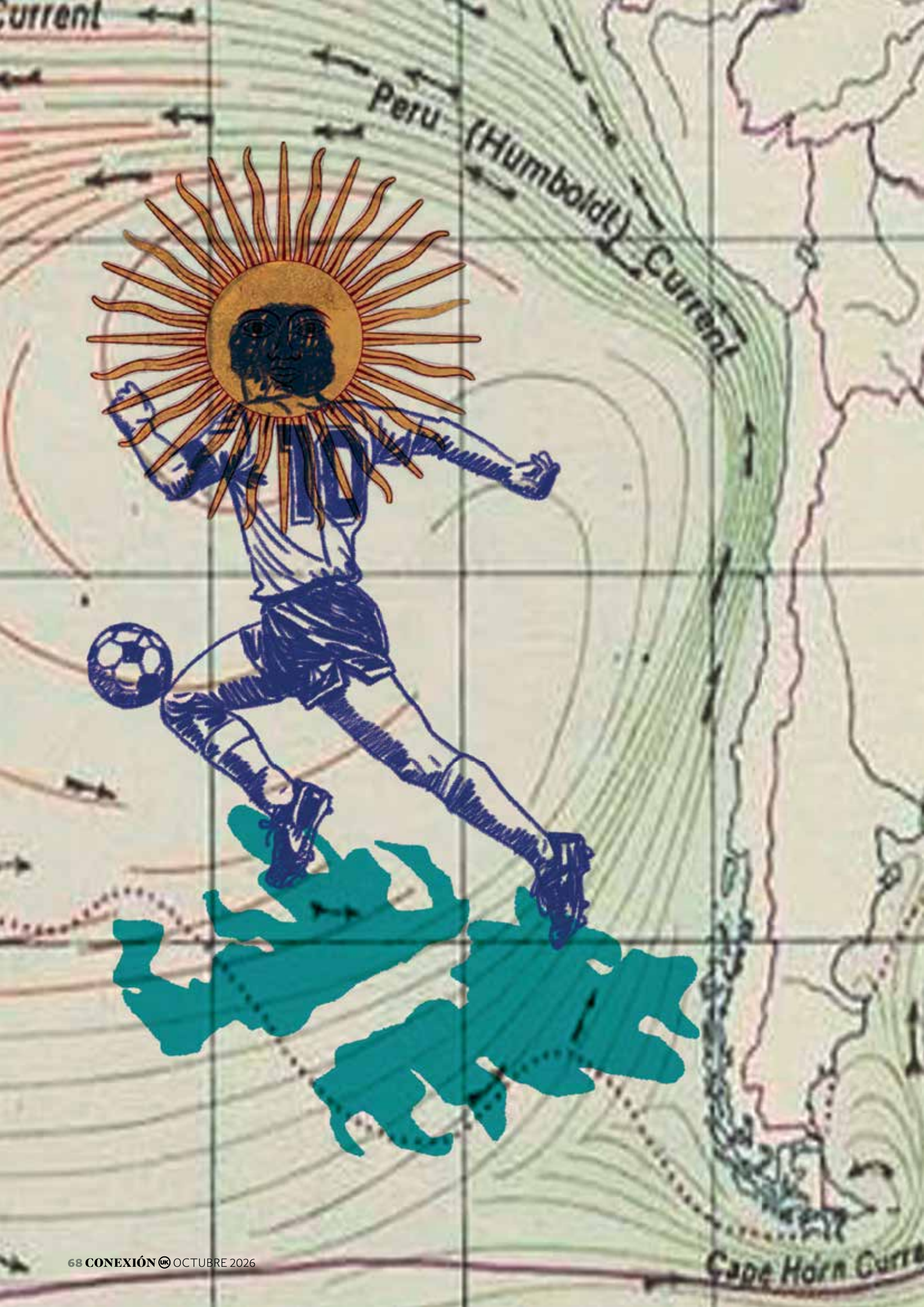


Inteligencia artificial y universidad

CARLOS REGAZZONI



Disponibles en librerías y en edicionesgodot.com.ar


Current
Peru (Humboldt) Current
Cape Horn Curre

Malvinas: el laberinto de la identidad y las memorias en pugna

Federico Lorenz*
Ilustraciones de María Victoria Robles

Malvinas es mucho más que una disputa territorial: es el nudo identitario más persistente de la cultura política argentina y nos obliga a realizar un análisis sobre cómo se construyó esa "causa nacional" y qué memorias produjo en cuatro décadas de posguerra.

La génesis de un dogma: 1833 y la construcción del axioma nacional

Para la cultura política argentina, la cuestión de las islas Malvinas no representa simplemente un litigio territorial, constituye un nudo identitario que funciona como un potente símbolo de unidad nacional, surgido a partir de una agresión y un despojo. En enero de 1833, un buque de guerra británico, el HMS *Clio*, expulsó por la fuerza a las autoridades rioplatenses designadas para gobernar la Comandancia Política y Militar de las islas Malvinas, y desde entonces el Reino Unido ha consolidado y reforzado su presencia en el archipiélago austral.

Este despojo ocurrió mientras la nación sudamericana estaba en un proceso de guerras civiles y un complejo tránsito a la unidad nacional, lo que facilitó el ataque. Desde ese momento, los sucesivos gobiernos argentinos mantuvieron una protesta constante ante las autoridades británicas y en los distintos organismos supranacionales (especialmente ante la Organización de las Naciones Unidas —ONU—). En paralelo, desde ese hecho fundacional, escribir la historia de las islas se transformó en una tarea de fundamentación jurídica y acumulación de pruebas documentales para demostrar la ilegitimidad de la ocupación británica y la justicia de la posición argentina.

Así, sobre todo a lo largo del siglo XX, se consolidó lo que puede ser llamada una "causa nacional": la recuperación de las Malvinas, proceso de sedimentación donde convergieron el Derecho, la Historia y la Geografía. Intelectuales de diversos signos políticos cimentaron lo que se convertiría en un axioma inamovible: "Las Malvinas son argentinas". El primero de ellos, Paul Groussac, con su obra *Les Iles Malouines*, aportó una defensa desde los textos históricos, una matriz documental donde, sin exagerar, podemos afirmar que se apoyan todas las investigaciones posteriores. Años antes, José Hernández había rescatado la figura del gaucho y había denunciado la negligencia oficial en la defensa de la soberanía. Asimismo, en la década de 1930, el socialista Alfredo Palacios había impulsado la difusión masiva de estos derechos en el ámbito educativo y en las bibliotecas populares. Este esfuerzo pedagógico convirtió al archipiélago en un símbolo omnipresente en las escuelas, donde generaciones de argentinos aprendieron a sentir el territorio como una parte "amputada" del cuerpo nacional.

El peso de la construcción simbólica en torno a Malvinas queda en evidencia en el famoso episodio del Operativo Cóndor. El 28 de junio de 1966, en plena dictadura de Juan Carlos Onganía, un grupo de militantes nacionalistas y peronistas, liderados por Dardo Cabo, secuestraron un avión de línea y lo desviaron a las islas. Allí, aterrizaron en el hipódromo (por entonces no había aeropuerto), izaron la bandera argentina y cantaron el himno nacional, tras entregar una proclama a las autoridades coloniales británicas. Días después, un buque argentino los llevó presos al continente. Pero el juez que los procesó entendió que las banderas que habían izado en Malvinas les debían ser devueltas, ya que izar el pabellón en territorio nacional no constituye delito.

«La intensidad de Malvinas en la cultura política es de tal magnitud que, de corresponderse con su tamaño geográfico, se trataría de un continente entero. Se ha transformado en una suerte de "religión laica" del Estado argentino moderno, un dogma transversal que une a las distintas fuerzas políticas bajo un sentido común inamovible»

La intensidad de Malvinas en la cultura política es de tal magnitud que, de corresponderse con su tamaño geográfico, se trataría de un continente entero. Se ha transformado en una suerte de "religión laica" del Estado argentino moderno, un dogma transversal que une a las distintas fuerzas políticas bajo un sentido común inamovible. Esta conversión de las islas en un símbolo sagrado permitió que la “causa” se situara por encima de las divisiones internas, funcionando retóricamente como un punto de encuentro nacional donde cualquier crítica o mirada diferente a menudo es interpretada como una ofensa a los derechos soberanos o a la memoria de quienes sacrificaron la vida por su recuperación.

Un "cepo conceptual"

La relación de los argentinos con las islas se ha estructurado sobre una consigna sencilla y movilizadora: "Las Malvinas fueron, son y serán argentinas". Este mandato se transformó en una tautología, una afirmación que se demuestra a sí misma. Para los investigadores y quienes deben imaginar y diseñar políticas públicas es una limitación, ya que acota la investigación histórica a la mera recolección de antecedentes que refuercen la legitimidad nacional. El resultado es un "cepo conceptual" donde las agendas diplomáticas y políticas colonizan el saber científico.

La presencia del símbolo Malvinas en la vida cotidiana es multifacética: se manifiesta en carteles ruteros, tatuajes, calcomanías, remeras y monumentos, y en una toponimia que busca "argentinizar" el espacio marítimo. Sin embargo, esta omnipresencia simbólica convive con un desconocimiento profundo de la realidad de las islas (del mismo modo que en las grandes ciudades del norte desconocemos lo que sucede en el sur). Viajeros e investigadores del siglo XX constataron que las islas estaban tan cerca simbólicamente como lejos de los argentinos en términos de vínculos materiales y culturales. Esa falta de informa-

ción se llenó con una retórica que a menudo las imagina como un territorio vacío.

Esta causa sagrada, este modo único de pensar las cosas, llegó a su clímax en 1982, durante la dictadura militar, cuando se produjo la guerra de Malvinas. Un acontecimiento tan importante y que caló tan hondo como para que la canción más popular del último Mundial de Fútbol incluyera a los combatientes en su letra.

1982: la guerra y el relato nacional en crisis

Los 74 días de la guerra de Malvinas, entre el 2 de abril y el 14 de junio de 1982, marcaron un antes y un después tanto para el país como en las formas de pensar la causa nacional. La dictadura militar, en el poder desde 1976 y enfrentada a una creciente desaprobación, buscó en la recuperación de las islas una nueva fuente de legitimidad. Al apelar a un anhelo nacional tan profundamente arraigado, el gobierno *de facto* logró un apoyo popular masivo y momentáneo, uniendo a la nación bajo el lema del "sentimiento malvinero". Ese respaldo a la recuperación de las islas y a los soldados enviados allí es confundido todavía hoy, en ocasiones con mala intención, con apoyo a los dictadores.

La guerra de 1982 encarna una paradoja: fue una "guerra limpia" por una causa justa conducida por los mismos oficiales que habían ejecutado la "guerra sucia". Muchos de los militares al mando en Malvinas habían participado, en los años previos, en la represión ilegal, en la todavía llamada "guerra contra la subversión". Esta superposición de identidades —el militar como "héroe" en las islas y como "represor" en el continente— es el núcleo de las contradicciones que aún atraviesan las memorias de Malvinas. Con la posguerra, esta causa nacional abrió un nuevo frente de combate: la batalla por el relato.

«Quien somete a la crítica histórica la posición oficial en clave de gesta —señalando, por ejemplo, la improvisación en la planificación de las operaciones, las precarias condiciones en las que los soldados vivieron esos días, y las relaciones entre la maquinaria terrorista estatal y los conductores de la guerra— suele ser acusado de ofender la memoria de los muertos, lo que genera un chantaje intelectual que condiciona el trabajo de comprensión histórica»



Malvinización y desmalvinización: una antinomia clave

El concepto de "desmalvinización" tuvo su origen en marzo de 1983, en una entrevista al sociólogo francés Alain Rouquié realizada por el escritor Osvaldo Soriano. Todavía en plena dictadura, Rouquié sugería que para evitar que las Fuerzas Armadas volvieran al poder era necesario "desmalvinizar" la vida argentina, quitándole a los militares el símbolo de la guerra que utilizaban para rehabilitarse y hacer olvidar la represión ilegal. Sin embargo, este término fue rápidamente resignificado por los militares que estaban en retirada, los excombatientes y sectores nacionalistas, para denunciar el ocultamiento de su experiencia, la falta de reconocimiento estatal y la indiferencia social hacia los sobrevivientes.

Para los veteranos, la "desmalvinización" no era un requisito para la democratización argentina, sino una política de olvido y marginación aplicada tanto por el último gobierno militar como por la naciente democracia. Por el contrario, "malvinizar" pasó a significar la recuperación de los valores asociados a la experiencia bélica, el mantenimiento del reclamo soberano y la inserción de la guerra en un linaje de luchas nacionales y populares. Esta disputa semántica convirtió a la palabra en un arma política: hoy, el calificativo de "desmalvinizador" se utiliza frecuentemente para deslegitimar cualquier mirada crítica que se corra del eje de la causa sagrada.

Etapas de las memorias

Dentro de ese marco, es posible distinguir distintas etapas, desde 1982 hasta hoy, en las que esa disputa simbólica tuvo características concretas:

La inmediata posguerra (1982-1987): la era de las víctimas. En esta etapa surgió con fuerza la figura de los "chicos de la guerra". Esta representación victimizó a los soldados conscriptos, pintándolos como jóvenes inexpertos maltratados por sus propios jefes militares. Este proceso fue funcional para una sociedad que buscaba desentenderse de su propio entusiasmo bélico y de su convivencia con el terrorismo de Estado. Al convertirlos en víctimas pasivas, se los despojó de su condición de sujetos históricos, asimilándolos simbólicamente a los desaparecidos como "hijos sacrificados". De alguna manera, al igual que con miles de argentinos víctimas de la represión ilegal, sus principales verdugos fueron los militares argentinos, no los británicos. Este relato antiépico fue y es muy resistido por amplios sectores, tanto de la sociedad como de los veteranos y sus

familiares, pero se basa en una realidad: las condiciones improvisadas y precarias en las que la mayoría de los argentinos combatieron.

La década de 1990: seducción e institucionalización. Bajo el mandato de Carlos Menem, la política exterior se orientó hacia la "seducción" de los isleños y el restablecimiento de relaciones con Gran Bretaña. Fue un período de institucionalización de las pensiones de guerra y de creación de la Federación de Veteranos de Guerra, una estructura que buscó cohesionar —y disciplinar— al atomizado colectivo de veteranos y que, en algunos casos, los vinculó al clientelismo estatal. La causa Malvinas se utilizó como una herramienta de concordia interna para desmontar el conflicto en el interior de las Fuerzas Armadas surgido a raíz de la idea, sobre todo entre los oficiales de rango medio, de que los sucesivos conductores durante la dictadura los habían dejado solos ante la política de juzgamiento civil. Esta división en el interior de los sectores castrenses (sobre todo el Ejército) había producido, desde la Semana Santa de 1987 —durante la presidencia de Alfonsín—, varios alzamientos militares liderados por lo que se conoció como la facción "carapintada" (por el hecho de que se pintaban la cara con tizne de camuflaje). El discurso de la guerra improvisada o inútil dio paso al de la "gesta", y los muertos en la guerra se reincorporaron como "caídos por la patria" al panteón nacional clásico. Los soldados argentinos, vivos y muertos, comenzaban a ser narrados de la misma manera que los guerreros de la Independencia.

El kirchnerismo (2003-2015) y más allá: renacionalización y derechos humanos. Esta etapa integró el tema de las Malvinas en el marco de las políticas de memoria, verdad y justicia, que fue una de las banderas de ese período. Desde esta perspectiva, Malvinas no era sólo soberanía, sino una lucha contra el imperialismo y un eslabón en la resistencia popular. Las denuncias por malos tratos a los soldados fueron resignificadas en la clave de las violaciones a los derechos humanos del terrorismo de Estado (esas causas aún están abiertas). La expresión máxima de esa apropiación del tema en un relato nacional (y partidario) se materializó en 2014 con la creación del Museo Malvinas en la ex Escuela Superior de Mecánica de la Armada —ESMA— , que al menos espacialmente buscó unir la historia de las islas con la crítica a la dictadura militar. Esto generó una fortísima resistencia por parte de los sectores nacionalistas y reivindicadores de la guerra como "gesta patriótica", que veían la ubicación del conflicto de 1982 en su contexto —una dictadura— como una afrenta a la memoria de los héroes. En términos del relato histórico más largo, el kirchnerismo recuperó figuras populares para construir un linaje heroico que conectara el siglo XIX con el presente político, en el que esa fuerza era la principal impulsora de la "malvinización". Desde su mirada, la recuperación que estaba impulsando con sus políticas lógicamente tenía su correlato en Malvinas. Así, el Museo es un símbolo de esa combinación de resignificación política de relatos tradicionales y de cómo el marco conceptual que señalábamos al comienzo sigue condicionando el pensamiento sobre las islas. El Museo fue definido por su primer director como "el domicilio de la patria". Su guion refuerza la "biologización de la soberanía", exhibiendo flora, fauna y rocas como pruebas de la continuidad territorial. No obstante, la instalación es problemática: en un lugar donde se practicó el terrorismo de Estado en nombre de la patria —es decir, el predio de la ex ESMA— el Museo reivindica una guerra planeada por esa misma dictadura como un acto de defensa de la soberanía. Así, el lugar, a pequeña escala, fue escenario de la polarización política argentina y sufrió restricciones presupuestarias y tensiones de gestión tras el cambio de gobierno en 2015.

«La identidad nacional argentina en torno a Malvinas se asienta sobre dos elementos sagrados: la sangre (el sacrificio en la guerra) y la tierra (usurpada por los británicos). (...) La presencia de la causa nacional quizás no se deba tanto a la vocación de recuperar las islas como a su fuerza como referente identitario, en un momento de crisis de otros paradigmas colectivos»

Esa es otra de las características de la "causa Malvinas": un conflicto internacional ha devenido bandera de las pujas internas. Es lógico: en tanto "las Malvinas son argentinas", la posición al respecto, o a las formas de narrar la guerra ("gesta" o "guerra inútil"), coloca a las personas a uno u otro lado de una línea.

Matices

Así, Malvinas es un tema abierto. Hay otros elementos, algunos más recientes que otros, que sirven para darle mayor profundidad a las dimensiones y distintas aristas que tiene una "causa nacional" en apariencia unánime.

En primer lugar, las diferencias regionales. Una de las fracturas más profundas en la memoria de la guerra es la geográfica. Mientras que en Buenos Aires y el "Norte" el conflicto se vivió principalmente a través de la mediación de la prensa y un triunfalismo festivo, en la Patagonia fue una realidad física, sonora y cotidiana. Ciudades como Comodoro Rivadavia, Río Gallegos, San Julián y Río Grande se transformaron en la "puerta de entrada" al frente de batalla.

Para los patagónicos, la guerra fue el sonido de las turbinas de los aviones que a veces no volvían, los simulacros de evacuación, el oscurecimiento de las ventanas y el contacto directo con los soldados que regresaban hambrientos y heridos. Esta cercanía generó una memoria visceral y cierto desdén hacia lo que percibieron

ARGENTINAZO: ¡LAS MALVINAS RECUPERADAS!



como indiferencia social del "Norte". En Puerto Madryn, por ejemplo, se recuerda el "Madrynazo", un acto de oposición a maniobras conjuntas con Estados Unidos en 1984 (país que había apoyado a Gran Bretaña), y sobre todo el desembarco de los prisioneros del buque Canberra, en 1982, cuando la población rompió los cercos militares para alimentar a los soldados que el gobierno intentaba ocultar. Para las comunidades australes, Malvinas es un tema de identidad regional que precede y excede a la guerra, anclado en vínculos geográficos que la mirada centralista de Buenos Aires suele ignorar.

Por otra parte, los esfuerzos conceptuales por aislar la guerra del contexto en el que se produjo (una dictadura) recibieron un golpe simbólico fundamental hacia 2012. Uno de los hitos más significativos en la historia reciente de Malvinas es el proceso de identificación de los soldados enterrados en el cementerio de Darwin, en la isla Soledad. Durante décadas, 123 tumbas permanecieron bajo la placa "Soldado argentino sólo conocido por Dios". Esta falta de identidad era una consecuencia de la improvisación en el combate, la pérdida de chapas identificatorias y el apuro de los entierros iniciales.

Gracias a los avances en estudios genéticos y a la labor del Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) —reconocido mundialmente por su trabajo con las víctimas de la dictadura—, se inició un proceso humanitario para identificar los nombres de los restos de los soldados muertos en la guerra. Este trabajo, realizado en conjunto con la Cruz Roja Internacional, permitió que las familias pudieran, finalmente, cerrar su duelo frente a una tumba con nombre y apellido.

Sin embargo, este trámite no estuvo exento de polémicas. Algunos sectores de familiares y grupos nacionalistas se opusieron inicialmente, argumentando que la identificación era una maniobra británica para forzar la "repatriación" (traslado al continente) de los restos, lo que debilitaría el reclamo de soberanía. Estos grupos sostenían que la figura del "soldado desconocido" era un símbolo de entrega sagrada a la patria que no debía ser alterado. La tensión entre el derecho individual a la identidad y el uso político-territorial de los restos humanos es otro ejemplo de las formas en los que la causa "sagrada" busca sellar pactos sociales y clausurar discusiones históricas.

Los límites de la imaginación

Esa trampa en el pensamiento es una verdadera encrucijada. Repasemos: la identidad nacional argentina en torno a Malvinas se asienta sobre dos elementos sagrados: la sangre (el sacrificio en la guerra) y la tierra (usurpada por los británicos). La sangre de los caídos vuelve intocable la causa y dificulta cualquier cuestionamiento racional a la guerra o a la posición irredentista argentina. Quien somete a la crítica histórica la posición oficial en clave de gesta —señalando, por ejemplo, la improvisación en la planificación de las operaciones, las precarias condiciones en las que los soldados vivieron esos días, y las relaciones entre la maquinaria terrorista estatal y los conductores de la guerra— suele ser acusado de ofender la memoria de los muertos, lo que genera un chantaje intelectual que condiciona el trabajo de comprensión histórica. En definitiva, esa política de "todo o nada" es curiosa, ya que el mandato de recuperar las islas Malvinas por la vía diplomática es una cláusula transitoria de la Constitución Nacional reformada en 1994. Pero la diplomacia implica negociar... y negociar implica ceder, en parte, en todo, algo, para alcanzar una solución.

«Malvinas se ha convertido en el "dolor fantasma" de un miembro amputado que incide en la forma en que el país se percibe a sí mismo: incompleto y permanentemente agraviado»

La sacralización impide ver a Malvinas como un problema que, como cualquier proceso histórico, es dinámico. Malvinas se ha convertido en el "dolor fantasma" de un miembro amputado que incide en la forma en que el país se percibe a sí mismo: incompleto y permanentemente agraviado. La presencia de la causa nacional, entonces, quizás no se deba tanto a la vocación de recuperar las islas como a su fuerza como referente identitario, en un momento de crisis de otros paradigmas colectivos. **C•X**



(*) Federico Lorenz es Doctor en Ciencias Sociales, licenciado en Historia por la Universidad Nacional de Luján y profesor en Historia. Es investigador independiente del CONICET con sede en el Instituto de Historia Argentina y Latinoamericana "Dr. Emilio Ravignani" (UBA) y profesor de Historia en el Colegio Nacional de Buenos Aires y Research Associate del Centre of Latin American Studies de la Universidad de Cambridge. A lo largo de su carrera como docente e historiador, se ha especializado en temas de la historia reciente argentina, en particular la violencia política, el sindicalismo y la guerra de Malvinas.

Universidad Kennedy

UK design fest buenos aires 2026

Organiza:

FDAi

Facultad de Diseño,
Arquitectura e Innovación



www.kennedy.edu.ar